

inventio

La génesis de la cultura universitaria en Morelos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

La *inventio*, entendida como el *quid dicamos*, y no sólo como la *res* o la materia en sí, sino como la investigación, el estudio de los materiales y el conocimiento de los instrumentos que vamos a utilizar, y que integra en sí las partes del exordio, la narración, la argumentación, la peroración y la conclusión.

Quintiliano, *Instituciones oratorias*, 1942.



Vestir una sombra, 1996

inventio

La génesis de la cultura universitaria en Morelos

Revista Inventio

Año 4 • número 7 • marzo 2008

Rector

Fernando Bilbao

Secretario Académico

Javier Siqueiros

Directora

Lydia Elizalde

Editora

Ana Yarto

Consejo editorial

Omar García Ponce de León (Dirección de Investigación y Posgrado)

Carlos Acosta (Ciencias Agropecuarias)

Verónica Narváez (Ciencias Exactas e Ingenierías)

Luis Castro (Ciencias de la Salud)

Gabriel Iturriaga (Ciencias Naturales)

Gabriela Mendizábal (Ciencias Sociales y Administrativas)

Ivonne Pallares (Humanidades)

Diseño

Carolina Valdez

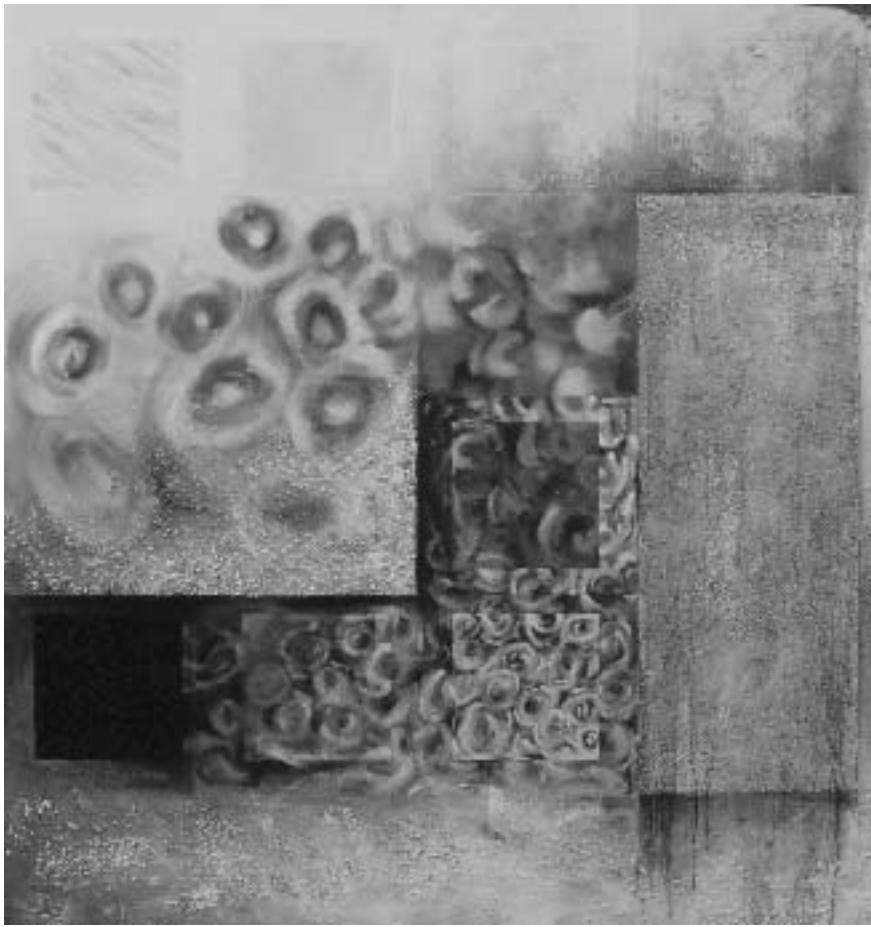
Redacción

Gerardo Ochoa

Inventio es una publicación semestral editada por la Coordinación Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Certificado de reserva de derechos al uso exclusivo 04-2006-041115022000-102, expedido por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Certificado de licitud de título (en trámite), expedido por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas. Distribución en Morelos: Librería Universitaria. Impresión: Dicograf, Poder Legislativo 304, Cuernavaca, Morelos. Precio \$50.00. Suscripciones por un año: México \$100.00, EUA y Canadá \$10.00 US, Sudamérica y Europa \$15.00 US, números atrasados \$60.00. Oficinas: Coordinación Editorial, Av. Universidad 1001, 6o piso Torre Universitaria, Chamilpa, Cuernavaca, Morelos, México. Tel. (01 777) 329-70-00, ext. 3642. *Inventio* no devuelve originales ni expide cartas a sus colaboradores. Las bases pueden consultarse en www.uaem.mx/inventio; www.uaem.mx/editorial; editorial@uaem.mx.



Voces y trazos de Morelos		Pasiones de la utopía	
5	Dulces, mujeres y trabajo en Huazulco Patricia Moctezuma	69	Hibridación de culturas en <i>El divino Narciso</i> Félix Duque
13	Viajeros extranjeros en Morelos José Iturriaga	87	Imagen, arte y democracia Juan Cristóbal Cruz
Pensamiento y lenguaje universitario		Artificios	
23	Gonzalo Guerrero, primer mexicano por voluntad propia Juan de Dios González	93	Abstracción lírica Lydia Elizalde
27	Representaciones de la infancia en México en el siglo XIX Antonio Padilla	95	Juan Carlos Bermúdez, obra plástica
39	La sociedad del riesgo y su influencia en el derecho Juan Manuel Ortega	99	Estación central Marco Antonio Campos
Narraciones de la ciencia		Significar con textos	
49	Efectos de la contaminación en edificios del patrimonio histórico Jorge Uruchurtu	107	Atlas municipal del estado de Morelos
57	Uso de insecticidas naturales para el control de plagas Idalia Cuevas	108	Coediciones UAEM
61	Breve historia de las biomatemáticas en los siglos XX y XXI José Díaz Elena Álvarez	Las pinturas que ilustran este ejemplar pertenecen a la obra de Juan Carlos Bermúdez realizada de 1993 a 1997.	
El contenido de los artículos que presenta <i>Inventio</i> muestra la diversidad del pensamiento universitario y es responsabilidad de cada autor.			



Jardín 2, 1994



Dulces, mujeres y trabajo en Huazulco

◆ Patricia Moctezuma

Huazulco es una comunidad de tradición agrícola y población indígena y mestiza. Perteneció al municipio de Temoac y se localiza en lo que se conoce como zona oriente del estado de Morelos.¹ La comunidad es además conocida por su producción de dulces como palanquetas de cacahuete y alegrías hechas con semilla de amaranto.²

En un interés por estudiar las tradiciones ocupacionales artesanales en el estado de Morelos,³ el siguiente acercamiento etnográfico tiene por objetivo dar a conocer algunos procesos laborales recurrentes en este tipo de actividades. Nos referimos a la subcontratación laboral y a la diversificación productiva en la generación y consolidación de talleres familiares productores de dulces, en este caso artesanales, no sólo por el trabajo manual que

implica, sino por tratarse de un saber culinario y laboral colectivo que nos habla de un proceso histórico y, por lo tanto, sujeto a la continuidad.⁴

Pueblo y habitantes

En Huazulco se siembra sorgo, maíz, un poco de semilla de alegría y algo de hortalizas como el jitomate. Hasta los años setenta la comunidad era altamente productiva. Contaba con el suministro de agua de las ramificaciones del río Amatzinac, y en ese entonces se sembraban cultivos como cacahuete, arroz, tomate, calabaza, cebolla y, desde luego, mucho maíz.

Los cultivos de cacahuete y amaranto explican en parte el origen de la producción de dulces como la palanqueta y la alegría.⁵ La masculinización del oficio se explica no sólo por ser el varón quien

¹ El municipio de Temoac está conformado por cuatro localidades: la cabecera municipal, Huazulco, Amilcingo y Popotlán. Limita al norte con los municipios de Yecapixtla y Zacualpan, al sur con Jantetelco y Jonacatepec, al oeste con el municipio de Ayala y al este con municipios del estado de Puebla.

² Según testimonio de algunos campesinos antes se sembraba más amaranto, que se vendía también en semilla. Hoy se siembra en menor proporción por ser un cultivo que demanda mucha mano de obra para su cosecha por el pequeño tamaño de la semilla.

³ Se trata de un acercamiento inicial; la recopilación de los datos se llevó a cabo entre septiembre y noviembre de 2007.

⁴ La palabra tradición proviene del latín *traditio* y significa la acción y el efecto de entregar algo. La tradición observa cinco fases: el sujeto que transmite, la acción de transmitir, el contenido de la transmisión (lo que se transmite), el sujeto que recibe y la acción de recibir; véase Carlos Herrejón Peredo, "Tradición: esbozo de algunos conceptos", *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, núm. 59, vol. XV, El Colegio de Michoacán, México, 1994, p. 135.

⁵ Se le denomina palanqueta al dulce que se hace con cacahuete, y alegría al que se elabora con semilla de amaranto. Como aglutinante se utiliza una miel o "melado" —como lo llaman los dulceros—, elaborado a partir de agua con azúcar o, en el mejor de los casos, con piloncillo o miel de abeja. Antes se utilizaba la miel de maguey.

◆ Profesora-Investigadora, Facultad de Humanidades



cosecha la alegría o el cacahuate, sino porque la ejecución del proceso productivo requiere de fuerza física.

Los adultos y viejos del pueblo identifican el oficio de dulcero como parte de la historia laboral de sus antecesores; representa una importante fuente de ingresos y un patrimonio ocupacional por heredar a sus hijos, que la expresión identitaria “nosotros los de Huazulco somos palanqueteros” asevera contundentemente.

Hasta la fecha los dulceros van a vender dulce a los mercados adonde sus abuelos también iban, entre los cuales sobresalen Ozumba, Atlatlahucan, Yecapixtla y Totolapan, sitios productores de otras especialidades como la cecina, el queso y diversas frutas, productos que se inscriben hasta la fecha en un considerable intercambio comercial regional. Además de estos sitios y de la venta a través de intermediarios locales, los dulceros han ampliado el circuito comercial, con lo cual abarcan a clientes en el estado de Puebla, Distrito Federal, Acapulco, Guadalajara, Querétaro, el Estado de México y Monterrey, por mencionar algunos.

Hasta antes de la crisis agrícola de los años setenta, la producción de dulce mantenía una relación de complementariedad con la agricultura, aunque ahora la situación es muy distinta, ya que la mayoría de los dulceros compra el cacahuate y amaranto, en parte por los costos de los cultivos

pero también porque el sorgo es actualmente la cosecha más comercial de la región.

En términos laborales, la industria del dulce es importante en la región. De una población de 3,079 habitantes, 40.3% se dedican a este oficio,⁶ y su importancia ocupacional se expande hacia la cabecera de Temoac, el municipio de Jantetelco y, en menor proporción, Amilcingo. Jóvenes y mujeres adultas procedentes de estos lugares llegan a los talleres a solicitar empleo como ayudantes. Los de Huazulco señalan que la difusión del oficio a comunidades cercanas se debe a que los trabajadores aprenden en sus talleres los secretos culinarios de hacer dulce y con un mínimo capital de inversión montan su propio taller.

Lo cierto es que en torno a esta producción se han suscitado importantes procesos productivos y comerciales. En este escrito se tratarán dos de ellos: el peso de las relaciones de parentesco y la subcontratación laboral en la generación y consolidación de los talleres.

Trabajo familiar

La manufactura de palanqueta y alegría es la base técnica y organizativa para la invención de nuevos dulces, entre los cuales está el dulce de tamarindo, el jamoncillo de cacahuate —al parecer introducido por imitación de los dulceros de Jantetelco— y las obleas hechas con harina de trigo.

⁶ Estos datos fueron recabados del registro del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) del 2005, el cual especifica que, de los 3,079 habitantes, 47.5% son hombres y 52.75% mujeres. 25.7% de la población, básicamente varones, se dedica a la agricultura y 33% al sector terciario, sobre todo en el área de servicios.

La forma organizativa de los talleres dulceros descansa en la estructura que provee la unidad doméstica, en específico la mano de obra familiar y el espacio que en el traspatio de la casa se destina para adecuar un lugar de trabajo.

En cada taller siempre hay un sujeto que funge como jefe, generalmente el padre de la familia, quien organiza el trabajo de acuerdo con criterios como el género y la edad, se encarga del suministro de las materias primas para hacer las golosinas, es responsable de hacer o comprar las herramientas de trabajo y tiene la responsabilidad de la venta de los productos.

El taller utiliza la mano de obra familiar disponible en cada etapa del ciclo vital de la unidad doméstica, ya que durante su existencia dicha unidad observa una distinta composición sociodemográfica que se refiere tanto al número y especificidad genérica como a la edad de sus miembros, de tal manera que no todos los hijos son aptos para trabajar al mismo tiempo, ya sea porque están todavía muy chicos para hacerlo o porque prefieren salir a estudiar o a trabajar fuera del pueblo.

Ante esta situación, el jefe del taller necesita contratar fuerza de trabajo extra familiar para poder incrementar su oferta en volumen y variedad de mercancías. Los trabajadores son, por una parte, gente joven, muchas veces parientes cercanos a quienes se les paga a destajo, es decir, según la cantidad de mercancía elaborada y, por otra, empleados más especializados que reciben en pago un monto diario que oscila entre noventa y ciento veinte pesos por una jornada de siete horas, aproximadamente.

En el pueblo existen algunas fábricas productoras de cacahuete para botana e incluso hubo una cooperativa que funcionó durante cuatro años (de 2000 a 2004). Sin embargo, ambas formas organizativas son excepcionales. La cooperativa se disolvió en una microempresa que opera de manera muy distinta a los talleres familiares. Es relevante que el taller familiar prevalezca, no obstante lo tentadoras que resultan otras formas organizativas en términos comerciales y productivos, lo cual se explica por la valoración cultural del trabajo entre los dulceros. En un sentido individual, el trabajo se valora por la aportación de ganancias, pero desde una apreciación colectiva, el oficio de dulcero proporciona el apoyo requerido en cuanto a mano de obra familiar, para que cada hijo pueda, en el futuro, montar su propio taller.

Así, por ejemplo, un tío que necesita mano de obra barata al iniciar un taller, contrata a una sobrina para que, a cambio de una baja remuneración a destajo, envuelva palanqueta en papel celofán. Sin embargo, el día de mañana, cuando esa sobrina se case, tendrá la posibilidad de pedirle a su tío que le dé trabajo a su marido. Provisionalmente, la joven pareja trabajará para el tío, pero cuando junten el suficiente capital intentarán montar su propio taller. Una vez que lo logren, el tío podrá pedirle a su sobrina que le venda dulce a un precio de mayoreo, por debajo del que otros en el pueblo le darían; por su parte, la sobrina se verá moralmente obligada a devolverle a su tío el apoyo que recibió en un comienzo. Y así sucesivamente, una y otra vez, cada relación laboral se tejerá sobre otras que le anteceden bajo un principio de apoyo mutuo.



Diversificación y especialización

Una vez instalado un taller se procede a buscar su consolidación, para lo cual el dulcero tendrá que mantener un ciclo estable de fabricación y venta. Si el dulcero cuenta con suficiente mano de obra y tiene suficiente dominio técnico para producir cierta mercancía en determinado volumen, entonces podrá especializarse en un sólo bien: alegría o palanqueta.

Pero para lograr dicha consolidación también es posible que el dulcero elija diversificar su trabajo, es decir, que en el seno del taller se lleven a cabo distintos procesos, cada uno enfocado a obtener un producto final diferente. Estos talleres suelen alternar entre una y otra mercancía, unas veces palanqueta, otras alegría, o bien hacer varios artículos de manera simultánea, en cuyo caso se añade a la lista el dulce de tamarindo, el jamoncillo y la oblea.

La especialización y la diversificación son estrategias sujetas a ciertas condiciones que fusionan aspectos sociales y técnicos, por ejemplo, la valoración económica y cultural de hacer dulce frente a otras opciones laborales; la disponibilidad de mano de obra familiar y extra familiar; los contactos comerciales; la disponibilidad de un espacio para montar un taller; el fondo de inversión para el suministro de materias primas, sobre todo si tomamos en cuenta que éstas suben de precio y escasean en ciertas épocas del año,⁷ y el ciclo

de ferias religiosas que se traducen en importantes oportunidades de venta para los dulceros.

Las ferias religiosas de la región marcan significativamente el ciclo de oferta y demanda de los dulceros. Se trata de festividades en torno a la advocación de alguna imagen, entre las cuales están la de Amecameca, donde se celebra el miércoles de ceniza; Tepalcingo, el tercer viernes de Semana Santa; Amayuca, el cuarto viernes; Temoac, el quinto viernes; Huazulco, el martes santo, y otras que no ocurren en Semana Santa pero sí en el periodo de secas, en Mazatepec, Jiutepec y Jojutla, donde se celebran en el fin de año. Los santuarios atraen visitantes del estado de Morelos y otros sitios de la República. Esta venta al menudeo se suma a las ventas a los pequeños intermediarios que llegan a contactar a los dulceros para las transacciones a medio mayoreo.

Además de estos factores, la subcontratación laboral es clave para que el dulcero pueda consolidar su taller. Los empleados son, preferentemente, gente joven que desempeña todo un proceso productivo —por ejemplo, la elaboración de palanqueta—, o bien se buscan trabajadores para llevar a cabo cierta tarea relacionada con dicho proceso, como es el caso de las mujeres que envuelven dulces en celofán.

Los empleados mejor pagados son los que saben hacer dulce de palanqueta y alegría. Suelen ser hombres con la suficiente fuerza física para poder

⁷ Se produce más cacahuate y alegría en la temporada de secas —de diciembre a mayo— pues, como no hay humedad, el azúcar/melado que sirve de aglutinante se conserva mejor y los dulces no se desmoronan, como ocurre en temporada de lluvias.

menear la mezcla del dulce, cargar los cazos con dulce y para verterlo en unos moldes de fierro, las gaveras, donde se aplana y se recorta en pequeñas porciones. Un palanquetero gana entre ochenta y ciento cuarenta pesos por una jornada de ocho horas y labora seis días de la semana. La jornada de trabajo y el pago varían de un taller a otro, según la experiencia del empleado y la relación de parentesco que tenga con el dueño. En ocasiones estos lazos favorecen una mejor remuneración, aunque en otros puede suceder lo contrario, pues se sobrentiende que debe prevalecer un principio de apoyo mutuo, mediante el cual el trabajador comprende que el dueño, su pariente, necesita bajar sus costos de producción y que, de alguna manera, se le está ayudando al brindársele trabajo.

Sin embargo, esto se compensa por la gran oferta de empleo que suele haber en el pueblo, y es por eso que estos jóvenes van y vienen de un taller a otro, siempre en busca del mejor salario. Esta rotación laboral, es decir, la posibilidad que tiene un trabajador de cambiar de una a otra unidad productiva en función del pago, va de la mano de la subcontratación y no se restringe sólo a los varones.

En el proceso de producción de dulce hay muchas tareas que no requieren de fuerza física sino de la realización de alguna tarea repetitiva; en estos casos los trabajadores suelen ser mujeres de

todas las edades y muchachos en la etapa de pubertad, entre los once y catorce años. Las tareas que desempeñan no necesariamente se llevan a cabo todos los días; es preciso que el dueño tenga suficiente cantidad de dulce para que requiera el apoyo de alguien que los envuelva. Además, como son labores repetitivas que no requieren de conocimiento técnico especializado, su pago se cotiza a destajo y a un precio muy bajo. Estas mujeres y púberes tienen trabajo durante dos o tres días de la semana y no necesariamente siempre, por lo cual van de un taller a otro a ofrecer su mano de obra. Suelen trabajar tres o cuatro horas al día, muchos de ellos por las tardes, las mujeres por estar ocupadas durante la mañana en sus labores domésticas, y los muchachos porque van a la escuela.

La subcontratación y rotación laboral en la producción del dulce amplía las posibilidades de cubrir la demanda de fuerza de trabajo y aumenta las opciones de contratación.⁸ Así, entre los productores de dulce vemos cómo dichos procesos les permiten contar con mano de obra en calidad de reserva, que además no les cuesta, y fragmentar la ejecución de ciertas fases para poder aumentar el volumen y variedad de piezas a producir.

Inserción laboral femenina

Como señalamos, la subcontratación y rotación laboral son estrategias productivas bien desarro-

⁸ Lourdes Benería, “Los vínculos de la subcontratación y la dinámica del empleo de la mujer”, en Lourdes Benería y Martha Roldán, *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, El Colegio de México-FCE (Economía Latinoamericana), México, 1992 (1987), pp. 49-54.



lladas en la producción dulcera de Huazulco, pero resultan ser aún más interesantes en la elaboración de la oblea, pues han repercutido en la participación laboral de la mujer.

Hacia los años noventa se introdujo este producto en el pueblo —se dice que por difusión de pueblos vecinos—, y su producción se volvió muy atractiva por no requerir de mayor conocimiento técnico para su elaboración. Se trata de hacer una mezcla de ciertas proporciones de harina de trigo, agua, aceite comestible y colorante artificial, todas ellas, por cierto, materias primas de muy bajo costo. No obstante, se requiere de una considerable inversión en la compra de una plancha de fierro, la cual consta de tres o cuatro parrillas en forma de aplanadora de tortillas. Su costo es de alrededor de ocho mil pesos y se manda a hacer con un herrero. Esta aplanadora funciona con calor de energía eléctrica. Si se calcula la cantidad necesaria para trabajar entre seis y ocho horas al día, entonces se entiende por qué muchos talleres operan con tomas clandestinas de electricidad.⁹

A pesar de estos inconvenientes, la producción de oblea se ha propagado y contrata básicamente mano de obra femenina. Algunas mujeres poseen planchas y contratan empleadas, aunque la mayoría de los propietarios suelen ser varones. Algunos tienen antecedentes de dulceros; otros, al ver la crisis agrícola, han dejado en un segundo plano las actividades del campo e incluso las han

abandonado. Les ha redituado más invertir en la compra de una o dos planchas, contratar tres o cuatro empleadas y convertirse así en fabricantes de dulce.

De acuerdo a los pedidos que tengan, los productores organizan las jornadas laborales en un sólo turno o en dos, matutino y vespertino. El primero casi siempre es de nueve de la mañana a tres de la tarde, y el vespertino de media jornada, unas tres horas, aproximadamente de las cuatro a las siete. A las trabajadoras se les paga a destajo; por ejemplo, en una jornada de seis horas una mujer alcanza a hacer dos bolsas, cada una de cuatrocientas obleas, y por cada bolsa le pagan entre cuarenta y sesenta pesos.

Una vez hecha la oblea, puede tener dos destinos comerciales: como insumo para la elaboración de otros dulces o para consumo directo. Tanto en uno u otro caso existe la posibilidad de que una oblea —la cual mide entre doce y dieciocho centímetros de diámetro— se recorte en distintas formas y tamaños. A las mujeres que hacen este trabajo se les conoce como “recortadoras”. Otra opción es doblar las obleas por la mitad —para lo cual también se contratan empleadas—, pegar sus orillas con miel preparada a base de piloncillo e intercalar en el borde semillas de calabaza. Con ello se completa su sabor y se les da un aspecto diferente, en forma de medio sol, cuyos rayos son precisamente las semillas.

⁹ Estas fuentes clandestinas, que implican instalaciones precarias, derivan en una mala distribución de la corriente que afecta a las empleadas con pequeñas descargas eléctricas (“toques”), sobre todo durante la época de lluvias.

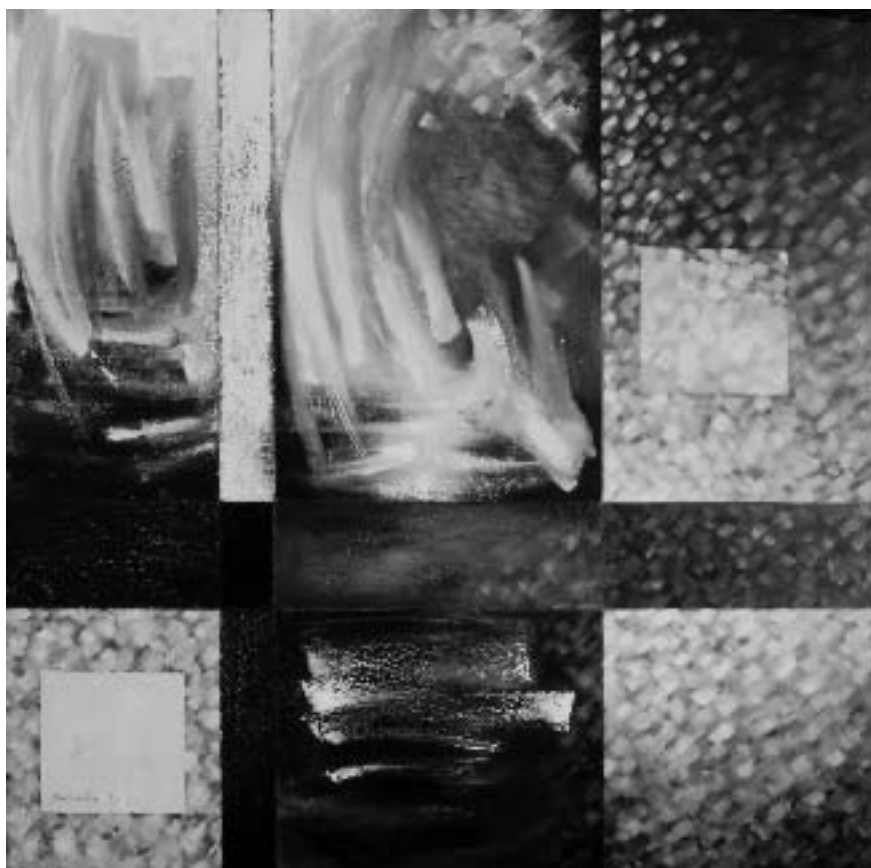
La producción de oblea es de suma importancia en la inserción laboral de la mujer. En la producción de alegría y cacahuete, encabezada por el hombre, la mujer sólo ha participado como una ayudante cuyo trabajo siempre ha sido invisible, porque se consideraba como una obligación, una extensión más de su apoyo incondicional a su marido y sus hijos. Con la manufactura de la oblea, la mujer sale de su hogar a desempeñar un trabajo en un lugar que no es su propio espacio doméstico. Se esperaba que esto fuera suficiente para dimensionar a la mujer de manera laboralmente distinta, pero no es así, ya que sus ingresos siguen siendo para el hogar y la autoapreciación de su colaboración ocupacional se sigue viendo como “una ayuda”.

En contraparte, en el caso de los varones la producción de oblea ha venido a fortalecer su ya existente rol como jefes de producción. Incluso, como se ha dicho, algunos han dejado o postergado el trabajo agrícola para dedicarse a la oblea, lo cual nos habla de una nueva forma de concebir la vida laboral en el ámbito rural contemporáneo de Morelos. Ahora se dedican de tiempo completo a la oblea y surten a fabricantes de ciudades como Acapulco, Monterrey, Puebla, San Luis Potosí y Querétaro, ya sean dulces de cajeta o golosinas

combinadas con oblea, como galletas, muéganos, chocolates, cocadas, entre otras.

Esta nueva opción masculina de fungir como jefe de un taller productor de oblea mientras que la mujer es empleada a destajo, ha recrudescido la ya existente asimetría socioeconómica y laboral intergénero. Ante la imposibilidad cada vez más evidente de que el varón funja como el único proveedor del hogar, la mujer recurre a la subcontratación en los talleres de dulce. Mies ha señalado que en la industria artesanal los hombres suelen elevar su posición de clase con base en la explotación de las actividades de producción para la subsistencia que realizan las mujeres.¹⁰ El caso de la producción de oblea es un buen ejemplo. La participación laboral femenina y su aportación económica son valoradas, por ellas mismas y por los demás, como una “obligación” extra en la agenda de responsabilidades femeninas para mantener un hogar. En este sentido, mientras no haya un cambio en la valoración del trabajo femenino, la subcontratación vendrá a pauperizar la mano de obra de la mujer. Las empleadas son ejecutantes del proceso productivo de la oblea y el varón se dedica a suministrar las materias primas, supervisar el trabajo, llevar a cabo la comercialización y administrar las ganancias.

¹⁰ María Mies, “Dinámica de la división sexual del trabajo y la acumulación de capital. Las trabajadoras del encaje de Narsapur, India”, en Florencia Peña Saint Martin (ed.), *Estrategias femeninas ante la pobreza: el trabajo domiciliario en la elaboración de prendas de vestir*, INAH, México, 1998, pp. 31-53.



A la sombra, 1994



Viajeros extranjeros en Morelos

◆ José Iturriaga

Cuando un mexicano viaja al extranjero, de alguna manera comienza a descubrir a su propio país. Quizás por contraste, surgen en su mente las cualidades de México: desde el carácter amable de nuestro pueblo hasta sus extraordinarias bellezas naturales. Desde luego, también destacan a lo lejos los defectos. Y no es que desconozcamos nuestras características desde antes de viajar, sino que se evidencian al hacerlo.

En un fenómeno parecido —por surgir también de la comparación—, cuando nos visitan extranjeros generalmente su asombro lo provocan aspectos que para nosotros son cotidianos. Valgan como ejemplo, en el festejo de día de muertos, los panes con huesos simulados, las calaveritas de azúcar con nuestro propio nombre en la frente, y los pequeños ataúdes y esqueletos como juguetes para los niños; ante todo ello, los forasteros, sobre todo los no latinos, se pasman y desconciertan.

Así pues, cada viajero oriundo de una cultura distinta ve, a veces con ojos de azoro, muchos de los rasgos de nuestra cultura que nosotros vemos con naturalidad. Tanto las cualidades positivas como las negativas —esas que pasan inadvertidas para nosotros—, el extranjero las nota desde luego y, al relatarlas en sus escritos, aporta una considerable riqueza cognoscitiva a nuestra esencialidad como

mexicanos. Por eso, los “otros” son a menudo un más diáfano espejo en el que podemos vernos con mayor precisión que como solemos hacerlo cuando intentamos alguna auscultación dentro de nuestra más recóndita intimidad.

Por tanto, hay una diferencia fundamental entre los textos de los viajeros mexicanos acerca de su propio país y los escritos por extranjeros, ya que éstos resaltan y nos hacen reflexionar sobre el perfil prototípico del mexicano, aquello que nos distingue de los demás pueblos.

Ellos nos han visto a través de toda la gama de colores que hay en la lente. Sus puntos de vista reflejan desde el más diáfano blanco hasta el negro más impenetrable. Digámoslo con la agudeza de Andrés Henestrosa: “Todos los viajeros, así el que niega como el que afirma, el que atina como el que yerra, han contribuido con sus luces y con sus

◆ Investigador independiente



sombras a crear la imagen de México, a hacerle su mitología y su historia”.¹

Sobre el mismo tema, José Rogelio Álvarez también justiprecia los diversos enfoques que ha habido sobre nosotros: “El viajero extranjero registra especialmente lo que no hay en su país, lo extraño, si de veras conoce lo propio y es objetivo; lo que juzga superior o inferior a lo que ha visto, si se remite a una tabla de valores; lo que supone de antemano que va a encontrar y su admiración o decepción una vez que le consta; pero, a menudo, solamente encuentra lo que quiere ver, porque anticipa a la opinión un prejuicio [...] Queda México instalado en una casa de espejos planos, cóncavos y convexos, parcialmente iluminado por los destellos variables de una lámpara centelleante, útil, sin embargo, para advertir que la luz natural es otra”.²

Así como un país sólo existe como tal en tanto que hay otras naciones fronterizas que lo delimitan, asimismo lo que precisa el perfil de un pueblo es la existencia de otros pueblos que son diferentes.

El autoconocimiento de los mexicanos es susceptible de ahondarse no sólo por la introspección en los elementos que constituyen nuestra identidad, sino que puede llegarse a una autognosis más acabada si nos proponemos saber cómo nos ven los otros; en este caso, cómo nos ven

los viajeros pertenecientes a otras comunidades culturales.

Dicho sin ninguna ficción retórica: uno no puede saber cuál es su semblante espiritual si no fuera por la reflexión que los otros nos entregan de cuanto somos. Los demás son el espejo mediante el cual vemos mejor nuestra fisonomía.

El universo de los viajeros oriundos de otros países que han visitado al nuestro, desde el siglo XVI hasta la fecha, es enorme. Algunos vinieron de paso, otros se quedaron para siempre. Por razones metodológicas y pragmáticas, consideremos sólo a aquellos que escribieron algo sobre sus experiencias mexicanas.

Tales visitantes escribieron en los más diversos formatos (como hoy se diría): cartas, memorias, informes, historias, diarios, crónicas, reportajes, estudios, ensayos, entrevistas y libros propiamente dichos. Además, entre los trabajos de los viajeros escritores —ocasionales o profesionales—, encontramos poesías, novelas y cuentos.

Los extranjeros que dejaron sobre el papel sus observaciones acerca de nuestro país tuvieron los más diferentes motivos para visitarnos. Valga enumerar los oficios, ocupaciones o quehaceres de algunos de ellos: conquistadores y cronistas, misioneros y obispos, virreyes y corregidores, científicos, mineros e historiadores, abogados y arqueólogos, diplomáticos y militares, hombres de letras y

¹ Andrés Henestrosa, “Presentación”, en José Iturriaga, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México*, tomo I, FCE, México, 1988, p. 9.

² José Rogelio Álvarez, “Presentación”, en José Iturriaga, *op. cit.*, tomo II, FCE, México, 1989, p. 9.

colonizadores, aristócratas e invasores, ingenieros y naturalistas, periodistas y refugiados políticos, comerciantes y antropólogos, artistas y poetas, novelistas y guerrilleros.

México ha sido durante casi cinco siglos un polo de atracción. Una bibliografía —no exhaustiva, pero sí muy amplia— de tales escritos provenientes de plumas extranjeras, arroja la cifra de 1921 fichas de libros correspondientes a 1600 viajeros que vivieron durante este último medio milenio.³

Durante los tres siglos del virreinato de la Nueva España fue muy difícil a los extranjeros no nacidos en la península ibérica visitar nuestra nación. Por obvias razones derivadas del férreo control político colonial y por la xenofobia vinculada a la intolerancia religiosa, en aquellas tres centurias casi la totalidad de visitantes forasteros fueron españoles. En cambio, a partir de la consumación de la independencia en 1821 se abrieron las puertas económicas y diplomáticas de México a los viajeros de otros países diferentes a España y con religiones que no eran necesariamente la católica.

En consecuencia, durante el siglo XIX recibimos un verdadero alud de extranjeros ávidos de conocer a este país, cuyas realidades y mitos constituían un poderoso imán desde que lo había conquistado Hernán Cortés hacía ya 300 años exactos. Querían constatar si la cornucopia que semeja nuestro mapa nacional correspondía realmente a la abundancia de sus productos; deseaban ver con sus propios ojos este suelo que escondía, de acuerdo a su fama,

las más fabulosas riquezas minerales —no en vano éramos, y seguimos siendo, los primeros productores de plata del mundo; quizá recordaban todavía a las míticas siete ciudades de oro de Cibola y de Quivira, una especie de Eldorado mexicano.

Ya observamos que la mencionada bibliografía con 1600 viajeros que escribieron acerca de sus vivencias mexicanas durante cinco siglos no es exhaustiva, pero sin duda es una amplia muestra que, por su considerable tamaño, puede reflejar conclusiones estadísticas válidas para el total. Empecemos señalando que el 51% de tales viajeros corresponde al siglo XIX. Sólo menos del 14% fue de los 300 años virreinales, en tanto que en el siglo XX tenemos al 35% restante. ¿Por qué es sensiblemente mayor el 51% del siglo XIX que el 35% del XX?

Ciertamente que el desarrollo enorme que tuvieron los transportes durante la pasada centuria impactó con seguridad el número total de viajeros, por supuesto al alza. Pero a la par se popularizaron en ese siglo XX dos tecnologías novedosas que, aunque inventadas desde el XIX, eran hasta ese momento de uso exclusivo para unos cuantos privilegiados. Me refiero a la fotografía y al cine. Desde la primera mitad del siglo XX se generalizó el uso de cámaras fotográficas, y desde los años cincuenta mucha gente empezó a viajar con cámaras portátiles de cine; pocas décadas después se hizo habitual el video y cada día lo es más. Este desarrollo tecnológico para la difusión de imágenes repercutió en la disminución relativa de los viaje-

³ José Iturriaga, *op. cit.*, tomo I, pp. 251-314 y tomo IV, FCE, México, 1989, pp. 327-359.



ros escritores. Ahora se llevan y transmiten sus recuerdos preferentemente de manera visual.

Con relación a los países de origen, destacan Estados Unidos con casi 35% del total de los viajeros que vinieron a México, Francia con 14%, Inglaterra con 13%, España con 11%, Alemania con casi 10%, países latinoamericanos con casi 4%, Italia con 3%, Austria y Bélgica con 2% cada uno, y siguen Japón, Canadá y otros 20 países de Europa. Es evidente que el alto porcentaje correspondiente a estadounidenses se debe a la vecindad entre los dos países y al elevado ingreso que tienen los habitantes de dicho país.

Con respecto al género de los viajeros, 90% fueron hombres y 10% mujeres.

Extranjeros en Morelos

Se ha desarrollado una investigación histórica acerca de los viajeros extranjeros que visitaron y escribieron sobre lo que hoy es el estado de Morelos, a lo largo ya de seis siglos.

Los 84 autores que en ella aparecen no son todos muy conocidos, aunque algunos de ellos sí lo son. Hay figuras connotadas como Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, fray Juan de Zumárraga, fray Bernardino de Sahagún, los virreyes Pedro Moya y segundo conde de Revillagigedo, Alexander von Humboldt, la marquesa Calderón de la Barca, Aquiles Bazaine, Carlota y Maximiliano, Malcolm Lowry, Graham Greene, Óscar Lewis, Carlo Coccio-li, Gutierre Tibón, Remedios Varo y Ernesto Cardenal. Muchos otros son desconocidos hasta para los historiógrafos morelenses.

Es probable que cuando menos tres de los ochenta y cuatro autores nunca hayan venido a nuestro país, pero nos tomamos la libertad de incorporarlos por las referencias interesantes sobre Morelos que tienen en sus escritos. Tal es el caso del marqués de Pidal, Julio Verne y Alejandro Dumas.

Destacan algunas cifras sobre los forasteros incluidos en esta investigación. Hay veinte españoles, diecisiete franceses, once estadounidenses, ocho ingleses, cinco italianos, cinco alemanes, dos austriacos, dos argentinos, dos chilenos y sendos viajeros/autores de Luxemburgo, Bélgica, Grecia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Honduras, Nicaragua, Cuba, Brasil, Venezuela y Uruguay. Como se observa, los 84 viajeros corresponden a veintiún países.

La distribución por siglos resulta de la siguiente manera: diez forasteros son del siglo XVI, dos del XVII, uno del XVIII, veintisiete del XIX, cuarenta del XX y cuatro publicaron sus libros ya en este siglo XXI. Estos números, lejos de ser desproporcionados, reflejan las condicionantes de los flujos viajeros en las seis centurias: hermetismo y xenofobia durante el Virreinato, apertura nacional en el siglo XIX y las facilidades de transportación en el XX. El XXI apenas comienza.

De las 84 personas, trece son mujeres y 71 hombres.

Forasteros en Morelos

Las huestes de Hernán Cortés tomaron Yecapixtla, y él relata: “Los enemigos se vieron de vencida; fue tanta la matanza de ellos a manos de los nues-

tros, y de ellos despeñados de lo alto, que un río pequeño que cercaba casi aquel pueblo, por más de una hora fue teñido en sangre”.⁴

Bernal Díaz del Castillo informa que Cortés ordenó incendiar Tepoztlán: “Estaban tan descuidados los moradores que dimos en ellos antes que sus espías llegasen. Aquí se obtuvieron muy buenas indias y despojos. Cortés les envió a llamar a los caciques, y que si no venían que les quemaría el pueblo [...] Y porque otros pueblos tuviesen temor de ello, mandó poner fuego a la mitad de las casas”.⁵

El arzobispo fray Juan de Zumárraga se quejaba ante Carlos V de que tenía curas en la catedral de México que cobraban sin trabajar: “El deán está en Cuernavaca sirviendo de capellán al marqués [Cortés] y a la marquesa, y gana aquí su prebenda diciendo que no puede residir en su iglesia porque tiene vahído en la cabeza”.⁶

Acerca de Tepoztlán, el alcalde Juan Gutiérrez de Liébana escribía en el siglo XVI: “Antiguamente tan sólo ofrecían al demonio papel y codornices y copal y palomas torcaces, hasta que vinieron los mexicanos y guardaron sus costumbres, que era, en las guerras, al que prendían lo abrían por medio y le sacaban el corazón y lo ofrecían al demonio”.⁷

El corregidor Cristóbal Godínez Maldonado deja constancia de las costumbres en Tetela del Volcán y Hueyapan, durante el mismo siglo: “El hábito que traían era andar en cueros con una manta atada al cuello y un braguero con que cubrían sus vergüenzas, y ése se trae ahora, salvo que algunos usan ya unas camisas”.⁸

En 1583, el arzobispo y virrey Pedro Moya de Contreras ordenó escribir una relación, que decía: “En Oaxtepec habrá diez años que Bernardino Álvarez, fundador del Hospital de los Convalecientes de México, fundó otro hospital para el mismo efecto y también para curar a algunos con enfermedad de bubas, u otras semejantes de causas y humores fríos”.⁹

Ya en el siglo XVII, el fraile carmelita Antonio Vázquez de Espinosa narra: “Están al sur los pueblos de Cuernavaca, las Amilpas, Oaxtepec, Cuautla y Yecapixtla, donde hay famosos valles de temple caliente y en ellos muchos ingenios de moler caña dulce, de que se hace gran cantidad de azúcar blanco, muy bueno”.¹⁰

Hacia 1697, el abogado italiano Juan Francisco Gemelli Carreri anotaba en Alpuyecá: “En la casa de la comunidad encontramos un teponastle o tambor que tocaban los indios antiguamente. Estaba

⁴ Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Porrúa, México, 1983, p. 120.

⁵ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Porrúa, México, 1983, pp. 315-316.

⁶ Juan de Zumárraga, “Cartas”, en *Documentos inéditos del siglo XVI*, Porrúa, México, 1975, p. 76.

⁷ Juan Gutiérrez de Liébana, “Relación de Tepoztlán”, en *Relaciones geográficas de México*, Cosmos, México, 1979, p. 241.

⁸ Cristóbal Godínez Maldonado, “Relación de Tetela y Hueyapan”, en *Relaciones geográficas...*, op. cit., p. 286.

⁹ Pedro Moya de Contreras, “Cartas”, en *Documentos inéditos...*, op. cit., pp. 327-328.

¹⁰ Antonio Vázquez de Espinosa, *Descripción de la Nueva España en el siglo XVII*, Patria, México, 1944, p. 134.



hecho de un tronco hueco de árbol y se hallaba cerrado con piel por ambas partes; hacía tal ruido que se oía, sin duda, a media legua”.¹¹

El virrey segundo conde de Revillagigedo pensaba, a finales del siglo XVIII, que sería posible hacer un canal navegable desde la ciudad de México hasta Tampico, por el río Tula, y otro de la capital hasta Acapulco, ¡aprovechando el río Amacuzac!: “Nace de la gran cordillera de sierras que se miran al sur de la ciudad de México y desagua al norte de Acapulco, de modo que se presenta muy posible la empresa de abrir navegación desde esta capital hasta ambos mares, y por consiguiente la comunicación recíproca de uno a otro”.¹²

El científico alemán Alexander von Humboldt observaba, a principios del siglo XIX, que era un napolitano el descendiente de Cortés que había heredado sus derechos: “El duque de Monteleone tiene excelentes posesiones [...] en Cuernavaca. El producto neto de sus rentas no es hoy día sino de 110 mil pesos, habiéndose enriquecido notablemente muchos administradores del marquesado. Si los descendientes del gran conquistador se resolvieran a vivir en México, muy en breve subiría su renta a más de 300 mil pesos”.¹³

Poco después, el arqueólogo Guillermo Dupaix, oriundo de Luxemburgo, encontró una escultura prehispánica en la Hacienda de Casasano: “Hace ver un monumento circular labrado por su plano superior. Tiene de diámetro una vara y de canto una cuarta. Llama la atención la repartición que practicaron en el plano del círculo, con una precisión fundada sobre reglas geométricas, las cuales suponen unos conocimientos que no se podría esperar de una nación (reputada falsamente por algunos) bárbara”.¹⁴

El comerciante inglés William Penny visitó Cooyoc hacia 1825: “Hay cerca de trescientos mil árboles cargados de frutos. En la misma hacienda vi preparar el índigo, que es valiosísimo. La mayor parte de las haciendas azucareras están provistas de lo necesario para la producción de índigo, en previsión de que el precio del azúcar baje; también se cultivan muchas otras plantas como la vainilla y la zarzaparrilla”.¹⁵

La primera novela escrita por el afamado francés Julio Verne se desarrolla en México, en 1825, y como nunca vino (fue un viaje virtual), podemos perdonarle que en Xochicalco diga: “El antiguo templo parecía un enorme bisonte echado sobre sus cuatro patas y con la cabeza inmóvil”.¹⁶

¹¹ Juan Francisco Gemelli Carreri, *Las cosas más considerables vistas en la Nueva España*, Xóchitl, México, 1946, p. 39.

¹² Conde de Revillagigedo, *Instrucción reservada al marqués de Branciforte*, Jus, México, 1966, p. 161.

¹³ Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Porrúa, México, 1966, p. 84.

¹⁴ Guillermo Dupaix, *Expediciones acerca de los antiguos monumentos de la Nueva España*, José Porrúa, Madrid, 1969, p. 64.

¹⁵ William T. Penny, “Esquema de las costumbres y la sociedad mexicanas, 1824-1826”, en Juan Ortega y Medina, *Zaguan abierto al México republicano*, UNAM, México, 1987, pp. 184-185.

¹⁶ Julio Verne, *Drama en México*, Gobierno del Estado de Jalisco, México, 1976, p. 53.

Sir Henry George Ward fue el primer embajador inglés en México. En 1827 describía Yauteppec como “uno de los más bellos lugares que recuerde haber visto. La riqueza de los habitantes consiste en las huertas de naranjos que rodean sus casas y de las que se abastecen tanto la capital como la ciudad de Puebla”.¹⁷

La marquesa Calderón de la Barca, inglesa casada con español, hacia 1840 fue cautivada por la “pequeña y hermosa aldea llamada Acapatzingo”: “Nunca hubiera podido imaginar algo más cautivador. Éste es el pueblo indio más bonito de todos los que hemos visto. Nunca había yo gozado de una atmósfera semejante, ni siquiera hubiera podido imaginarla. El mero hecho de respirar era un placer”.¹⁸

Alejandro Dumas, padre, aparece como coautor de un libro con la francesa madame Callegari, pero en realidad fue su paisana quien viajó a México en 1854. Después de un agotador viaje a caballo desde Acapulco, así se sintió en Cuernavaca: “Nos alojamos en el Hotel de Francia. La última cama databa de Chilpancingo. Dormí, pues, como para dar gracias a Dios. Pero al día siguiente le di las gracias de otra manera, cuando vi en qué paraíso estaba”.¹⁹

Es interesante leer las cartas de Maximiliano a Carlota, pues contrasta su afecto escrito con la

separación de lechos que en México siempre tuvieron: “Cuernavaca está más hermosa que nunca. Lo paradisíaco consiste en la incomparablemente bella naturaleza. Todos los días voy a Acapatzingo, seductoramente bello [...] Tenemos un clima hermosísimo [...] Te estrecho a mi corazón, vida mía, quedo tu siempre fiel Max”.²⁰

También llaman la atención las epístolas de Carlota a su esposo: “El viaje a Temisco estuvo muy bien. Vimos a un hombre que bailaba notablemente el jarabe. Lo hacía sobre vasos y huevos, sin romperlos, y con maravillosa agilidad salían y entraban sus pies por un lazo. Abrazándote con todo el corazón, quedo tu fidelísima Carlota”.²¹

El teniente austriaco Georg Altmann, escolta personal del “empeorador” Maximiliano —como el pueblo le decía—, escribía: “Desde que su majestad conoció Cuernavaca, quedó prendado de su exuberante vegetación y de su clima cálido. Tomó en arrendamiento el Jardín Borda, que se encontraba casi en ruinas. En muy poco tiempo se limpiaron los jardines y los estanques, se reconstruyeron muros y se tapizaron paredes para la inauguración de esta nueva residencia imperial [...] El káiser [sic] ha hecho traer al heredero del imperio: el niño Agustín de Iturbide, nieto del primer emperador de México”.²²

¹⁷ Henry George Ward, *México en 1827*, FCE, México, 1981, pp. 486-487.

¹⁸ Marquesa Calderón de la Barca, *La vida en México*, Porrúa, México, 1981, p. 227.

¹⁹ Alejandro Dumas y madame Callegari, *Diario de Marie Giovanni*, Banco de México, México, 1981, p. 441.

²⁰ Maximiliano de Habsburgo, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, FCE, México, 2004, pp. 265, 267, 270 y 271.

²¹ *Ibid.*, p. 258.

²² Georg Karl Phillip Altmann, “Correspondencia”, en Patricia Escandón, *Al servicio de su majestad imperial, un oficial de húsares en México*, Instituto Mora, México, 1992, pp. 32-33.



Hacia 1890, el francés Emile Chabrand tenía una tienda de lencería en Cuernavaca. Allí anotaba: “Todas las mujeres, ricas o pobres, llevan siempre rebozo. Como entre ellas abundan las de gran belleza, esta especie de gracioso chal o mantilla nacional les va de maravilla [...] Los vendedores, sentados en cuclillas en actitud impasible, están masticando chicle o goma de mascar hecha con el fruto [del chicozapote]”.²³

Louis Lejeune, minero francés, decía en la misma época: “En Las Estacas, un manantial brota tan alto que se ha pensado en utilizar su fuerza de ascenso. Bajo amates gigantes de largas hojas como el sicomoro, forma un estanque de lapislázuli y esmeralda al que agitan remolinos; cortado por corrientes y contracorrientes, maravilloso y pérfido, el estanque fue recorrido a nado por el general Díaz, ¡a los setenta y ocho años!”.²⁴

La británica Rosa King era propietaria del hotel Bellavista en Cuernavaca. Sorprende —de una persona que perdió todo su capital en la revolución, como ella—, este justo texto tan de buena fe hacia los zapatistas. Escribe que, para los hacendados: “La tierra no era más que un río de oro que desembocaba en sus bolsillos. Si hubieran pasado más tiempo en casa, en sus haciendas, habrían descubierto que el sudor y la sangre de sus peones enturbiaba el agua de ese río de oro, y quizás entonces habrían

puesto su casa en orden [...] Habrían entendido el amor del indio hacia la milpa de sus mayores”.²⁵

El argentino Jacinto S. García, encargado de negocios de su embajada en México, escribía en 1913 acerca de Cuautla: “Sentime gratamente impresionado por el aspecto de aquellas callecitas aseadas y pintorescas, aquellas plazuelas adornadas de florecientes jardines, los portales de estilo español y moradas sencillas y limpias, dejando ver, a través de las entreabiertas ventanas, el interior de las casas albeantes, con su mobiliario modesto, pero aseado y correcto, revelando la coquetería femenina de la ama de casa que quiere hacer lucir su menaje”.²⁶

Emilio Cecchi, italiano, fue historiador y crítico literario. En 1930 hizo en Huitzilac estas remembranzas del fusilado general Francisco Serrano y varios seguidores suyos: “Hay pequeñas trincheras con muros de piedra, custodiadas por soldados con alguna ametralladora. Poco más allá, a la derecha, un grupo de unas 15 cruces de hierro, plantadas al borde del camino. Algunas cruces tienen flores amarradas al tronco. El acto de piedad que renueva esas flores adquiere mayor relieve debido a la soledad. Y entre las rocas de esplendor tan encendido que parecen acabadas de partir por un cataclismo, la herrumbre que escurre de las cruces es roja como los grumos de la sangre”.²⁷

²³ Émile Chabrand, *De Barceloneta a la República Mexicana*, Banco de México, México, 1987, pp. 122-123.

²⁴ Louis Lejeune, *Tierras mexicanas*, Conaculta, México, 1995, p. 175.

²⁵ Rosa E. King, *Tempestad sobre México*, Conaculta, México, 1998, p. 45.

²⁶ Jacinto S. García, *Memorias íntimas de México*, Universidad de San Marcos, Perú, 2005, p. 65.

²⁷ Emilio Cecchi, *México*, FCE, México, 1989, p. 164.

Josephus Daniels fue embajador de Estados Unidos en México de 1933 a 1942. Relata que su antecesor, el embajador Morrow, encargó a Diego Rivera los murales del Palacio de Cortés en Cuernavaca: “Cuando había terminado casi todo el mural, el embajador fue a contemplarlo, y dijo a Rivera: ‘Presenta usted a todos los sacerdotes como villanos o bandidos. Entre los sacerdotes españoles hubo algunos buenos. Creo que debe usted incluir en su pintura, uno de los sacerdotes benignos’. Se asegura que Rivera se encogió de hombros y resignado dijo: ‘Pues si usted lo quiere, así lo haré’. Poco después, llegó Morrow para ver el trabajo terminado, y volviéndose al pintor dijo: ‘No veo ningún sacerdote con cara amable’. ‘Sí señor —respondió Rivera—. Señaló entonces una figura de sacerdote. No se ve sino su espalda’”.²⁸

El escritor inglés Evelyn Waugh estuvo en Cuernavaca en 1938: “Es donde la comunidad de ejecutivos extranjeros pasa los fines de semana. Todas las casas tienen piscina, refrigerador y terraza. Ellos tienen esa suerte de lealtad que viene de estar sitiados juntos. Entran y salen de la casa de los demás, juegan baraja, beben coca-cola [sic] y además de una broma ocasional sobre ‘el artículo 33’ (la ley mediante la cual el gobierno mexicano pue-

de expulsar a los extranjeros), casi no hablan de sus inquietudes cotidianas. En las casas de campo extranjeras reina una atmósfera de playa. Afuera siempre parece que se lleva a cabo una boda. Las mujeres en la plaza van más elegantes que en la ciudad de México”.²⁹

El periodista hondureño Porfirio Hernández escribía, en los años treinta, sobre Tepoztlán: “Toda la región produce la idea de un terremoto formidable, convirtiendo a un pedazo de la Tierra en una catarata que se petrificó en el aire, antes de caer al suelo”.³⁰

Hacia 1980, al húngaro Viczenik Dénes, agregado comercial de su país, las lagunas de Zempoala le recordaban al Lago Asesino de Transilvania (la famosa región de Drácula), que era parte de Hungría.³¹

A finales del siglo XX, la escritora chilena Eugenia Echeverría bien decía de Tepoztlán: “De su inquietante belleza, de su rara topografía, han dado cuenta legos y doctos. Fascinados, con candor o ilustre sapiencia, de la mano de ciencias más o menos exactas, o de ciencias ocultas, o de una imaginación desaforada, han hecho de este sitio su casa, han tratado de explicarse la compleja psicología de su gente y el devenir de sus propias vidas”.³²

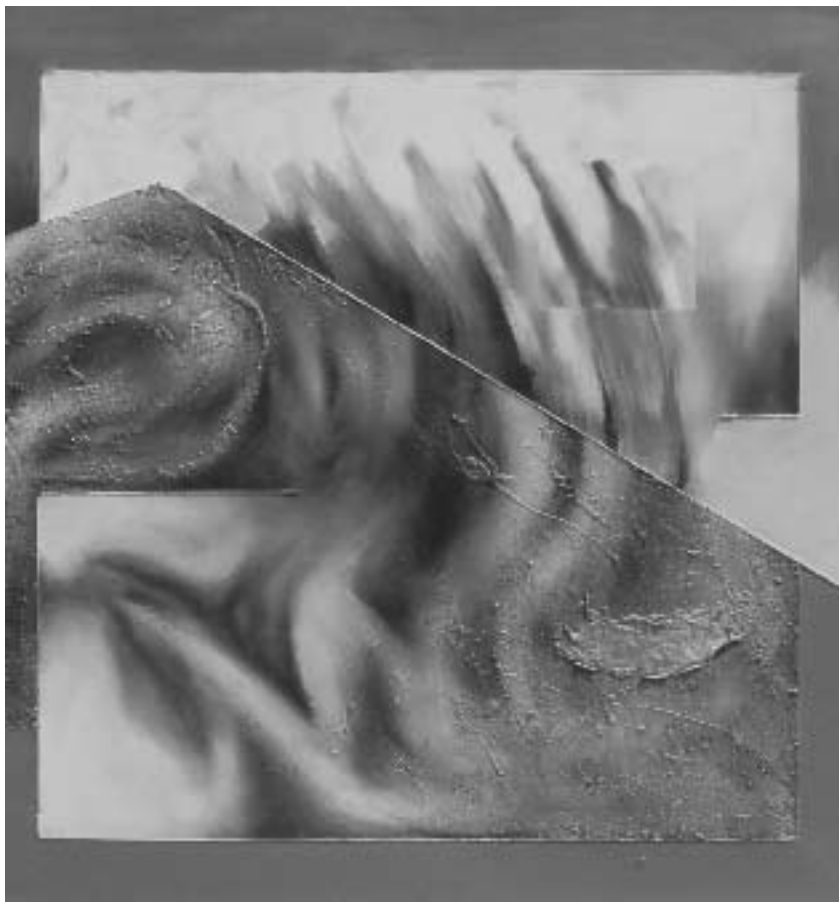
²⁸ Josephus Daniels, *Diplomático en mangas de camisa*, TGN, México, 1949, p. 333.

²⁹ Evelyn Waugh, *Robo al amparo de la ley*, Conaculta, México, 1996, p. 68.

³⁰ Porfirio Hernández, *Veredas, cumbres y barrancas*, Central de Publicaciones, México, 1947, p. 102.

³¹ Viczenik Dénes, *Mexiko*, Panorama, Budapest, 1985, p. 211.

³² Eugenia Echeverría, *Tepoztlán. ¡Qué viva la fiesta!*, Dirección General de Culturas Populares, Cuernavaca, 1994, p. 5.



Poema 4, 1997

Gonzalo Guerrero, primer mexicano por voluntad propia

♦ Juan de Dios González

Existe poca información acerca de Gonzalo Guerrero. En este artículo se sostiene que él es el primer mexicano por voluntad propia, puesto que eligió libremente dejar de reconocer y pertenecer a sus orígenes hispanos, para constituirse históricamente en el hombre que sería el origen de otra identidad nacional —ni ibérica ni totalmente indígena—, lo que serían tiempo después los futuros criollos y mestizos, quienes —con los antecedentes de Martín Cortés y Yanga (nuestra tercera raíz étnica africana)—, encabezados por Hidalgo y Morelos, llevarían a cabo, tres siglos después, en 1810, el inicio de la Guerra de Independencia. Para dar sustento a esta idea se recurre a las únicas referencias directas que existen sobre Gonzalo Guerrero: las obras de Hernán Cortés (1485-1547), Bernal Díaz del Castillo (ca. 1492-ca. 1584), fray Diego de Landa (1524-1579) y Antonio de Solís (1610-1686).¹

Gonzalo Guerrero nació en el puerto de Palos de la Frontera, en la actual provincia de Huelva, en

Andalucía, España. Antonio de Solís recoge de Jerónimo de Aguilar la noticia de que Gonzalo Guerrero era “un marinero natural de Palos de Moguer”,² pero lo correcto es que Gonzalo Guerrero nació en Palos de la Frontera, ya que etimológicamente su denominación toponímica procede del vocablo latino *palus* (laguna), y de hecho este lugar se llamó únicamente Palos hasta 1642. Sin embargo, a mediados del siglo XVI, los primeros cronistas de *Indias*, Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) y Francisco López de Gómara (1511-ca. 1562), al creer que Palos y Moguer eran un sólo pueblo, crearon el incorrecto Palos de Moguer.³ A partir de 1511 se tienen datos sobre Guerrero: en ese año embarcó en una expedición bajo el mando del capitán Pedro de Valdivia, a bordo del navío La Santa María de la Barca, el cual, después de explorar la costa centroamericana, encalló y naufragó en los arrecifes llamados Los Alacranes o Las Víboras,⁴ cerca de las costas de Yucatán. Sobrevivieron sólo veinte hombres, entre los que se encontraban el capitán

¹ Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, Porrúa, México, 1983; Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Porrúa, México, 2004; fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, Dastin, España, 2003; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, Espasa-Calpe Mexicana, México, 1994.

² Antonio de Solís, *op. cit.*, p. 55.

³ Esta denominación errónea produce malestar a los habitantes de Palos de la Frontera, puesto que ha hecho pensar a mucha gente que Palos de la Frontera en algún momento ha pertenecido a Moguer. Existen documentos donde se atestigua el verdadero nombre de Palos, por ejemplo, en la Real Provisión enviada a ciertos vecinos de Palos para que pusieran naves al servicio de Colón, de fecha 30 de abril de 1492, recogida en el Archivo General de Indias, bajo la signatura Patronato, 295, N3; allí se le denomina únicamente Palos.

⁴ Antonio de Solís, *op. cit.*, pp. 46 y 54.

♦ Profesor-Investigador, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales





Valdivia, Jerónimo de Aguilar y el propio Gonzalo Guerrero, quienes abordaron un batel sin velas con el cual alcanzaron la costa de Yucatán.

Tras llegar a tierra firme, los exploradores fueron tomados prisioneros y presentados ante el cacique de esa región, Halach Uinik, “el cual sacrificó a Valdivia y a otros cuatro a sus ídolos y después hizo banquetes [con la carne] de ellos a la gente, y que dejó para engordar a Aguilar y Guerrero y a otros cinco o seis”;⁵ no obstante, Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar lograron aprovechar un descuido de sus captores y escaparon. Fue así como dieron con otro cacique más generoso, quien era enemigo del primero, aunque también se sirvió de ellos como esclavos.

Tiempo después, Guerrero fue enviado como esclavo a un nuevo amo: Nachán Can —el cual era cacique de Chactemal (hoy Chetumal)—, quien debido a que aquél le demostró ser buen sirviente, respetuoso de las creencias mayas y gran estrategia militar, le entregó a su hija Zazil Há en matrimonio. Con esta unión, de la cual nacieron tres hijos, se consumó su asimilación a la cultura maya, y al integrarse por completo a ella se perforó las orejas para llevar zarcillos como los indios, adoptó nuevos vestidos y se tatuó el cuerpo.

Para el año de 1514 Guerrero ya era considerado un *nacom*, es decir, un jefe militar. Su pericia era la síntesis de los conocimientos militares españoles y mayas. Con ella ayudaba al cacique Nachán Can a vencer a las tribus indígenas enemigas.

Hernán Cortés desembarcó en Cozumel en el año de 1519, rumbo a la conquista de México. Ahí fue informado por unos indios de que en aquellas tierras “unos españoles estaban siete años había cautivos en el Yucatán, en poder de ciertos caciques”,⁶ motivo por el cual Cortés, como señala en su Primera Carta-Relación, envía mensaje a los náufragos para que se unan a su expedición, puesto que “supo nuevas de ellos y la tierra donde estaban, le pareció que haría mucho servicio a Dios y a vuestra majestad en trabajar que saliesen de la prisión y cautiverio en que estaban, y luego quisiera ir con toda la flota con su persona a los redimir, si no fuera porque los pilotos le dijeron que en ninguna manera lo hiciese, porque sería causa que la flota y gente que en ella iba se perdiese, a causa de ser la costa muy brava como lo es, y no haber en ella puerto ni parte donde pudiese surgir con los dichos navíos; y por esto lo dejó y proveyó luego con enviar con ciertos indios en una canoa, los cuales le habían dicho que sabían quién era el cacique con quien los dichos españoles estaban, y les escribió como si él dejaba de ir en persona con su armada para los librar, no era sino por ser mala y brava la costa para surgir, pero que les rogaba que trabajasen de se soltar e huir en algunas canoas, y que ellos los esperarían allí en la isla de Santa Cruz”.⁷

Cortés envió regalos para los caciques e indios que entregaron la carta. Dicha misiva, de acuerdo con Bernal Díaz del Castillo, decía lo siguiente:

⁵ Diego de Landa, *op. cit.*, p. 47.

⁶ Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 12.

⁷ *Ibid.*, p. 13.

“Señores y hermanos: Aquí, en Cozumel, he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis; y lleva en navío de plazo ocho días para os aguardar; veníos con toda brevedad; de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchan”.⁸

Señala en esa primera carta que “tres días después que el dicho capitán despachó a aquellos indios con sus cartas, no le pareciendo que estaba muy satisfecho, creyendo que aquellos indios no lo sabrían hacer tan bien como él lo deseaba, acordó de enviar, y envió, dos bergantines y un batel con cuarenta españoles de su armada a la dicha costa para que tomasen y recogiesen a los españoles cautivos si allí acudiesen”.⁹ Por ello salen dos navíos enviados por él con dirección a la costa de Catoche (litoral de Cozumel), en busca de los españoles que los indios tenían como esclavos. Diego de Ordaz, capitán de la mayor de las naves, tenía la orden de aguardar ocho días en dicha costa. Otro barco más pequeño informaría a Cortés de la respuesta de los caciques. La réplica de los caciques fue que debía enviar rescate para los amos de los españoles, pues eran esclavos.

De acuerdo a lo que relata Bernal Díaz del Castillo, “en dos días les dieron a un español que se decía Gerónimo de Aguilar”,¹⁰ quien al recibir el rescate de las cuentas enviadas por Cortés, las llevó con su amo para que le dejase libre. Así, “camino Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, en otro pueblo, cinco leguas de allí”.¹¹ Aguilar leyó a Guerrero la carta enviada por Hernán Cortés y Gonzalo Guerrero le respondió: “Hermano Aguilar: Yo soy casado y tengo tres hijos, y tiéname por cacique y capitán cuando hay guerras; idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir de esta manera! Y ya veis estos mis hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra”.¹²

Según Antonio de Solís, solamente llegó a la isla donde Cortés se encontraba “uno de los cautivos cristianos que estaban en Yucatán”,¹³ a quien “recibióle Andrés de Tapia con los brazos; y gustoso de su buena suerte le llevó a la presencia de Hernán Cortés acompañado de aquellos indios, que según lo que se conoció después, eran los mensajeros que dejó Diego de Ordaz en la costa de Yucatán”.¹⁴ Al encontrarse Aguilar frente a Cortés, le dijo todo acerca del naufragio y finalmente le refirió “que

⁸ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 43.

⁹ Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 13.

¹⁰ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, pp. 43-44.

¹¹ *Ibid.*, p. 44.

¹² *Ibid.*

¹³ Antonio de Solís, *op. cit.*, p. 54.

¹⁴ *Ibid.*



de los españoles que estaban cautivos en aquella tierra” sólo se encontraba vivo Gonzalo Guerrero, “pero que habiéndole manifestado la carta de Hernán Cortés, y procurado traerle consigo, no lo pudo conseguir porque se hallaba casado con una india bien acomodada, y tenía en ella tres o cuatro hijos, a cuyo amor atribuía su ceguedad”.¹⁵ Por las mismas fuentes se presume que en aquella época no era bien visto que se pusiera en segundo lugar la religión cristiana, por lo que los actos de Guerrero de no abandonar a su familia “por irse con los cristianos”¹⁶ podían interpretarse como actos indignos.

Diego de Landa sostiene que Gonzalo Guerrero jamás tuvo conocimiento de aquella carta, puesto que Jerónimo de Aguilar no contó con el tiempo para llevársela, ya que se encontraba lejos del lugar donde éste se hallaba, y es así como lo relata en su obra: “De este Jerónimo de Aguilar fuimos informados que los otros españoles que con él se perdieron en aquella carabela que dio al través, estaban muy derramados por la tierra, la cual nos dijo que era imposible poderlos recoger sin estar y gastar mucho tiempo en ello”.¹⁷

Finalmente, tiempo después un grupo de españoles, con intenciones de atacar a los mayas, arribó a los señoríos donde vivía Guerrero y éste dispuso inmediatamente la defensa. Guerrero murió en el encuentro bélico de los españoles con los indígenas

a causa de un arcabuzazo disparado por uno de sus “hermanos de sangre”. Tras más de veinte años de vivir entre los indios, la fecha del deceso de Guerrero fue el 13 de agosto de 1536.

Cuatro siglos y medio después, en 1982, para ser exactos, el primer mexicano Premio Nobel de Literatura Octavio Paz, escribiría el mejor libro de crítica literaria aparecido en América latina, según Mario Vargas Llosa, que contiene la realidad de esa época novohispana. Expresa: “En México y Perú, todo alude a las civilizaciones prehispánicas, lo mismo los nombres de las cosas, las plantas y los animales que los nombres de los lugares donde se levantan las ciudades. Más que una visión del mundo, una civilización es un mundo. Un mundo de objetos y, sobre todo, un mundo de nombres”.¹⁸

De acuerdo con los dos literatos e intelectuales mencionados, lo que entonces inició Gonzalo Guerrero, al sostenerse para no regresar a la civilización española con estas palabras: “Hermano Aguilar: Yo soy casado y tengo tres hijos, tiénneme por cacique y capitán, cuando hay guerras; idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean “esos” españoles ir de esta manera!”, se continúa repitiendo por más de cien millones de seres humanos en el México de hoy, en su gente, cultura, costumbres, ríos, montañas y mares.

¹⁵ *Ibid.*, p. 55.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Hernán Cortés, *op. cit.*, p. 14.

¹⁸ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la Fe*, FCE, México, 1982, p. 70.

Representaciones de la infancia en México en el siglo XIX

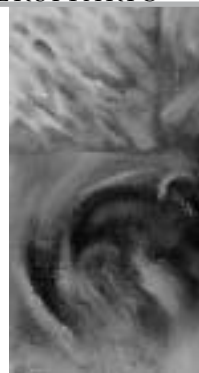
♦ Antonio Padilla

El siglo XIX fue el marco de una amplia y ambiciosa circulación de ideas, imágenes, prejuicios, temores, mitos y conocimientos empíricos que hicieron viable, tanto en el pensamiento como en las disciplinas sociales, la “invención” de nuevas realidades sociales y culturales. Dos actores sociales fueron motivo de concienzudas reflexiones y análisis para gran parte del pensamiento social decimonónico, si bien uno de ellos tiene especial pertinencia: la infancia, los niños y niñas cuyas edades fluctuaban entre los cero y los catorce años. El otro actor social fueron las mujeres.

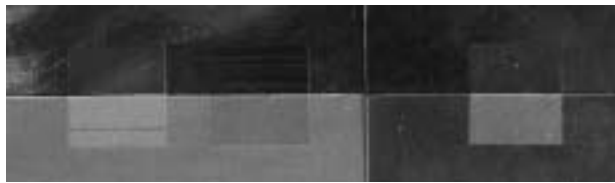
Conviene advertir que la reflexión en torno a estos actores no se hizo al percibirlos como protagonistas de su propia historia, es decir, recurriendo a experiencias y testimonios directamente generados por ellos. Quizá porque esta manera de proceder resultaba difícil y complicada al intentar reunir sus huellas o sus indicios, o tal vez porque se privilegiaron otros modos de efectuar su estudio, que le daban mayor importancia a la observación de ciertas instituciones y estructuras como la familia, la comunidad, el estado o la escuela, y desde las cuales se estimaba más adecuado examinarlos.

La comprensión e interpretación del papel y lugar que tenían y ocupaban estos actores en el orden social estuvo condicionada, en gran medida,

por lo que los pensadores y observadores cavilaban a la luz de su propia ideología, entendida como una concepción útil para interpretar el mundo, es decir, el conjunto de representaciones, y los métodos, conceptos e hipótesis que sustentaban su disciplina social, los estilos y los modos de la generación de conocimientos empíricos provenientes del mundo social, con el claro objetivo de influir en él por parte de un grupo de personas dentro de estructuras e instituciones específicas. En todo caso, y cualesquiera que hayan sido las razones que explican por qué se dio mayor preeminencia a un enfoque sobre otro —lo cual todavía es fuente de debate tanto en el terreno de las disciplinas sociales como de la historiografía—, el hecho fundamental fue que estos actores, sobre todo la



♦ Profesor-Investigador, Instituto de Ciencias de la Educación



infancia, adquirieron gran importancia en la investigación del mundo social.¹

Ideología, pensamiento y disciplina social no se presentan diferenciados en la realidad sino entremezclados en las prácticas sociales y culturales cotidianas; jugaban su papel en la configuración de una visión del mundo que permitía interpretar y comprender el orden social, en particular el de la infancia. Aunque en este trabajo no se trata de desentrañar cómo se relacionaron estos órdenes, ni siquiera de hacer el examen a profundidad de uno de ellos, sí se pretende dar ejemplos de aquéllos con el fin de formular hipótesis de trabajo que tiendan a explicar y comprender la enorme complejidad de las relaciones que resultan de su imbricación.

La historia cultural es un procedimiento adecuado para poder aproximarse a esas ideas, reflexiones y saberes sobre la infancia, precisamente porque uno de sus objetivos consiste en averiguar y examinar las formas en que los hombres producen y difunden una concepción del mundo.² De igual manera, el concepto de representación es fun-

damental para diferenciar los diversos niveles en que se representa el orden social, al mismo tiempo que brinda una herramienta indispensable para orientar la búsqueda de fuentes sobre las cuales el investigador puede iniciar sus operaciones, en la medida en que introduce una valoración altamente positiva de materiales que podrían estimarse poco coherentes por algunas escuelas historiográficas, sobre todo cuando se trata de la literatura.

Así, las representaciones pueden definirse, retomando a Georges Duby, como “un sistema completo de valores y mitos que también deben reconocerse y situarse en su justo espacio, según el poder que ejerce cada uno de ellos sobre el comportamiento de los grupos y según los percibe, de manera más o menos clara, la conciencia colectiva. Estas representaciones son colectivas y encierran opiniones, valores morales [...] toda la herramienta de que la conciencia humana dispone [y que] son arrastrados, de generación en generación, por un flujo perturbador”.³ Son ellas las que permiten aprehender e interpretar el mundo real, expresar deseos e inquietudes que, en efecto, constituyen

¹ Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, Siglo XXI, México, 1998, pp. 18-21.

² Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, *Para una historia cultural*, Taurus, México, 1999, p. 21. De acuerdo con Sirinelli, “la historia cultural es la que se asigna el estudio de las formas de representación del mundo dentro de un grupo humano cuya naturaleza puede variar —nacional, regional, social o política— y que analiza la gestación, la expresión y la transmisión. ¿Cómo representa y se representan los grupos humanos el mundo que los rodea? Un mundo figurado o sublimado —por las artes plásticas o la literatura—, pero también un mundo codificado —los valores, el lugar del trabajo y el esparcimiento, la relación con los otros—, contorneado —el divertimento—, pensado —por las grandes construcciones intelectuales—, explicado —por la ciencia—, y parcialmente dominado —por las técnicas—, dotado de un sentido —por las creencias y los sistemas religiosos o profanos, incluso los mitos—. Un mundo legado, finalmente, por las transmisiones debidas al medio, a la educación, a la instrucción”.

³ Georges Duby, “La historia cultural”, en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, *op cit.*, pp. 451-452.

elementos de estructuras mentales que pueden ser motivo de críticas –de hecho lo son– por su aparente inmovilidad.

También faltaría precisar y profundizar en la historia social de estas representaciones, porque ello revelaría formas de sentir, percibir y comprender la enorme complejidad de la realidad denominada infancia o niñez; de desentrañar quiénes, cómo, en qué condiciones y bajo cuáles mecanismos producían y difundían estas representaciones; la recepción y los intercambios que tuvieron lugar entre los diferentes sectores sociales para convertirlas y transformarlas en prácticas sociales que, al ponerse a prueba mediante su ejercicio cotidiano, las redefinían, las rechazaban o las apropiaban.⁴

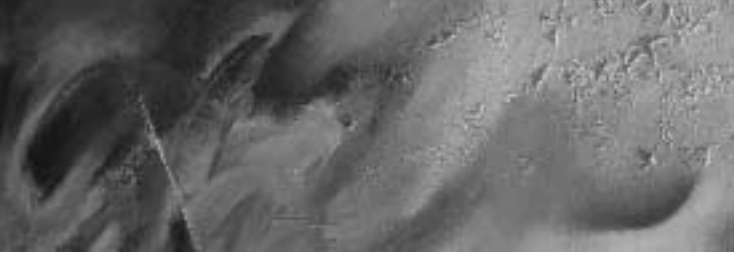
Bajo estas premisas teóricas y metodológicas es posible aproximarse al examen de una serie de representaciones que se formularon en México durante el siglo XIX y que, vistas en conjunto, pueden iluminar ciertas facetas no sólo de una concepción, sino de la vida cotidiana de la infancia y, en este marco, de la importancia que se le atribuyó a la educación en la formación de aquélla. Las representaciones o los fragmentos de ellas que aquí se presentan provienen de diversos tipos de materia-

les, aunque todas son pertinentes para nuestros fines, por lo que su grado de elaboración es desigual según los objetivos que sus creadores pretendían alcanzar. Su diversidad es evidente: van desde informes oficiales presentados por inspectores o agentes pedagógicos ante las autoridades, hasta novelas de la época, crónicas literarias o periodísticas, memorias y catecismos políticos, pero que se detenían para expresar sus opiniones o sus visiones para configurar un mosaico de la infancia. Su utilización resulta de sumo provecho para el historiador de la cultura y de la historia social, si son apreciadas como piezas de un rompecabezas que, al ser acomodadas en forma conveniente, contribuyen a elaborar una visión más cabal no sólo de un sistema de representaciones o de una concepción de la infancia, sino de la sociedad y del mundo en que se producían y difundían.

La niñez

La preocupación de las élites políticas, desde finales del siglo XVIII, por generalizar la instrucción primaria en nuestro país, guió gran parte de sus acciones y políticas educativas. Estos esfuerzos recuperaron al mismo tiempo que alentaron una

⁴ Esta agenda de investigación se ha realizado dentro de la historiografía de la educación y ya había sido advertida por uno de los más notables exponentes de esta perspectiva, Georges Duby, quien señalaba la necesidad de “reconstituir la herencia que cada generación recoge del pasado [...] hay que desmontar los mecanismos de su sistema de educación, introducirse en sus diversos órganos de iniciación, la familia, la escuela, el foro, el cuartel, el equipo de trabajo, la asamblea comunal, la cofradía, el sindicato, medir la eficiencia de los medios de difusión masiva que fueron, por ejemplo, la predicación, el teatro, la arenga, la prensa, la literatura que se vendía de puerta en puerta; finalmente analizar con cuidado el contenido que comunican esos diversos instrumentos pedagógicos”, en Georges Duby, *ibid.*, pp. 453-454.



reflexión más sistemática en torno a las ideas de algunos pensadores sociales, sobre todo europeos, que habían meditado acerca de la realidad infantil e impulsaron la búsqueda de conocimientos positivos, derivados de la observación sistemática de datos e informaciones elevados a ciertos niveles de comprobación y generalización, de la naturaleza de la infancia, de sus características y sus atributos. Esto, para que con base en unas y otras, fuera posible situar el papel de la educación y de la escuela no sólo como parte primordial de la socialización de la infancia, sino como legítimos centros de observación y producción de saberes sobre ésta, imprescindibles para conocer más de esta etapa de la vida a fin de saber con relativa exactitud qué tipo de comportamientos, valores, creencias y conocimientos debían de aprender y practicar, así como de los métodos más adecuados de aprendizaje y adiestramiento.

Empero, el hecho mismo de sostener que la escuela era un laboratorio de observación de los comportamientos y saberes infantiles y, por lo tanto, venero de representaciones de la infancia, debería matizarse pues, al menos hasta que la educación no tuvo un carácter obligatorio, no puede asegurarse que ésta sea la única fuente de elaboración y producción tanto de reflexiones como de conocimientos empíricos. Los procesos educativos al interior de la institución escolar o las experiencias educativas sociales que no tenían como eje el espacio escolar y que estaban a cargo de la familia o de otras instituciones como la iglesia, también

fueron una fuente para la generación de representaciones.

Ahora bien, tras las representaciones de la infancia es preciso destacar que se vislumbra una visión más general del orden social, de cómo se configura, del lugar que ocupan los niños y las niñas y las funciones que desempeñan en ese orden. En gran medida esta mirada general sobre la sociedad —de sus actores y sus instituciones, de sus individuos y estructuras, de las relaciones que establecen y reproducen los grupos sociales, de los valores en los que se sustenta, de la concepción del mundo que los cohesiona— condiciona y ordena las percepciones y las imágenes de la infancia y orienta el tipo de información que es necesario registrar y procesar para producir discursos y prácticas sobre este sector social.

Esta visión del mundo social es el espejo desde el cual se expresan las ideas en torno a la infancia y es un buen indicador de las preocupaciones y tribulaciones de los pensadores alrededor de un orden social que se gestó a lo largo del siglo XIX. En su gran mayoría, esas representaciones no fueron difundidas por grandes figuras del pensamiento social, sino por individuos casi anónimos, hombres y mujeres, quienes realizaban una labor cotidiana poco resplandeciente pero que aseguraba su divulgación en el conjunto social, por lo cual desempeñaban un papel fundamental como intermediarios entre las grandes elaboraciones de las élites y las de los grupos sociales subalternos.

Es posible sostener que el mundo social se manifestó con especificidades, según la región del país, por lo que los ejemplos que aquí se presentan deben tomarse con cuidado y evitar generalizaciones inaplicables, aunque al tratarse de un proceso que corresponde a la historia de la cultura vista desde la larga duración, no deja de pensarse hasta dónde pudieran haberse vulgarizado las representaciones sobre la infancia, lo que abriría nuevas expectativas de explicación de validez, más allá de ser casos particulares. Esto podría demostrarse con análisis que tuvieran como propósito dar cuenta de los espacios de articulación y producción de discursos con mayor grado de elaboración, sistematización y ordenación conceptual, es decir, el examen de las élites, las cuales eran relativamente reducidas, compartían preocupaciones sociales en general y problemas pedagógicos en particular, y se agrupaban en pequeños círculos académicos e intelectuales, desde donde debatían y exponían sus divergencias y coincidencias.

Una de las representaciones más constantes fue que la infancia era un estado social y biológico transitorio por el que atravesaban los individuos, que culminaría al llegar a la etapa adulta, lo que equivalía a retomar la concepción predominante de la época, según la cual la sociedad y el pensamiento transitaban de estadios primitivos a estadios superiores en una línea evolutiva y de progreso continuo. La infancia se consideraba como la etapa inicial de la vida de los hombres y las mujeres, por

lo que era fundamental prestarle suma atención a su formación, de tal modo que la educación tenía como misión hacer que los infantes pudieran asimilar las conductas, actitudes y valores más adecuados para garantizar la estabilidad del orden social.

En este sentido, la inmadurez, debilidad y manipulación tanto física como mental eran percibidas como características de la niñez. La educación se encargaría de evitar que la mente de los niños y de las niñas pudiera ser presa de las pasiones y los desvaríos propios de esa etapa, pues podrían favorecer toda clase de infracciones y conductas antisociales. De ahí que fuera indispensable crear un dispositivo de vigilancia que suavizara esas pasiones y esos comportamientos, “particularmente en sus primeros años, cuando el pensamiento apenas se mueve y el espíritu se abre fácilmente a toda clase de infracciones”,⁵ pues de lo contrario se pondría en grave peligro el orden social. Así, una de las medidas que se estimaban más eficaces para prevenir sus efectos indeseables en la sociedad y en los individuos era enseñarlos a leer y escribir. Se calculaba que a los siete años el niño tenía las disposiciones y habilidades para empezar el aprendizaje de esas artes, lo cual coincidía con el rango que se estableció para hacer obligatoria la instrucción primaria, pues a esa edad los músculos eran tiernos y sueltos y, con un ejercicio adecuado, era relativamente sencillo acostumbrarlos al uso de la pluma.

De igual manera, había que realizar una selección apropiada de lecturas que transmitieran valo-

⁵ J. Dionisio Dans, *El Conservador*, núm. 29, semestre 2o, Toluca, 21 de julio de 1832, pp. 113-116.



res y estimularan prácticas sociales virtuosas, que mesuraran las conductas y las pasiones perniciosas. Bajo estas propuestas había un supuesto social y pedagógico. La infancia, por no contar con un caudal de conocimientos que en efecto tendrían que ser transmitidos durante su educación, era ignorante, por lo cual resultaba indispensable abrir horizontes mediante el aprendizaje y el ejercicio de la lectura y la escritura, tanto porque eran la llave para descubrimientos más útiles de la sociedad como porque constituían el alma del comercio, “la pintura fiel de lo pasado, la regla del futuro, el mensajero de los pensamientos, y por último la llave de todas las Artes y las Ciencias”.⁶

En términos similares se expresaba el profesor José Dionisio Sans con respecto a la infancia y la necesidad de que ésta recibiera educación. Para él la educación era fundamental en la primera edad —sin especificar qué entendía por ésta—, porque en ella era posible extinguir los vicios, inculcar los deberes y obligaciones de los futuros ciudadanos y fomentar las virtudes sociales para garantizar el bienestar de los individuos, la estabilidad y el orden social. Para cumplir con tales propósitos era preciso desarrollar un programa educativo que contemplara la enseñanza de religión, urbanidad, política, ortología, caligrafía, ortografía, aritmética, álge-

bra y gramática castellana. Sans además sostenía que la educación tenía dos fuentes de transmisión: la familia y la escuela, pero opinaba que a ésta se le debía dar mayor importancia, pues era ahí donde se podía observar y estudiar directamente la naturaleza de la infancia, porque el responsable de tal labor, el profesor, estaba en capacidad de “penetrar el corazón humano”, de conocer la inclinación y disposición de los educandos.⁷

La infancia no siempre se representó ni se concibió de la misma manera, lo cual puede explicarse en cierta medida por el tipo de materiales y objetivos que se perseguían con su producción discursiva, aun cuando se tuviera una concepción general de la sociedad y los individuos, la cual también tuvo modificaciones en el tiempo y el espacio. En todo caso, esas representaciones contribuyeron a tener una idea más global del tejido social y del lugar que la niñez ocupaba en él. Poco a poco las relaciones, reales o imaginarias, de los niños con otros grupos o instituciones sociales se fueron haciendo más evidentes y consistentes. La familia y los padres y las madres eran las presencias más visibles, y los pensadores sociales adquirieron mayor conciencia de la importancia que tenían en la formación del mundo infantil, sobre todo en relación con las necesidades afectivas que

⁶ Antonio Padilla Arroyo, “Secularización, educación y rituales escolares en el siglo XIX”; una primera versión puede consultarse en *La investigación educativa en México, 1996-1997. Una antología de las ponencias del IV Congreso Nacional de Investigación Educativa*, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, UAY-SEP, Mérida, octubre de 1997, p. 338.

⁷ *Ibid.*, p. 339.

demandaban en su primera infancia, es decir, de los cero a los siete años.

Según sostenía el pensamiento de la época, esta etapa era decisiva para la formación de una cultura sentimental, debido a las impresiones que se registraban en la mente de los menores y a que éstas servían para el cultivo de los afectos y la sensibilidad de los niños y las niñas. De esta manera, bajo la premisa de que la niñez era la “época de la mayor debilidad del ser racional”, se explicaba la dependencia afectiva que mantenía con la familia, pues de ésta “saca sus goces, ya porque de ella recibe el infante la protección del amor más desinteresado”.⁸

Puede suponerse que algunos aspectos de esta visión se habían modificado con la introducción de ciertos matices significativos y la puesta en duda de las ideas expuestas con anterioridad. De tal manera que mientras en un primer momento se sostenía que la infancia se distinguía por poseer atributos innatos, ciertas pasiones, comportamientos y valores que había que extinguir o reemplazar, en esta nueva visión el infante era un ser racional pero sin conciencia de esa racionalidad. Por lo tanto, la educación tenía entre sus objetivos liberarla. De igual modo, esta visión diferenciaba con claridad dos etapas de la infancia que estaban regidas por leyes naturales del desarrollo humano. La primera se distinguía, entre otras cosas, porque “todo el

atractivo que rodea al infante, y la misteriosa ternura con que lo cubren y defienden sus padres, son los medios que preparan la primera aplicación de esa eterna ley de los seres racionales, que podemos considerar terminada con la lactancia. Época es esa de la más sublime abnegación que ennoblece y eleva al hombre, porque confunde el sacrificio del individuo con el bienestar de un ser desvalido, que debe el principio de la vida al amor, y la continuación de ella al mismo sentimiento”.⁹

Si bien la primera infancia tenía como eje la educación en la familia, la segunda infancia continuaría su proceso formativo, preferentemente, a través de la enseñanza en general y la educación escolar en particular. Esta misión era una ley rigurosa en el proceso de forjar cabalmente ese ser racional. En esta fase, los objetivos y los medios habían de ser distintos, pues se trataba, ya no de crear un ambiente afectivo en el niño o en la niña, sino de ampliar sus horizontes, expectativas e intereses. Básicamente esta educación tendería a transmitir conocimientos útiles para su futuro desenvolvimiento. Así lo señalaba Pizarro: “La segunda aplicación de la ley de que hablamos es la enseñanza. Tesoros del saber y de experiencia, recogidos con mil dolores y afanes repetidos, herencia de mil generaciones que arrancaron algunas hojas al árbol del bien y del mal, vías preparadas, proyectos realizados, concepciones laboriosamente formadas,

⁸ Nicolás Pizarro, *Catecismo político constitucional escrito por...*, Imprenta de N. Chávez, Méjico, 1861, p. 36.

⁹ *Ibid.*, p. 68.



todo está á disposición del niño, desde el silabario, que acaba de desatar su lengua, hasta el telégrafo que envía su pensamiento á todas las distancias con la velocidad del relámpago, desde el sencillo péndulo hasta el movimiento impulsado por el vapor, todo está dispuesto para su aprendizaje, y el maestro que es la sociedad está esperándole; que entre al templo de la sabiduría y que elija sin el peligro del primer hombre, porque el fruto ha perdido ya su calidad de vedado y perjudicial”.¹⁰

Maternidad, infancia y educación

Un personaje que adquirió perfiles definidos e independientes de otros actores e instituciones fue la mujer, especialmente cuando pasaba al estado de la maternidad. Los pensadores y los estudiosos del mundo social vieron en ella un protagonista central, no sólo porque a ella tocaba, ya se creyera una obligación o una actitud inherente a su naturaleza, o ambas a la vez, la crianza de los niños y las niñas en sus primeros años. Esto la comprometía a producir un clima de afecto y amor que dotara de salud física y mental a los infantes. Esta etapa era vital para el eventual desarrollo de los adultos. Por eso, se aseguraba que las madres debían, entre otras cosas, amamantar a los recién nacidos, protegerlos de las enfermedades y propiciar una actitud de confianza y seguridad, todo ello con el

fin de garantizar el bienestar del mundo infantil. Evidentemente, todas estas ideas tenían su base en creencias, actitudes, comportamientos y valores que entremezclaban experiencias históricas sobre el trato a la infancia y conocimientos empíricos que conformarían los objetos de estudio de las incipientes disciplinas científicas, la pedagogía y la psicología.¹¹

A partir de la primera mitad del siglo XIX la idea de la madre se asoció estrechamente con las representaciones de la infancia. Pero no sólo por su importante labor en torno a la atención a la primera infancia, sino porque se percibió y se valoró de nueva cuenta la trascendencia de su actuación en los procesos educativos formales y escolarizados. De ahí que no fuera casual el hecho de que moralistas, filósofos, preceptores, pedagogos e higienistas, mujeres escritoras y periodistas, entre otros y otras, reiteraran en sus discursos y sus prácticas disciplinarias, una y otra vez, que las madres debían acceder a conocimientos novedosos acerca de las cualidades y características de la infancia, pero sobre todo que admitieran la necesaria y complementaria relación de la educación en el hogar —a cargo, precisamente, de las madres— con la que se impartía en las escuelas.

Había, entonces, que persuadir a las madres de abandonar sus temores y prejuicios sobre las su-

¹⁰ *Ibid.*, pp. 69-70.

¹¹ Para una revisión general acerca de la cuestión social y pedagógica de la crianza y los cuidados infantiles a partir de la época del renacimiento en Europa, puede consultarse Buenaventura Delgado, *Historia de la infancia*, Ariel Educación, Barcelona, 1998.

puestas desventajas que ofrecía la educación de la niñez en los espacios escolares. De este modo, el hogar se comparaba con un jardín infantil, donde al niño o a la niña había que darle los suficientes estímulos que despertaran su curiosidad por las cosas que le rodeaban y dejarle libre, a fin de permitirle el desarrollo pleno de sus facultades. Por ejemplo, la célebre periodista y escritora Laureana Wright de Kleinha aconsejaba, desde su no menos conocido periódico: “Nuestra misión no sólo es de amor; es también, y acaso más, de abnegación y sacrificio; antes que la satisfacción de nuestros sentimientos íntimos, debemos buscar el bien de nuestros hijos, amoldando la educación del hogar á la de la escuela, aliándonos con el maestro, y entregándole sin restricción la enseñanza intelectual, en tanto que por nuestra parte cultivamos la del corazón y la moral, puesto que todavía no estamos á punto de desempeñarlas todas”.¹²

Más aún Wright, en una demostración de su profundo conocimiento de la realidad social y cultural de México, bosquejó una tipología de las clases sociales en México en relación con los comportamientos, actitudes y valores que mantenían y transmitían las madres a sus hijos e hijas, con pleno dominio de materias complicadas como la sociología, la psicología y la antropología tanto de México como de otros países, con modos y estilos de vida diversos; estableció paralelismos y compa-

raciones de la idea de infancia y del tipo de educación que ésta debería recibir, así como el papel de la madre como primera maestra. Con gran certeza censuraba y reconocía al mismo tiempo las ventajas y desventajas tanto de la infancia como de la educación que se impartía en nuestro país. Aseguraba que “las madres en todas partes son la última expresión del cariño y la ternura; pero podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que entre las mexicanas este sentimiento es doblemente poderoso y dominador, por lo que no es extraño que la severidad y la rectitud en la dirección de la niñez, sean también más escasas que en otros países donde subsisten costumbres que, nosotras, las madres mexicanas, no podríamos soportar, como es la de mandar á los niños al campo durante la lactancia, entregándoles á manos mercenarias, y la de enviar a los jóvenes, á penas entrados a la pubertad, á hacer un viaje de pura eventualidad y con el solo objeto de que aprendan á buscarse por sí mismos los elementos necesarios para la subsistencia. Esta última imposición nos parece benéfica y perfectamente apropiada para comenzar á formar al hombre en el momento de concluir su aprendizaje de niño; no así la primera, que nos parece altamente desmoralizadora y perjudicial, pues contraria no sólo a las leyes del amor, del deber y la razón, sino á la naturaleza bruta, al animal mismo, que nunca se aparta de sus pequeñuelos mientras se hallan

¹² Laureana Wright de Kleinha, “La educación del hogar”, en *Las Hijas del Anáhuac*, México, 11 de diciembre de 1887, p. 15.



en la infancia y no pueden sostenerse por sí solos, á penas podemos concebir que exista tan repugnante costumbre, entre la razas que por su origen sajón, carecen de la exquisita sensibilidad peculiar á las de origen latino [...] En cambio, incurrimos en el defecto, no del demasiado amor, porque nunca puede ser excesivo el que á esos seres de nuestro ser se consagra, sino del amor mal entendido, de la ceguedad del amor, que nos impide á veces ver con absoluta claridad los defectos que debemos corregir y las cualidades que debemos estimular ó inculcar, según hallemos ó no el germen de ellas: en una palabra, con muy pocas y notables excepciones, carecemos de tino y energía para dirigir rectamente la educación de la familia; sabemos en general crear hijos amorosos, pero no formar hombres útiles á sí mismos y á la sociedad en que deben vivir”.¹³

Esta extensa cita da cuenta de las representaciones que para fines del siglo XIX eran familiares dentro de las élites políticas e intelectuales y de la labor de difusión y divulgación que se promovía entre diferentes sectores sociales, especialmente entre las clases medias y altas. La infancia seguía siendo percibida como una fase inicial en la vida de los hombres, que tarde o temprano llegarían a ser adultos y que tendrían que vivir en un orden social estable, por lo que era necesario, desde sus primeros meses de edad, comenzar un largo, permanente, progresivo y graduado proceso de educa-

ción que iniciaba en el hogar, y cuya misión estaba encomendada de manera primordial a las mujeres, en particular a las madres, y se extendía a la institución escolar hasta concluir en la formación de los ciudadanos.

Por su parte, el escritor y periodista Luis G. Urbina reiteraba la evidente labor educativa que conllevaba la formación no de la infancia sino del hombre adulto en ciernes, lo que en la práctica significaba cultivar una infancia física, mental y socialmente saludable. Por eso demandaba reconocer la trascendencia de la institución escolar desde la primera infancia, lo que hacía necesario convencer a las madres de que su labor no entraba en contradicción con la escuela: “Educar al párvulo es atender a un cultivo por extremo difícil y complicado; es preparar al hombre, delinearle, formarle y robustecerle el carácter, darle conciencia y la seguridad de sí mismo, enseñarle a coexistir con los seres de su especie y a ver en la naturaleza una grande, una perenne fuente creadora de bien y de belleza; iniciarlo en un perfeccionamiento incesante de altruismo y de libertad, todo ello sin oprimir, sin mortificar, sin deformar las almas delicadas y quebradizas, las almas recién nacidas y frescas, que traen, por lo inmutable, gérmenes propios, facultades genuinas que conservar y desarrollar. Las madres deben coadyuvar, colaborar en el trabajo de la escuela. El hogar es el primer ‘jardín infantil’. Y con una suprema abnegación, sólo conce-

¹³ *Ibid.*, p. 14.

dida al corazón femenino, en esa época tierna y peligrosa del chicuelo, la madre debe ser maestra, la maestra debe ser madre. Precisa destruir en la humanidad las falsas ideas, los torpes ideales, las viejas preocupaciones; precisa arrancar el pesimismo y el escepticismo, que se apiñan, como sombras nocturnas, en las moradas de la conciencia. Esta labor de titán la han de hacer las madres, o nadie la hará. Ellas son las únicas que, tendiendo un puente de oro entre la casa y la escuela, pueden llegar muy alto, llevando de la mano a sus hijos, subiendo con ellos como por otra milagrosa escala de Jacob”.¹⁴

Los proyectos, las propuestas y las iniciativas que las élites políticas e intelectuales configuraron y difundieron sobre la educación durante gran parte del siglo XIX conllevaron la expresión de ideas, reflexiones y creencias en torno a diversos actores e instituciones que serían fundamentales en la tarea educativa. Estos actores y estas instituciones ocuparían por primera vez un lugar primordial dentro de los discursos y las prácticas sociales, serían el centro de formulaciones acerca de sus relaciones con otros grupos sociales, de su lugar en el orden social, así como de la importancia de ser sujetos

y objetos de procesos educativos, tanto formales como informales. Evidentemente, unos y otras habían estado presentes en el pensamiento social de la época, con vagas e imprecisas referencias de su lugar en el mundo social, y más como preocupaciones individuales que como problemas colectivos, en medio de una sociedad que se encontraba en vías de integración y diferenciación. Su interés no alcanzaba a ser materia de examen en sí mismo sino en función y dependencia de otros actores y otras instituciones, por lo que su presencia era casi imperceptible. Como se ha señalado, durante el siglo XIX los pensadores sociales transformaron su lugar del orden social, al haber alcanzado un estatuto de hechos sociales y culturales, dignos de ser estudiados por las disciplinas científicas que también se conformaban como campos de saber e intervención.

Sin duda, estas representaciones no necesariamente tuvieron uniformidad o encadenamiento lógico y conceptual entre sí. En la práctica, en ocasiones, fueron hasta contradictorias y francamente antagónicas, pero todas ellas jugaron un papel importante en la conformación de una concepción del mundo en general y de la infancia en particular.

¹⁴ Luis G. Urbina, *Crónicas*, UNAM, México, 1995, pp. 51-52.



Día de muertos, 1996

La sociedad del riesgo y su influencia en el derecho

◆ Juan Manuel Ortega



El concepto de riesgo ha pasado a ser objeto de algunas ciencias antes de ser tema de análisis de las teorías sociales. Pero si bien el tratamiento del riesgo constituye uno de los temas centrales de los estudios científicos, técnicos y sociales, igualmente —como bien lo advierte Bechmann— “una completa idea de él requiere un estudio histórico”.¹

En efecto, desde mediados del siglo XX, los teóricos sociales estimaron que la sociedad industrial adoptaba unos rasgos que la diferenciaban de la sociedad industrial clásica. La certeza de que el mundo occidental alumbraba un nuevo estadio quedaba reflejada en análisis varios que se esforzaban por resaltar una u otra faceta característica. Para Rodríguez Ibáñez, entre esos análisis destacarían tres enfoques principales: “el centrado en la idea de ‘sociedad postindustrial’, el preocupado por destacar la impronta que ejercen las nuevas tecnologías sobre la realidad contemporánea (sociedades programadas) y el que trabaja sobre el concepto de postmodernidad”.²

Los teóricos de la sociedad postindustrial resaltan los cambios que afectan a la infraestructura o esfera tecnoeconómica y, con ella, a ciertas sociabilidades instituidas desde la revolución industrial. En efecto, Bell constató la irrupción del conocimiento como fuerza productiva y la pérdida de importancia del sector económico secundario, sobrepasado por los dinámicos terciario, cuaternario y quinario.³

Por su parte, Touraine llama la atención, desde los años setenta del siglo pasado, sobre el hecho de que la sociedad postindustrial ha generado nuevos conflictos y que, en torno a ellos, proliferan los denominados nuevos movimientos sociales, que están

¹ Gotthard Bechmann, “Riesgos y desarrollo técnico-científico”, *Cuadernos de Sección. Ciencias Sociales y Económicas*, núm. 2, Madrid, 1994, p. 60.

² José E. Rodríguez Ibáñez, “Hacia un nuevo marco teórico”, *Revista de Occidente*, núm. 150, Madrid, noviembre de 1993, p. 5.

³ Daniel Bell, *El advenimiento de la sociedad post-industrial: un intento de prognosis social*, Alianza Editorial, Madrid, 1976, p. 78. Para la ciencia económica, el sector primario se constituye por la agricultura, ganadería, pesca y caza; el secundario, por la minería, industria y producción; el terciario, por el comercio y los servicios; el cuaternario, por los servicios altamente intelectuales, como investigación y desarrollo, y el quinario, por las modernas telecomunicaciones.

◆ Profesor-Investigador, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales



desbordando el oligarquizado sistema político dominado por los partidos políticos y los sindicatos.⁴

Por otro lado, los teóricos de la postmodernidad entienden que las mutaciones más importantes que estamos experimentando son de carácter superestructural o sociocultural. Pero no entraremos en este aspecto ni en el relativo a la segunda de las explicaciones teóricas mencionadas (sociedades programadas), para no desbordar en forma evidente nuestros propósitos.

Desde hace relativamente pocos años aparecieron obras que avanzaron en la línea de caracterización unitaria de la sociedad en que vivimos. Estos textos son suscritos por tres autores: Ulrich Beck, Anthony Giddens y Niklas Luhmann.⁵ Todos ellos utilizan como fundamento de sus argumentaciones la noción de sociedad del riesgo.

La verdad es que la paternidad de dicho concepto pertenece por derecho propio a Ulrich Beck, quien en 1986 publica en Alemania su obra *Risikogesellschaft –La sociedad del riesgo–*, con merecida notoriedad por los alcances que esta teoría ha tenido para otras disciplinas, entre ellas el derecho.

El autor se propone hacer algo parecido a lo que hicieron en su momento Marx, Durkheim y Weber, es decir, aventurar hipótesis de lo que pudiera ser el siglo XXI a partir de lo que el siglo XX permitió vislumbrar, de idéntica forma a como hicieron los

clásicos sociólogos señalados respecto de la sociedad del siglo XX (a partir de sus visiones de finales del XIX y principios de aquél). El mérito de Beck es erigirse, pues, en pionero de la construcción de un nuevo marco sociointerpretativo.

Beck asegura que “de una manera similar a como en el siglo XIX la modernización disolvió la sociedad agraria anquilosada estamentalmente y elaboró la imagen estructural de la sociedad industrial, la modernización disuelve hoy los contornos de la sociedad industrial y en la continuidad de la modernidad surge otra figura social”.⁶

Asimismo, establece que la tradicional sociedad industrial se despide del escenario de la historia mundial por la escalera trasera de los efectos secundarios y no como se había previsto en los libros de imágenes de la teoría social: con un estallido político (revolución, elecciones democráticas).

El punto de partida de este autor es la propia noción de sociedad del riesgo. Con esta expresión Beck se refiere a un estado de desarrollo en el que las bases de la organización social ya no sólo son la administración y distribución de los recursos, sino, fundamentalmente, la distribución de los riesgos. En palabras suyas: “mientras que en la sociedad industrial la ‘lógica’ de la producción de riqueza domina a la lógica de la producción de riesgos, en la sociedad del riesgo se invierte esta relación”.⁷

⁴ Alain Touraine, *La sociedad postindustrial*, Ariel, Barcelona, 1971, especialmente capítulos I y II.

⁵ Para un análisis de las opiniones de estos autores, puede consultarse la versión en español de sus respectivas obras, que aparecen publicadas en la *Revista de Occidente*, n° 150, noviembre, 1993.

⁶ Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona, 1998, p. 16.

⁷ *Ibid.*, p. 19.

A continuación afirma que los riesgos “modernos” no son del todo calculables; además, sus daños son difícilmente imputables a alguien en particular y, lo que es peor, pueden resultar irreparables. Lo trascendente de todo ello es que los nuevos peligros “traen como consecuencia que la realidad se perciba y estructure a nivel cognitivo de acuerdo a un esquema de seguridad y riesgo”.⁸

Esto le permite ir al análisis sociológico del tema, pues la conclusión anterior le lleva a indicar que las líneas divisorias de la sociedad del riesgo se alejan de las viejas fronteras de clase; por eso propone que aquéllas dividan a quienes soportan riesgos potenciales de quienes soportan más difusamente tales riesgos. Dice gráficamente: “a la clase de los afectados no se le contraponen la clase de los no afectados. En todo caso, a la clase de los afectados, se le contraponen la clase de los aún no afectados”.⁹

De todo ello se desprenden dos consecuencias, que apunta el mismo Beck: primero, la necesidad de establecer mecanismos compensatorios, de la misma forma en que el estado asistencial tuvo que subvenir a los desajustes e injusticias de la sociedad industrial; y segundo, un compromiso muy serio con

el equilibrio ecológico, que ya no puede calificarse de mal menor, desde el momento en que la naturaleza no es una simple sierva del progreso.

Sobre el tema histórico y cultural, afirma que la modernidad ha de ser esencialmente reflexiva, esto es, autoconsciente y universalmente democrática. La asunción del riesgo no tiene más contrapeso que el de la transparencia democrática, extendida a todos los foros —ciencia, administración, economía, derecho, política, etcétera. El mejor remedio es la regeneración de la política, demasiado subordinada y, por ello, necesitada de recuperar un clima de participación, pluralismo y debate genuinos. “Una opinión pública vigorosa —‘ilustrada’ y ‘reflexiva’— constituye el mejor antídoto contra la incertidumbre”.¹⁰

Advierte sobre los graves problemas que afectan a las políticas e instituciones modernas, derivados de la imposible gestión de los riesgos y peligros producidos. En concreto, llega a decir que “el potencial político central contenido en los peligros ecológicos reside en el colapso administrativo, en el colapso de la racionalidad científico-técnica y jurídica, así como de las garantías de seguridad político institucionales”.¹¹

⁸ *Ibid.*, p. 22 y, en el mismo sentido, Félix Herzog, “Límites al control penal de los riesgos sociales. Una perspectiva crítica ante el derecho penal en peligro”, *Anuario de Derecho Penal y Ciencias Penales*, tomo XLVI, fascículo I, enero-abril, 1998, p. 318.

⁹ Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo...*, *op. cit.*, p. 46.

¹⁰ *Ibid.*, p. 187; por su parte, Beriain Razquin habla de dos estrategias para obtener seguridad: la capacidad adaptativa y la anticipación, en Josetxo Beriain Razquin, “De la sociedad industrial a la sociedad del riesgo”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 63, 1993, p. 160.

¹¹ Ulrich Beck, “De la sociedad industrial a la sociedad del riesgo: cuestiones de supervivencia, estructura social e ilustración ecológica”, *Revista de Occidente*, *op. cit.*, p. 27.



Implicaciones en el derecho

Entre las características más importantes de esta sociedad del riesgo que afectan al sistema normativo pueden destacarse las siguientes:

1. Existe un cambio en el potencial de los peligros actuales en relación con los de otras épocas: la sociedad actual se caracteriza por la existencia de riesgos “artificiales”, es decir, aquellos producidos por la actividad del hombre y conectados a una decisión suya, a diferencia de lo que acontecía en el pasado, cuando los riesgos provenían de la propia naturaleza. Aquellos riesgos no sólo son más peligrosos sino que amenazan a un número indeterminado de personas, e incluso a la existencia de la humanidad.

Además, no debe perderse de vista que estos riesgos son consecuencias secundarias del progreso tecnológico, constituyen siempre efectos indeseados, a menudo no previstos y algunas veces imprevisibles de actividades humanas que, en principio, cumplían o pretendían cumplir fines positivamente valorados por la sociedad, aunque de eso hay todavía mucho que decir.

Una diferencia importante entre los riesgos naturales y los riesgos industriales actuales es que aquellos sólo pueden ser imputados a la naturale-

za (en otras épocas, a los dioses); en cambio, los riesgos industriales actuales parten de una decisión (con ánimo de lucro) en el campo industrial o económico, lo que invita a reflexionar sobre la imputación y la atribución de responsabilidad por las consecuencias indeseadas, tanto a las personas como a las empresas implicadas. Sin embargo, algunos riesgos (ecológicos, atómicos, biotecnológicos, entre otros) ya no se pueden volver a conducir tan fácilmente hacia los estándares de control, pues suprimen los pilares básicos del cálculo de riesgos y de seguridad, lo que inevitablemente genera desconfianza.¹²

Un dato importante, que destaca Beck, es el hecho de que estos últimos riesgos, al contrario de lo que ocurría con los riesgos “tradicionales de la sociedad industrial primaria”,¹³ no son imputables según las reglas vigentes de la causalidad, la culpabilidad y la responsabilidad. Señala que con la inocencia de la ciencia pura, los investigadores del riesgo defienden el arte elevado de la demostración causal, bloquean así protestas ciudadanas, las sofocan en el origen de una ausente demostración de ese tipo. En cualquier caso, dicha demostración, para los riesgos de la modernización, es básicamente inadecuada.

¹² Esta es la línea seguida por Jean-Jacques Bonnaud, quien establece que la evaluación del riesgo escapa a los métodos tradicionales de cálculo y ello genera una crisis de confianza entre los ciudadanos. Asegura que permitir que se extienda tal movimiento equivaldría a multiplicar la implicación de la responsabilidad penal de los políticos de las empresas y otros actores económicos, con los peores riesgos de desviación, demagogia y parálisis de la acción pública en su conjunto, en Jean-Jacques Bonnaud, “Seguro y sociedad del riesgo: la empresa, el juez y el estado”, *Gerencia de Riesgos y Seguros*, núm. 74, Madrid, 2001, pp. 13-14.

¹³ Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo...*, *op. cit.*, pp. 70-71.

Al comienzo del nuevo milenio, los riesgos deben entenderse como un elemento más del funcionamiento de las actividades industriales, que “deben ser objeto de identificación, evaluación y cuantificación mediante parámetros y reglas objetivas de no muy difícil aplicación, con la finalidad de eliminar los daños de contaminación o, al menos, de reducir sus posibles efectos negativos”.¹⁴

2. El segundo elemento caracterizador es la complejidad organizativa de las relaciones de responsabilidad. En la medida en que la sociedad se hace más compleja, perfeccionada e intercambiable, el individuo piensa que es menor su responsabilidad, al considerar que su contribución al conjunto es mínima. Esta percepción induce a suponer que la responsabilidad se ramifica cada vez más a través de procesos en los que contribuyen muchas personas (por ejemplo, la eliminación de residuos que por acumulación individual pueden devenir nocivos). En este sentido, los ciudadanos en realidad mantienen una vaga y difusa relación con el hecho individual, de manera que sólo al forzar mucho los conceptos se puede vincular la producción del daño o el peligro a la imputación por ello.

A partir de la paradoja de que el riesgo afecta de modo involuntario a las personas pero tiene siempre su origen en una decisión humana, esta situación de “responsabilidad” se produce, en unos

casos, como consecuencia de múltiples acciones individuales y, en otros, por la sistemática divergencia entre producción del riesgo y afectación por el mismo en sociedades funcionalmente diferenciadas.

3. El tercero de los rasgos definitorios de la sociedad del riesgo, que afecta al derecho, es la sensación de inseguridad subjetiva, independiente de los peligros reales. Esto se explica porque en una sociedad cuyos miembros viven más seguros (de los peligros o riesgos tradicionales o naturales), paradójicamente tienen una creciente sensación subjetiva de inseguridad. En tales condiciones, las exigencias de la seguridad jurídica (en un sentido muy amplio del término) debieran estar encaminadas no sólo a la protección objetiva frente a riesgos —que disuadan tales conductas—, sino a la posibilidad de garantizar, además, la confianza en dicha seguridad, en su efectividad. Así pues, la creación de nuevos riesgos y la complejidad de todos los procesos en los que se ven inmersos la sociedad y el individuo, generan esa sensación de inseguridad que se transforma en una exigencia de protección, siempre en ascenso.

Ello se traduce, también, en un problema de legitimidad del propio ordenamiento jurídico, como bien destaca el propio Beck. Este autor establece que en algún momento surge la pregunta acerca

¹⁴ Pedro Poveda Gómez y Carlos Vázquez Cobos, “La reparación de los daños ambientales. Estudio comparativo entre el Anteproyecto de Ley de Responsabilidad Civil derivada de actividades con incidencia ambiental y el Libro Blanco de la Comisión Europea sobre Reparación Medioambiental”, *Noticias de la Unión Europea*, núm. 193, Madrid, febrero de 2001, pp. 59-60.



del valor de un sistema legal que regula y persigue, hasta sus más ínfimos detalles, todos aquellos riesgos menores que son técnicamente manejables, en virtud de su propia autoridad y en la medida en que no pueden ser reducidos a un mínimo técnico que pida a todo el mundo que se haga cargo de ellos.

Esta relación riesgo-inseguridad provoca que los individuos reclamen del estado, de manera creciente, la prevención frente al riesgo y la provisión de seguridad como únicas salidas viables de tal círculo vicioso. Si hay algo que caracteriza a la sociedad del riesgo es precisamente la necesidad y la sensación o impresión de inseguridad, de manera que —y esto es importante subrayarlo— el logro de la seguridad se convierte en un motivo dominante de la ordenación de la vida jurídica.

Tal exigencia de seguridad puede convertirse en un problema si esas demandas se canalizan exclusivamente hacia el derecho, pues éste se vería forzado a expandir sus contornos para el control de nuevos peligros. Debe advertirse, pues, sobre lo inadecuado que resultaría que el derecho asumiera ese papel, que no le pertenece de modo prioritario ni mucho menos exclusivo, pues ello devendría en una intervención jurídica excesiva y, a la postre, en un “Estado de prevención o Estado preventivo”.

Recepción del concepto

Vamos a dilucidar por qué el concepto de sociedad del riesgo, considerado “de moda” en las ciencias

sociales, ha empezado a traspasar esas fronteras para insertarse en las reflexiones sobre la evolución del derecho y el modo en que éste responderá a las novedades que tal modelo social trae consigo.

Por lo que se refiere a la “importación” del concepto sociedad del riesgo para el análisis jurídico, el razonamiento que lo sustenta es el siguiente: los nuevos riesgos tienen su origen en actividades humanas; esto las hace, en principio, controlables o susceptibles de cierto control. De ahí surge la idea de que el derecho puede ser un medio adecuado e incluso necesario para contrarrestar los nuevos riesgos.

La propia jurisprudencia extranjera ha establecido este propósito al indicar que “la tecnología es un producto de la inteligencia humana y el reto que plantean sus posibilidades, teóricamente ilimitadas, de desarrollo, consiste o pasa por reducir a sus justos límites los efectos negativos que un uso desmesurado, descontrolado y anárquico, acarrearía a toda la sociedad”.¹⁵

Así pues, no resulta aventurado referirse a un “derecho de la sociedad del riesgo”. Si, como ya dijimos, la sociedad del riesgo tiene una verdadera necesidad de seguridad y esta tendencia se traduce en contener, con ayuda del derecho, la formación de peligros no consentidos en una etapa temprana (que disuadan determinados comportamientos iniciadores de peligros), el concepto de sociedad del riesgo podría servir como clave para entender el

¹⁵ Sentencia del Tribunal Supremo Español, Sala Penal, 30 de noviembre de 1990, Fundamento Jurídico 12.

actual derecho, que se encarga también del tratamiento de peligros e inseguridades subjetivas.

Debemos recordar que el papel de la ley es proteger al hombre de la máquina, y no al revés. Ese es un pensamiento humanista. El derecho a vivir sin molestias es un derecho fundamental arraigado en la ley.

De esa manera “derecho de la sociedad del riesgo” sería un concepto que designaría una forma de desarrollo y un conjunto de modificaciones estructurales a través de las cuales el ordenamiento jurídico, en su conjunto, se está adaptando al fenómeno de la sociedad del riesgo.

Además del potencial que se atribuye al derecho para el control de los nuevos riesgos, existe una nota que debe ponerse de relieve en el surgimiento del “derecho de la sociedad del riesgo”, esto es, que la sensación de inseguridad hace surgir una auténtica demanda social de control a la que el Estado no siempre da una respuesta racional, entre otras razones, porque se considera que existen ciertos riesgos y molestias “necesarios”.

Debe sostenerse que ante la gravedad con la que se perciben, por la opinión pública y por el estado, los nuevos riesgos que generan una considerable sensación de inseguridad entre los ciudadanos, la reacción claramente verificable es acudir a la respuesta penal como forma de control —que se considera la adecuada por su máxima severidad; sin embargo, parece perderse de vista que la efectividad del derecho penal como medida idónea en estos casos es en realidad hipotética, a más de que también se olvida su carácter subsidiario y de *ultima ratio*.

No parece que el instrumento penal sea el adecuado para disuadir estas conductas y por ello se tiene que recurrir a otros sectores jurídicos, como el derecho administrativo o el tributario. Se apela al legislador cada vez más frecuentemente y con mayor urgencia en busca de una salida frente a los problemas planteados en la nueva sociedad del riesgo.

Respuesta jurídica

No es novedoso que el derecho reaccione frente al riesgo, pero sí lo es la transformación sustantiva tanto del contenido de las medidas de prevención como de los criterios o referencias que adoptan.

Podemos considerar que la sociedad del riesgo genera en el derecho dos grupos de cambios: primero, crea nuevos ámbitos de actuación jurídica y, segundo, existe una callada pero incesante tendencia a la prevención de riesgos.

Parece conveniente determinar hasta qué punto los supuestos “nuevos riesgos” a los que tendría que enfrentarse el derecho, son realmente nuevos, en el sentido literal, o bien determinar en qué se diferencian de los tradicionales. En la respuesta a esta pregunta veremos si, en realidad, está justificada la atención a la denominada sociedad del riesgo en el orden jurídico.

Beck afirma que muchas de las actividades que generan riesgos no son estrictamente nuevas, sino que simplemente tienen hoy un potencial dañino más elevado. Si tomamos como ejemplo a la industria química, veremos que ha aumentado en los últimos años su potencialidad para la contaminación



ambiental. En la actualidad se han desarrollado nuevos campos de actividades y avances tecnológicos que encierran un creciente peligro y un enorme potencial y capacidad lesiva, que indudablemente constituyen notas peculiares de los nuevos riesgos actuales.

Nuevos ámbitos de actuación jurídica

Todo esto supone, como consecuencia, el surgimiento de “nuevos ámbitos” en donde ha de actuar el Derecho, así como sectores en los que es palpable un incremento de las disposiciones —especialmente en materia administrativa y tributaria, de por sí bastante fecundas. Aunque no todas aquellas actividades son “nuevas”, debe reconocerse que se produce una extensión y endurecimiento de su tratamiento y, por lo tanto, una disminución de los ámbitos de actividad no controlada o permitida.

Como lo dice Anglés Hernández, “en nuestros días el uso de sustancias peligrosas se ha generalizado y va en aumento [...] lo cual se ha traducido en riesgos sanitarios y ambientales importantes... hecho que obliga a la sociedad global de este siglo XXI a desenvolverse en los límites del riesgo, con mayores niveles de peligro para su salud, inclusive, para su vida”.¹⁶

Estos nuevos ámbitos de actuación jurídica como efecto de la sociedad del riesgo vienen de la mano de reformas constitucionales o de su interpretación, celebración de tratados, establecimiento de leyes y la creación de un gran número de disposiciones reglamentarias.

Tendencia a la prevención

Otro de los cambios que la sociedad del riesgo está trayendo al derecho es que los riesgos que el desarrollo tecnológico conlleva, han producido un movimiento perceptible sobre las líneas de protección que el ordenamiento jurídico establece. Un avance que parece ya irreversible e inequívoco de prevención, antes de que se produzcan resultados dañinos. Se trata, pues, de una mayor intervención pública en este sector.¹⁷

Es evidente que, ante estos riesgos, los estados han reaccionado con diversos instrumentos cuyo objetivo es minimizar o evitar peligros a la salud, al medio ambiente u otros bienes colectivos. Y aunque se pensó que podrían ser controlados por la ciencia y tecnología, la realidad ha demostrado que no siempre es así, por lo que han debido fortalecerse las políticas públicas y otros instrumentos económicos y jurídicos, encaminados a disminuir

¹⁶ Marisol Anglés Hernández, “Sustancias peligrosas, riesgo y salud en México. Marco Normativo”, en David Cienfuegos Salgado y María Carmen Macías Vázquez (coords.), *Estudios en Homenaje a Marcia Muñoz de Alba Medrano. Bioderecho, Tecnología, Salud y Derecho Genómico*, IIJ-UNAM, México, 2006, p. 21-22.

¹⁷ Lozano Serrano establece que “la evolución de las sociedades occidentales desarrolladas durante los últimos decenios ha mostrado de forma ininterrumpida cómo los poderes públicos iban asumiendo un número cada vez mayor de fines y de competencias en la dinámica social y económica”, en Carmelo Lozano Serrano, “Intervencionismo y Derecho financiero”, *Civitas REDF*, núm. 55, Madrid, 1987, p. 325.

esos riesgos con base en los principios de prevención y precaución.

Ha dicho la jurisprudencia extranjera, por ejemplo, que “los avances técnicos han dado lugar a la aparición de formas de riesgos, generalmente unidos a procesos industriales, cada vez mayores y de más difícil cuantificación para la vida y salud de las personas [...] ante estas nuevas formas de riesgos, las leyes abordan su regulación cada vez más alejadas del momento de la efectiva lesión del bien jurídico, y el resultado empieza a adquirir perfiles cada vez más difusos”.¹⁸

Por eso es importante que la acción pública sea previa al daño, pues es posible y deseable la reacción frente a los riesgos con anterioridad a la aplicación del régimen propio de la responsabilidad. De lo que se trata es, precisamente, de evitar la entrada de ese régimen con la neutralización o reducción del riesgo, así como el cierre, en definitiva, de la posibilidad de producción del daño.

De ahí que una calificada doctrina haya enfatizado la necesidad de concentrarse y fortalecer el instrumento jurídico para hacer frente a los nuevos riesgos en el plano de la prevención. Aquí confluyen técnicas clásicas —como la autorización— que cobran nuevos contenidos y se abren a la valoración y prevención de esos riesgos, con fórmulas novedosas como la autoformación y la certificación (por ejem-

plo, el Estudio de Impacto Ambiental o las auditorías medioambientales). De esa manera, parece imponerse la primacía de un principio de prevención orientado a la previsión de riesgos y que no sólo se concreta en medidas genuinamente preventivas, sino que reorienta y redefine —de ahí su primacía— otros instrumentos que no fueron originariamente concebidos para operar con efectos preventivos.

Podemos enumerar las técnicas preventivas que ha desplegado el ordenamiento jurídico para hacer frente a los “nuevos riesgos” en doce niveles: a) creación de delitos e infracciones de riesgo, b) creación de bienes jurídicos de contenido difuso o bienes jurídicos macrosociales, c) modificación de la prueba de la relación causal, d) nuevo contenido y alcance de las tradicionales autorizaciones, e) introducción de estudios técnicos científicos previos (estudio de impacto ambiental, por ejemplo), f) introducción de “cláusulas técnicas” (permanente adaptación tecnológica para la prevención de riesgos), g) establecimiento y ampliación de las medidas preventivas de seguridad, h) mayor acceso social a la información, i) establecimiento de instrumentos presupuestarios, j) creación de unidades especiales de protección contra riesgos, k) utilización de instrumentos económicos fiscales, y l) una mayor participación social en la vigilancia de los bienes colectivos puestos en riesgo.

¹⁸ Paz María de la Cuesta Aguado, *Causalidad de los delitos contra el medio ambiente*, tesis doctoral, Valencia, 1995, p. 16.



Cuerpo 3, 1997

Efectos de la contaminación en edificios del patrimonio histórico

♦ Jorge Uruchurtu



La contaminación es casi tan antigua como el hombre, y es el resultado de sus actividades económicas y sociales. Su consecuencia es el cambio en las propiedades del medio ambiente, en perjuicio de animales, plantas, materiales y, en última instancia, del hombre mismo. Los materiales sufren daños de muchas maneras, por ejemplo, la corrosión en los metales, deterioros en el hule y el vidrio, desmoronamiento y erosión en materiales de construcción y destrucción en obras de arte.

El problema es particularmente importante en cuanto al deterioro de materiales en edificios de interés histórico, en especial la piedra natural expuesta a la intemperie, afectada por los contaminantes presentes en la atmósfera.

Los efectos adversos de la contaminación atmosférica en este tipo de edificios pueden mitigarse manteniendo la piedra limpia, aunque la única solución permanente de este problema es eliminar la contaminación. El incremento del número de edificios que han sido limpiados y devueltos a su forma original mediante la restauración ya es un hecho. En algunos casos, los costos han sido cuantiosos, pero la apariencia de las ciudades ha mejorado para el goce de propios y extraños.

El impacto de la lluvia ácida en estructuras se divide en tres clases: en materiales naturales (como piedras calizas y areniscas); en materiales hechos por el hombre (como hierro y aluminio), y en monumentos históricos y sitios arqueológicos. Para nuestro propósito, el primer punto y el tercero son especialmente importantes.

El deterioro puede ocurrir por la disolución o fractura de la piedra. Las piedras calizas y areniscas contienen carbonatos que reaccionan con el ácido sulfúrico del agua de lluvia y las disuelven. Los metales son corroídos por sustancias “agresivas” presentes en la atmósfera y en el agua de lluvia. El lector puede consultar la literatura especializada para conocer los detalles de los mecanismos correspondientes.¹

¹ *Environmental Control & Public Health*, Air Pollution, Unit 15, Open University Press, Londres, 1975; *5th Report*, Royal Commission on Environmental Pollution, HMSO, Londres, 1976.

♦ Profesor-Investigador, Centro de Investigaciones en Ingenierías y Ciencias Aplicadas



Antecedentes históricos

Existen evidencias históricas de los efectos adversos de la contaminación atmosférica en materiales encontrados, por ejemplo, en Pompeya y Santorini. En la Gran Bretaña, donde se introdujo el carbón para uso doméstico en el año 852, se reporta que en el año 1228 las paredes del vecindario donde se encontraba la “Calle del Carbón Marino” estaban cubiertas con incrustaciones de hollín, y en la Edad Media, la deformación por contaminación en muchos edificios decorados fue causa de gran preocupación. Crónicas de la época nos hablan de los efectos sufridos por la piedra de la Catedral de San Pablo, “aproximándose a la ruina debido a la cualidad corrosiva de los humos producidos por la combustión del carbón, a los cuales ha sido expuesta”.²

En 1661, John Evelyn describió el ennegrecimiento de edificios debido a humos producidos por la combustión: “Es este horrible humo que oscurece nuestras iglesias y hace que nuestros palacios se vean viejos [...] nubes de humo y azufre, llenos de oscuridad y pestilencia sobre esta gloriosa y antigua ciudad [...] corroyendo barras de hierro y las más duras piedras con los malignos espíritus que acompañan al azufre”.³

En 1782, un visitante alemán describió los colegios de Oxford como “construidos con piedra gris,

que cuando nueva quizá lucía atractiva, pero que en la actualidad tiene una sucia y desagradable apariencia”.⁴

En la actualidad muchas antigüedades —pinturas, estatuas y edificios— han sido destruidas por la contaminación atmosférica. El obelisco de Cleopatra, con una antigüedad de 3,000 años y transportado de Alejandría a Londres en 1878, sufrió un mayor deterioro al ser expuesto a la atmósfera londinense que durante su estancia en Egipto.

Otras evidencias de los efectos nocivos de atmósferas contaminadas se encuentran en los mármoles del Partenón en Atenas y en edificios de Florencia y Venecia; en las cavernas prehistóricas de Altamira en España y de Lascaux en Francia; en las esculturas de Rodin expuestas a la atmósfera de Tokio; en la Catedral de México, y muchas más.

Efectos de la contaminación

La contaminación atmosférica no es un problema de reciente aparición. Desde siempre, la atmósfera ha contenido una cierta cantidad de contaminantes provenientes de fuentes naturales. Estas fuentes están constituidas principalmente por partículas de tierra en suspensión, sal arrojada por el mar, residuos de actividad volcánica, bacterias, semillas y esporas, etcétera. En las ciudades y zonas industriales, los seres humanos generamos una gran

² Timothy Nourse, *Campania Felix*, Londres, 1700.

³ John Evelyn, *Fumifugium of the Inconvenience of the Aer and Smoke of London Dissipated*, Londres, 1661.

⁴ Karl Philipp Moritz, *Travels in England in 1782*, Cassell, Londres, 1816.

cantidad y diversidad de contaminantes en forma de partículas y de gas, mediante la actividad industrial, el transporte y los servicios; sin embargo, esta contaminación puede reducirse a dos tipos de componentes: partículas y gases.

Aun en atmósferas “cristalinas”, los materiales pueden ser afectados por la humedad, la lluvia o las heladas. Los procesos por los que se deterioran y desmoronan las piedras son de origen físico, químico y aun biológico. Por ejemplo, la piedra o el concreto pueden quebrarse al absorber agua.

La contaminación atmosférica afecta a los materiales de cinco formas distintas: erosión, depósito y remoción, ataque químico directo, ataque químico indirecto y corrosión electroquímica. Existen además otros factores que influyen en el ataque de los contaminantes, como la humedad, la temperatura, la lluvia, la luz solar y el viento.

Ningún material resiste indefinidamente la acción de los agentes atmosféricos. Sin embargo, en la actualidad la contaminación atmosférica es el factor más importante del deterioro o envejecimiento prematuro de los materiales de las construcciones. Los contaminantes principales en el proceso de deterioro son los gases como el bióxido de carbono, los compuestos ácidos del azufre y los productos sólidos de la combustión como el hollín, que causan deterioro en las piedras, por lo cual también son de suma importancia.

Los efectos de la contaminación atmosférica relacionados con el envejecimiento de los materiales en las construcciones, dependen en gran medida

de su contenido en carbonatos. La piedra caliza y los mármoles consisten esencialmente de carbonato de calcio, el cual reacciona con el bióxido de azufre y forma sulfato de calcio; en la reacción de las calizas de magnesio con el bióxido de azufre se forma sulfato de calcio y sulfato de magnesio, los cuales son solubles en agua.

Sin embargo, el carbonato de calcio es poco soluble en agua pura, aunque su disolución es mucho mayor ante el bióxido de carbono diluido en agua. Y debido a que esta solución es inestable, el carbonato de calcio se redeposita al evaporarse el agua. En edificios de piedra caliza y mármol, el carbonato de calcio entra en contacto con el agua de lluvia, cuyo resultado es la remoción del material calcáreo y su depósito en otra parte de la superficie del edificio.

Las superficies de mármol y piedra caliza expuestas a la intemperie son erosionadas por la lluvia aun en atmósferas libres de contaminantes. En atmósferas contaminadas la erosión es más pronunciada en las superficies lavadas por la lluvia, lo cual es de gran importancia cuando se trata de esculturas y bajorrelieves. Sin embargo, la erosión continua impide que el hollín se adhiera a la superficie expuesta, lo que le permite mantenerse razonablemente limpia. Las superficies cubiertas o a la sombra acumulan hollín, el cual forma un recubrimiento disonante con las superficies limpias expuestas a la intemperie. Cualquier escurrimiento produce y forma zonas de limpieza que contrastan con el resto de la superficie oscura, además, de formar



depósitos debajo de cornisas y relieves. Estos depósitos de materia carbonácea y sulfato o carbonato de calcio, pueden alcanzar grandes proporciones.⁵

Las piedras areniscas y el granito no son solubles en agua y tienden a ennegrecerse sobre las superficies en atmósferas contaminadas por humos. Esto hace que las superficies expuestas a la intemperie y a las zonas cubiertas no muestren tanto contraste en su apariencia, como ocurre con las superficies de piedras calizas. Los depósitos acumulados se unen con materia silíceo presente en los materiales, lo cual da como resultado compuestos poco solubles y difíciles de remover.

Los efectos dañinos del bióxido de azufre en las piedras se manifiestan en forma de escamas o costras, o de desintegración general de la superficie. La reacción química entre el bióxido de azufre —o sulfato de amonio, presente en el aire y la lluvia— y los carbonatos presentes en la piedra da como resultado la formación de sulfato de calcio y sulfato de magnesio.

El bióxido de azufre incrementa la acidez del agua de lluvia y acentúa la erosión de las superficies expuestas a la intemperie. Además, induce la cristalización de los sulfatos formados y el envejecimiento prematuro y deterioro de los materiales.

La cristalización del sulfato de magnesio en los poros de la piedra causa desintegración debido a la acumulación de las sales. El sulfato de calcio, aunque menos soluble, produce efectos parecidos y al

depositarse en la superficie de la piedra forma una capa dura que se transforma en costras, las cuales, al desprenderse eventualmente de la superficie, la dejan suave y arenosa y permiten un continuo desmoronamiento.

Las calizas, los mármoles y las piedras areniscas calcáreas también están expuestas a los efectos del bióxido de azufre. Esto se debe a que su cohesión está subordinada a la pequeña cantidad de carbonatos que sirven de cemento para los granos de silicio. Aun los materiales inmunes al ataque directo del bióxido de azufre pueden dañarse si se utilizan en combinación con piedra caliza que absorba sulfatos o agua de lluvia que acarree cierta cantidad de sulfato de calcio, el cual se acumula en la superficie de la piedra y forma las desagradables costras superficiales. Incluso la resistente piedra de granito puede sufrir “descascamiento” de su superficie por la absorción de sulfatos.

Medidas de protección y conservación

Existen diversas medidas para proteger las estructuras, aunque la más sencilla sería el control de las fuentes contaminantes. La selección de materiales, el cuidado en el diseño y la reparación de las estructuras son medios con los cuales se puede reducir el deterioro de los materiales de las construcciones.

Para contrarrestar los efectos de la contaminación atmosférica son de utilidad la limpieza y el

⁵ R. J. Schaffer, “The Weathering of Natural Building Stones”, *Building Research, Special Report*, Londres, 1981.

lavado de la piedra, los métodos abrasivos, la limpieza mecánica, la limpieza por métodos químicos y los repelentes para recubrimientos.

La limpieza y el lavado de la piedra revelan su color y textura al descubrir los detalles de esculturas y relieves; además, ayudan a remover los sulfatos y otras sales que contribuyen a su deterioro. La limpieza se realiza con agua o vapor a presión, aunque a veces es necesario el uso de chorros de arena seca o húmeda para remover partículas adheridas fuertemente a la superficie.

Los métodos mecánicos son adecuados sólo para la limpieza de superficies lisas, ya que los grabados, las esculturas y los relieves pueden ser fácilmente maltratados. Estos métodos requieren el uso de lijas, cepillos metálicos y rotatorios, etcétera. La mayoría de los agentes químicos de limpieza contiene sales solubles o las forma al reaccionar con la piedra, por lo que su uso no es muy recomendable en el caso de edificios de interés histórico.

El uso de repelentes de agua y recubrimientos cuando la piedra está seca, protege mientras la humedad no penetra. Una vez que suceda esto, el agua se evapora y cristaliza cualquier sal en solución, lo que genera tensiones dentro del material y eventualmente lo quebranta.

Si es necesario reemplazar piedra deteriorada, entonces debe emplearse material del mismo tipo y color. En ciertas circunstancias, el uso de materiales plásticos es recomendable, aunque no en la restauración de edificios históricos. Generalmente,

el objetivo en estos casos es preservar el trabajo original, pero si tiene un valor artístico, entonces es preferible quitarlo del lugar y ponerlo bajo resguardo o sustituirlo con réplicas. Esto fue lo que se hizo recientemente con las Cariátides del Partenón de Atenas.

Daños físicos y su costo económico

El deterioro y la degradación por corrosión de los materiales de construcciones expuestas a atmósferas contaminadas, producen uno o más de los siguientes efectos sobre el edificio: la solidez estructural de los componentes puede verse afectada; la falla de un componente puede conducir a la falla de otro; la utilidad del edificio en general puede verse afectada, y la apariencia estética del edificio se deteriora.

Para poder calcular los costos que implica reparar materiales [minerales] contaminados, es importante considerar los efectos anteriores desde dos puntos de vista: los efectos (a) y (b) se relacionan con el daño físico experimentado; los efectos (c) y (d) se relacionan con los usos y beneficios proporcionados por el edificio.

Bajo ciertas circunstancias, cuando los daños físicos son evidentes, los costos son relativamente fáciles de calcular, pero en otros casos es necesario estimarlos, lo cual se realiza: cuando el deterioro físico no es un indicador suficiente de la causa del daño; cuando el deterioro físico se debe a diferentes causas y el costo en cada caso tiene que recibir un cierto peso o valor en términos económicos; y



cuando el deterioro físico no puede ser medido dada su naturaleza.

Todo lo anterior se ubica en el plano subjetivo, como la apariencia visual de los materiales y las reacciones experimentadas por los seres humanos, más que con el deterioro físico observado. Es un error muy común pensar que el cálculo de los costos está restringido a situaciones en las que el deterioro sufrido tiene un valor comercial. Cuando es así, su cálculo es relativamente fácil, pero sólo constituye parte del ejercicio de su estimación. También se da el caso de que haya que calcular costos cuando los daños no tengan ningún significado comercial, como ocurre con el costo social por la pérdida de amenidades naturales.

De esta forma, los costos totales pueden dividirse en económicos y sociales, y se toma en consideración a los primeros únicamente cuando los daños físicos puedan ser fácilmente identificables. Estos valores económicos se refieren a gastos realizados en la limpieza, mantenimiento y restauración de materiales dañados y respectivos costos.

En el caso de edificios históricos, catedrales y monumentos arqueológicos, existen problemas cuando trabajos artísticos en piedra, bajorrelieves y esculturas se desfiguran o desaparecen debido a la contaminación atmosférica u otra causa. Esto se debe a que, al estimar los costos, se puede incurrir en su subestimación, ya que estos trabajos son irremplazables. En el pasado, los gastos que implica la corrosión de edificios y estructuras expues-

tas a la intemperie —incluidos daños a monumentos antiguos y edificios de interés cultural e histórico— habían sido evaluados únicamente en términos de aquellos derivados del trabajo de mantenimiento. Es claro que las estimaciones obtenidas no eran totalmente correctas.

El deterioro físico de los materiales por la contaminación atmosférica se traduce en la reducción de su vida útil. El valor de su pérdida o deterioro se obtiene con la estimación de los costos extra por la limpieza y mantenimiento de la estructura y por el reemplazo del material antes de que concluya su vida útil. Estos costos son la primera parte de los gastos que implica la contaminación, que corresponden al aspecto económico; la segunda parte se relaciona con las pérdidas de amenidades y su costo social.

Daño a las amenidades y costo social

El término “amenidades” encierra un concepto muy amplio que incluye sitios naturales o hechos por el hombre, que sirven para su bienestar aunque no sean esenciales para su supervivencia. Las amenidades naturales incluyen parques, playas, ríos y canales, así como a las especies que los habitan.

Las amenidades hechas por el hombre incluyen monumentos históricos, edificios e iglesias de interés arquitectónico y cultural. Este tipo de amenidades debe distinguirse de las amenidades de servicio, como transporte público, cines, teatros, etcétera, que por alguna razón poseen un valor comercial o asociado.

El problema aquí se da al tratar de hacer cálculos de estos costos cuando la amenidad referida no tiene asociado ningún valor en el mercado. Existen dificultades prácticas para obtener datos de mercado, aun cuando algunos sitios de amenidades recreativas cobren alguna tarifa de admisión o de otro tipo.

Se han realizado grandes esfuerzos para tratar de estimar los costos con base en la demanda de algún tipo de amenidad, o asociando su valor con la disposición de los usuarios a pagar por su uso. El método más utilizado fue desarrollado por Clawson⁶ y básicamente requiere tres tipos de información, que supone dos restricciones.

Primero se requieren datos del número de visitantes del lugar por unidad de tiempo, la procedencia del visitante (clasificada por zona) y los gastos de viaje, que incluyen gastos de admisión si existieran. Sin embargo, estos costos comprenden la duración del viaje, lo que implica evaluar si dicho viaje fue placentero o no. Las restricciones que supone el método son que el acto de viajar no proporcione ningún placer y que los visitantes procedentes de zonas diferentes tengan las mismas características en todo, excepto en los gastos de viaje.

Por un lado, si se tiene algún placer por viajar, entonces la demanda recreativa del lugar se sobrestima. Por otro, si la gente que vive más cerca

del lugar lo aprecia más que la gente que vive en lugares distantes, entonces en este caso los cálculos podrían subestimar la demanda recreativa. Con lo anterior resulta posible calcular la demanda recreativa por la amenidad en cuestión, pero aún será necesario identificar cambios en la demanda a causa de los diferentes niveles de contaminación, pues es en estos términos que se calculan los costos de los daños.

Este método se puede utilizar para calcular los costos debidos a la pérdida o deterioro de amenidades como los monumentos o edificios de interés histórico y cultural, por la contaminación atmosférica. Es necesario estimar los beneficios obtenidos del lugar antes de su deterioro —lo cual resulta a veces complicado—, con el objetivo de obtener las pérdidas totales debidas a la contaminación. Surge un problema cuando se desean calcular los costos totales de varios sitios a la vez. La evaluación separada del daño en cada sitio, seguida por la suma total de los daños, probablemente dé un resultado incorrecto.

Existe otro problema cuando el sitio histórico es de interés mundial, como el Partenón de Atenas, por dar un ejemplo. En este caso la gente puede recibir beneficios y satisfacciones por la simple existencia del lugar aun sin visitarlo, y obtener satisfacción sólo al verlo o al saber que el sitio ha sido preservado. Estos beneficios son difíciles de

⁶ Marion Clawson, "Methods of Measuring the Demand for and Value of Outdoor Recreation", *Resource for the Future*, Reprint 10, Washington D.C., 1959.



identificar y evaluar, por lo cual el cálculo de los costos se complica.

Hay otro tipo de problemas, como el incremento en el número de visitantes potenciales debido al conocimiento del sitio por el público en general y su disposición a pagar por la autenticidad de esculturas y otros objetos de arte, la facilidad de acceso al sitio, etcétera. Además, la tasa de visitantes puede no ser un indicador apropiado de las preferencias del consumidor por cierto tipo de amenidades.⁷

Con todo lo anterior es posible estimar en términos económicos el daño físico debido a la contaminación, con base en las restricciones mencionadas. Esto se lograría mediante técnicas experimentales, análisis de costos y muestreos y cuestionarios para el caso de amenidades. Sitios como Chichén Itzá o Teotihuacán son especialmente apropiados para llevar a cabo un ejercicio de este tipo.

Limpieza y mantenimiento

La contaminación atmosférica tiene un efecto directo o indirecto en los materiales que reduce su vida activa, los daña y desfigura, ennegrece sus superficies y les da una apariencia desagradable. Esto es especialmente importante en los edificios de interés histórico y arquitectónico, ya que se degrada o destruye la herencia cultural y el sentido de continuidad de los pueblos y ciudades. Existen

diversos métodos para contrarrestar los efectos de la contaminación atmosférica, aunque el remedio más eficaz es el control de las fuentes contaminantes. Sin embargo, en la actualidad la limpieza y el mantenimiento de los materiales de construcción es el método más importante mientras persistan los efectos de la contaminación.

México, junto con muchos otros países, tiene una herencia cultural muy rica y variada que es necesario preservar. En estos tiempos en que la faz de pueblos y ciudades está cambiando dramáticamente, es necesario tener en cuenta que los edificios de interés cultural e histórico no pueden considerarse aisladamente. Grupos de casas y edificios antiguos dan carácter y atractivo a un lugar, por lo que su destrucción deja huecos difíciles de llenar. Muchos edificios valiosos se han perdido o deteriorado por demolición, contaminación y muchas otras causas.

Los cambios son inevitables, pero en lugares donde han desaparecido antiguos edificios, la gente experimenta una sensación de inseguridad y pérdida de continuidad de su lugar. Por ello es necesario mantener y preservar edificios de interés histórico, cultural o arquitectónico, de todo tipo y periodo histórico, darles un uso útil y, a la vez, brindar satisfacción a visitantes, residentes y paseantes.

⁷ Jonathan Ayles, *The Social Cost Benefit Analysis of Historic Building Restoration*, Artis & Nobay, Londres, 1978.

Uso de insecticidas naturales para el control de plagas

♦ Idalia Cuevas

En el estado de Morelos aún es poca la superficie dedicada al cultivo de fresa, en comparación con los principales estados fabricantes del país, como Michoacán (52% del total nacional), Guanajuato (27%) y Baja California (15%).¹ No obstante, en la actualidad los pequeños fruticultores enfrentan el problema del daño causado por plagas a sus cultivos, agudizado por la falta de asistencia técnica, la resistencia de las plagas a los pesticidas² y los constantes incrementos en sus costos.

Este escenario ha permitido que algunas plagas aumenten sus poblaciones e infrinjan mermas en la producción, particularmente en la fresa que se cultiva en invernaderos locales que reúnen condiciones microclimáticas ideales para la proliferación de plagas. Tal es el caso de la mosquita blanca, cuyo control incrementa los costos de producción de las fresas, las cuales, al ser un fruto de consumo directo, restringen el uso de químicos.

Lo anterior instó a desarrollar una nueva alternativa de control de la mosquita blanca para los pequeños productores de fresa en invernaderos

de la zona sur del estado. La investigación que se realizó para fundamentar este nuevo sistema se orientó principalmente hacia el uso de productos naturales, los cuales, además de no contaminar y ser biodegradables, tienen la ventaja de ser económicos y preservar a los insectos benéficos, tanto depredadores como parasitoides y polinizadores. Por otra parte, no obstante el señalado enfoque de este estudio, se decidió echar mano de otros elementos de uso cotidiano que tuvieran alguna posibilidad de mostrar su potencial insecticida, siempre que poseyeran la característica de ser biodegradables.

¹ Programa Nacional Estratégico de Necesidades de Investigación y de Transferencia de Tecnología en el estado de Michoacán, reporte final, etapa 2, Fundación Produce Michoacán, Morelia, 2003, pp. 7-11.

² Laura Delia Ortega Arenas, Ángel Lagunas Tejeda, J. Concepción Rodríguez Maciel, Cesáreo Rodríguez Hernández, Raquel Alatorre Rosas y Nina M. Bárcenas Ortega, "Susceptibilidad a insecticidas en adultos de mosca blanca *Trialeurodes vaporariorum* (west.) (Homoptera: Aleyrodidae) de Tepoztlán, Morelos, México", *Agrociencia*, núm. 3, vol. 32, 1998, pp. 249-254.

♦ Profesora-Investigadora, Centro de Investigaciones Biológicas



Metodología

El desarrollo experimental se llevó a cabo en un invernadero ubicado en el vivero Carissa, el cual se ubica en el municipio de Temixco y cuenta con una superficie aproximada de mil metros cuadrados. Este invernadero está cubierto con maya blanca antiácidos, en él se cultiva únicamente fresa de la variedad aromas y contiene aproximadamente cinco mil plantas. Ya que el experimento se llevó a cabo en el mes de junio, al interior de la nave se registraron temperaturas entre los 29 y 30 grados centígrados durante el día, y una humedad relativa promedio entre 70 y 80%, condiciones que favorecieron la presencia de altas poblaciones de mosquita blanca.

Bajo dichas condiciones se realizó el bioensayo, el cual, para tener valor científico y ser matemáticamente cuantificable, debió apegarse a las normas establecidas para cualquier investigación experimental. Para este fin, la estadística señala una gran variedad de diseños, cada uno con características particulares aplicables a determinados experimentos. Concretamente, en este caso se utilizó un diseño experimental de bloques al azar, que consiste en la colocación en bloques de los tratamientos a evaluar, cuyo número corresponde al número de repeticiones. En este contexto se evaluaron nueve tratamientos —incluido el testigo (ver cuadro)—, distribuidos en cuatro bloques con cuatro repeticiones, es decir, una repetición de cada tratamiento por bloque. Ahora bien, la utilización del testigo como un tratamiento más corresponde

a la necesidad de tener un punto de comparación para medir el resultado del resto de los tratamientos. Por tal motivo este tratamiento fue asperjado únicamente con agua. Finalmente, para complementar el experimento se utilizaron 16 plantas de fresa para cada tratamiento, de las cuales se consideraron para evaluación únicamente las cuatro centrales. Se realizaron dos aplicaciones de los tratamientos con aspersor manual, la primera al inicio del experimento y la segunda 48 horas después.

Para determinar la eficacia de los tratamientos se hicieron tres muestreos, 24, 48 y 72 horas después de la primera aplicación. En cada uno de ellos se revisaron tres folíolos por planta —una hoja de fresa está compuesta por tres folíolos u hojas más pequeñas—, de los cuales se eligieron aquellos que a simple vista presentaban una mayor infestación, y se cuantificó el número de huevos, ninfas, pupas y adultos de mosquita blanca. Este conteo fue realizado en cada una de las cuatro plantas de fresa seleccionadas de cada tratamiento y en sus correspondientes repeticiones.

Resultados

El análisis estadístico de los resultados obtenidos mostró diferencias significativas entre los tratamientos con respecto a la mortalidad de huevos, ninfas y adultos. En lo referente al estado de ninfa, ningún tratamiento manifestó efecto alguno. Por contraste, en lo referente a los huevos, como se muestra en la gráfica, se pudo notar que el mejor tratamiento con respecto al testigo fue el tabaco, que produjo

Tratamientos evaluados

Tratamiento	Formulación del tratamiento
T1=Aceite	Un litro de agua, más cinco mililitros de aceite vegetal comestible.
T2=Detergente	Un litro de agua, más cuatro gramos de detergente en polvo.
T3=Ajo	Un litro de agua, más 30 gramos de ajo (<i>Allium sativum</i>) macerado por 24 horas.
T4=Cebolla	Un litro de agua, más 30 gramos de cebolla (<i>Allium cepa</i>) macerada por 24 horas.
T5=Epazote	Un litro de agua, más 30 gramos de epazote (<i>Chenopodium ambrosioides</i>) macerado por 24 horas.
T6=Higuerilla	Un litro de agua, más 30 gramos de higuerilla (<i>Risinus comunis</i>) macerada por 24 horas.
T7=Tabaco	Un litro de agua, más 25 gramos de tabaco (<i>Nicotiana tabacum</i>) macerado por 24 horas.
T8=Chicalote	Un litro de agua, más 30 gramos de semilla de chicalote (<i>Argemone</i> sp.) macerada por 48 horas.
T9=Testigo	Un litro de agua.

una mortalidad de 69.3%, seguido del epazote, con 60.5%, y el detergente, con 58.2%. En lo referente a las ninfas, la mayor mortalidad fue ocasionada por el epazote, con 76.9%. Finalmente, en lo referente a los adultos, el mejor tratamiento fue el detergente, con 65.1%, y el aceite, con 57.9%.

Efectividad

Experimentalmente se puede concluir que, para el control de huevos, los mejores tratamientos son el tabaco y epazote, para las ninfas el epazote y para adultos el detergente. En este contexto, dado que es fundamental el control de mosquita blanca en estado adulto para evitar

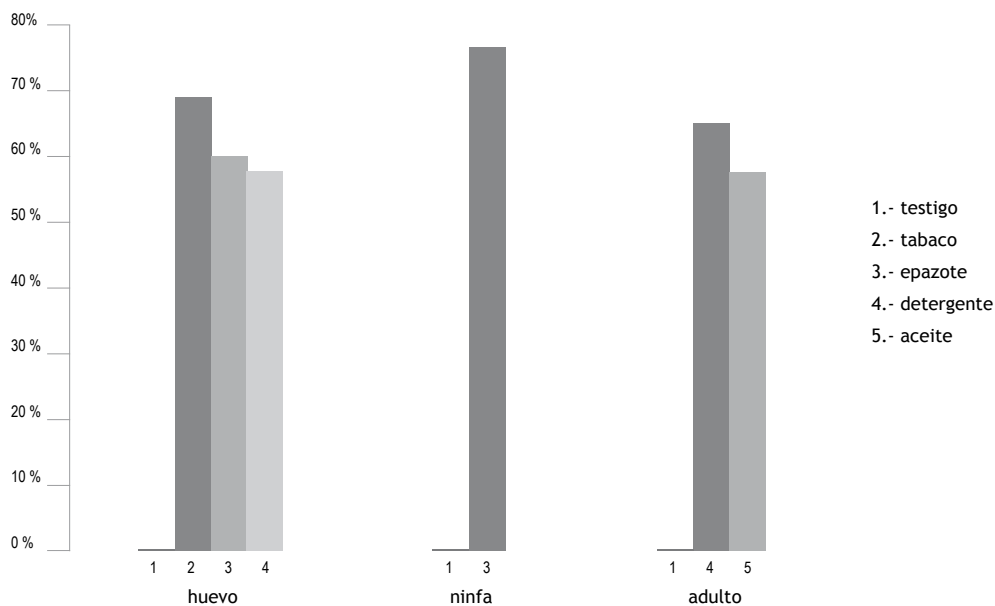
reinfestaciones y disminuir su población, se decidió observar microscópicamente el efecto del detergente, que fue el mejor tratamiento. Para ello se asperjó agua con detergente sobre hojas de fresa infestadas por adultos de mosquita y, posteriormente, las muestras se observaron al microscopio, donde se detectó que la propiedad del agua jabonosa de romper la tensión superficial favorece el quebrantamiento de la capa serosa del insecto, lo que permite que el mismo se humedezca, pierda su movilidad y finalmente muera por asfixia.

La efectividad de este tratamiento fuera de la etapa experimental se ha visto reforzada en

la práctica, ya que se han seguido realizando aspersiones periódicas que permiten mantener a la población de mosquita blanca prácticamente por debajo de 5% del nivel de infestación. Sin embargo, es pertinente la realización de nuevos bioensayos para determinar la dosis exacta, pues se observaron pequeñas manchas foliares en las plantas de fresa que sugieren la posible abrasión del tratamiento,

situación no reportada por otros autores.³ Además, se pretende efectuar combinaciones con los demás tratamientos prometedores para obtener un tratamiento que ejerza un control más equilibrado en todas las etapas de desarrollo de la plaga, y hacer extensiva su aplicación a cultivos de fresa a cielo abierto, e inclusive a otras especies de cultivos atacados por esta plaga.

Mortalidad de huevos, ninfas y adultos por efecto de los tratamientos



³ Claudia Arias, R. Hepp y M. Tapia, “Uso de jabones y detergentes domésticos para el control de *Trialeurodes vaporariorum* (Westwood) en invernadero”, en *XXVII Congreso Nacional de Entomología 2005*, Universidad Austral de Chile, Valdivia, 2005, pp. 45-47.

Breve historia de las biomatemáticas en los siglos XX y XXI

♦ José Díaz
Elena Álvarez

Mucho se ha discutido, en las diferentes facultades y escuelas de biología, acerca de la utilidad de las matemáticas en la preparación profesional del biólogo o de profesionales afines. Se ha llegado incluso a eliminar los cursos de cálculo diferencial e integral del listado de materias de estos profesionistas, dejando únicamente los cursos de bioestadística y diseño de experimentos.

Sin embargo, el desarrollo actual de la biología muestra que esto es un grave error, pues hará que el estudiante carezca de las herramientas necesarias para su inclusión en el área de investigación biológica de “frontera”. La cantidad y complejidad de la información molecular y de los procesos involucrados en la regulación de la información genética durante el funcionamiento tanto normal como patológico de la célula, dejan claro que las herramientas formales y computacionales son imprescindibles para explorar y entender la acción concertada de muchos elementos.

Para comprender la fuente del desacierto de quitar la formación cuantitativa y formal de las carreras de las áreas biológicas, es necesario hacer un poco de historia de las teorías matemáticas y las ciencias biológicas en su mutua interacción a lo largo del siglo XX hasta el presente.

Vacas esféricas

Nicolás Rashevsky, matemático ruso nacido en 1899 y que emigró a Estados Unidos en 1924, siendo profesor en la Universidad de Pittsburg, madura la idea de desarrollar una biología matemática muy parecida a la física matemática. Este esfuerzo da lugar a la creación, en 1939, del *Bulletin of Mathematical Biophysics* (hoy conocido como *Bulletin of Mathematical Biology*) y a la publicación de sus trabajos en el libro titulado *Foundations of Mathematical Biophysics* (Dover, 1960), cuyo impacto en la biología fue prácticamente nulo. Si bien sus ideas eran muy cercanas a las actuales, la biología se encontraba entonces en un desarrollo demasiado incipiente como para poder impulsar la investigación biológica cuantitativa formal.

Hacia 1944 el mundo estaba convulsionado en medio de un conflicto bélico. Un físico judío de origen austriaco, Erwin Schrödinger, había huido hacia Irlanda, en donde trabajó como profesor de la Universidad de Dublín. Ahí escribió el libro *¿Qué es la vida?*, en el cual trató de explicar, de manera formal y dentro del contexto de la física, la existencia de los seres vivos.

En este libro, Schrödinger trataba de responder tres preguntas acerca de la naturaleza física de los seres vivos: ¿por qué la célula es pequeña?, ¿cómo

♦ Profesor-Investigador, Facultad de Ciencias, UAEM
Investigadora, Instituto de Ecología, UNAM



construyen su orden los seres vivos? y ¿cuál es la estructura de los genes?

En cuanto a la primera pregunta, la respuesta de Schrödinger es que las células son pequeñas porque así las fluctuaciones térmicas no destruyen su orden interno, el cual, en respuesta a la segunda pregunta, es construido a partir del consumo de “neguentropía” de su entorno, es decir, a costa de incrementar el desorden en sus alrededores. Finalmente, Schrödinger concibió a los genes como una especie de cristales aperiódicos localizados en los cromosomas.

El impacto de su libro fue prácticamente nulo entre los biólogos, pero no así entre los físicos, algunos de los cuales voltearon su vista hacia la biología como un área de investigación más atractiva que la propia física que se desarrollaba en esos momentos. Uno de estos físicos fue Francis Crick, quien después de servir en la marina británica como investigador a cargo del desarrollo del radar, regresó al área académica para obtener un doctorado en el Laboratorio Cavendish, de la Universidad de Cambridge, trabajando en la cristalografía de macromoléculas proteicas.

Fue precisamente en este laboratorio donde conoció a un biólogo norteamericano especialista en el estudio de las aves, quien posteriormente se interesó por la genética y la cristalografía con el fin de encontrar el “secreto de la vida”, es decir, la base molecular del misterioso gene, sustento de las características hereditarias de los organismos.

Como relata Watson en su libro ya clásico *La doble hélice* (originalmente publicado por él mis-

mo en 1968), entre 1950 y 1953 la idea de que el material molecular que conformaba al gene era el ácido desoxirribonucleico fue tomando forma hasta que, finalmente en 1953, Watson y Crick lograron proponer una estructura para el cristal de ADN a partir de los datos cristalográficos de Maurice Wilkins y Rosalind Franklin.

La dilucidación de la estructura del ADN trajo como consecuencia que finalmente se lograra entender la estructura molecular del gene, cómo se duplica y cómo a partir de tan sólo cuatro bases nitrogenadas se genera la vasta variedad de proteínas presentes en los seres vivos. De esta forma nació lo que hoy conocemos como biología molecular del gene.

Desde 1970, la biología molecular ha crecido aceleradamente, tanto así, que uno de sus últimos logros fue la secuenciación del genoma humano. Hoy en día es posible saber la secuencia de cualquier gene en forma rápida y económica. También es posible amplificar mediante clonación *in vitro* a cualquier gene mediante el uso de la técnica denominada PCR (“Polimerase Chain Reaction” o reacción en cadena de la polimerasa).

El divorcio entre las matemáticas y la biología se hizo más agudo conforme el enfoque analítico de la biología molecular fue creciendo. La razón fundamental es que el puente entre estas dos ciencias debía modificarse para facilitar el contacto entre ambas.

Hacia la misma época en que Watson y Crick construyeron su modelo de la molécula de ADN, Alan Turing publicó “The chemical basis of morpho-

genesis”,¹ en el cual sostenía que los procesos de generación de la estructura y forma de los sistemas biológicos están basados en procesos químicos difusivos dentro del sistema bajo estudio. Este trabajo fue una obra pionera para el desarrollo de la biología teórica y computacional actual.

Turing también impulsó, hacia 1936, el desarrollo de la computadora con base en un código de programación de dos dígitos, 0 y 1, denominado código binario, y en un conjunto de reglas lógicas que gobiernan la interacción de los circuitos electrónicos. A este conjunto de reglas y al código numérico binario se le conoce como álgebra de Boole o booleana, en honor a George Boole, quien la desarrolló hacia el año de 1847. Con estos fundamentos, el ingeniero alemán Konrad Zuse diseñó el primer computador electromecánico binario.

El desarrollo de la computadora también fue impulsado cuando los circuitos electrónicos usados originalmente, los cuales eran controlados por una serie de válvulas formadas por tubos al alto vacío o bulbos, fueron sustituidos por transistores y circuitos integrados. Asimismo, el viejo código binario fue sustituido por lenguajes de programación de mayor nivel, como Fortran, Pascal, Basic, C, entre otros. El resultado de esta evolución fue la aparición de la primera computadora personal en 1981, construida bajo el auspicio de la International Business Machines (IBM). Esta máquina poseía un procesador denominado XT 8088, construido por Intel, y

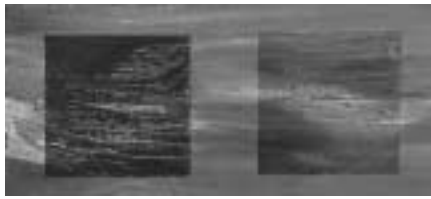
tenía una velocidad de procesamiento de datos de 4.4 megahertz, 16 kilobytes de memoria RAM, disco duro optativo de 20 megabytes, teclado, y carecía de lo que hoy se conoce como ratón o *mouse*. El monitor podía ser monocromático (letras verdes o ámbar) o a color, mediante una tarjeta adaptadora especial Color Graphics Adapter (CGA) de 16 colores. Esta computadora se discontinuó en 1987 en los Estados Unidos y hasta 1991 en México.

A partir de la aparición de la primera computadora personal, el desarrollo de máquinas más potentes y de mayor velocidad fue una consecuencia directa de la versatilidad y del relativo uso fácil de este tipo de ordenador. Hoy contamos con computadoras personales mucho más poderosas, por ejemplo, de 4.4 gigahertz de velocidad, memoria RAM de 1 gigabyte, discos duros de hasta 250 gigabytes y adaptadores gráficos de hasta 32 millones de colores con un manejo de resolución de 1024 x 750 píxeles o más.

Estas computadoras personales potentes y rápidas han permitido efectuar cálculos cada vez más complejos en menor tiempo, lo cual a su vez ha permitido que, por primera vez, se puedan simular procesos biológicos complejos sin las simplificaciones de antaño, que convertían los modelos matemáticos de dichos procesos en una simple “caricatura” de la realidad.

Paralelo al desarrollo de la computadora y el *software* asociado a ella, entre 1950 y 1970 se

¹ Alan Turing, “The chemical basis of morphogenesis”, *Philosophical Transactions of the Royal Society B. Biological Sciences*, núm. 641, vol. 237, The Royal Society, Londres, 1952, pp. 37-72.



desarrolló una nueva rama de la ciencia, que hoy se conoce como cibernética. Esta ciencia se basó en los trabajos de dos pioneros: Arturo Rosenblueth, fisiólogo mexicano formado bajo la tutela de Walter Cannon y en esa época profesor de fisiología en la Universidad de Harvard, y Norbert Wiener, matemático norteamericano, profesor del Massachusetts Institute of Technology (MIT). Esta nueva ciencia basó su cuerpo teórico en los conceptos de retroalimentación positiva y retroalimentación negativa, de tal forma que el fino balance de las funciones del organismo humano depende en la acción de estas asas de retroalimentación.

Con estas ideas en mente, Ludwig Von Bertalanffy, biólogo austriaco, desarrolló su teoría matemática de los sistemas lineales y publicó en 1969 el libro *La teoría general de sistemas*, donde concibió una teoría general capaz de elaborar principios y modelos que fueran aplicables a todos los sistemas, cualquiera que sea la naturaleza de sus partes y el nivel de organización. El concepto organicista de la vida elaborado por Bertalanffy dentro de su teoría se refirió al organismo como un sistema organizado y definido por leyes fundamentales de sistemas biológicos. La teoría de Bertalanffy es ampliamente utilizada para modelar la dinámica de sistemas biológicos cercanos a su estado estacionario, en el cual su comportamiento es casi lineal. Esta teoría reconoce que el organismo es más que la simple suma de las partes que lo componen, como un todo integrado donde las partes o componentes están finamente jerarquizados.

El límite impuesto por el hecho de considerar sólo el comportamiento en el estado estacionario, el cual constituye el componente lineal de los procesos dependientes del tiempo y el espacio, hizo que este enfoque, aunque ampliamente utilizado, no fuera el adecuado para tratar de entender la dinámica de los seres vivos, la cual está generalmente alejada del estado estacionario lineal.

En una serie de trabajos clásicos publicados entre 1950 y 1971, el físico y químico belga Ilya Prigogine, extendió la teoría termodinámica de los sistemas en equilibrio a sistemas alejados del equilibrio. Este avance, junto con el desarrollo de la computadora y la teoría general de sistemas lineales, abrió el camino para desarrollar la biología teórica y computacional actual, en donde los fenómenos biológicos ya son tratados en toda su complejidad sin las “sobresimplificaciones de la realidad” de las que siempre se han quejado los biólogos experimentales y de campo. Además el avance de la biología molecular y la acumulación de datos a este nivel para entender diversos procesos celulares, hizo patente la necesidad de desarrollar y usar herramientas formales y computacionales que permitieran integrar y entender la acción concertada de muchos componentes de manera dinámica.

Vacas no esféricas

En la fisiología celular hay cadenas de reacciones químicas fuertemente relacionadas con la transmisión de señales hacia el núcleo celular. Una de ellas es la vía de las *Mitosis Activating Protein Ki-*

nases o cinasas de proteínas activadoras de mitosis (MAPK), las cuales, en el caso de los animales, están asociadas a receptores específicos en la membrana de la célula. Esta vía de señalización está constituida por una serie de reacciones químicas secuenciales en que una proteína es activada por un receptor específico de cierta hormona o factor de crecimiento. Y esta proteína activa, a su vez, a otra proteína, y así sucesivamente, estableciéndose una cascada de señalización.

La información procedente del exterior celular es entonces transformada en una señal de tipo químico que se transmite con alta fidelidad hacia el núcleo, activando o desactivando un conjunto de genes en particular. Estos genes ajustan el comportamiento celular a las demandas del medio que rodea a la célula.

Sin embargo, por alguna razón que todavía no comprendemos, el número de formas en que una célula responde a su medio externo no es tan grande como se esperaba. Una célula hepática o hepatocito, por ejemplo, responde sólo a una serie de señales mediante una respuesta que se denomina “hepática”. De forma similar, una célula nerviosa sólo es competente para responder a cierta clase de señales de tipo químico eléctrico (generadas por transmisores sinápticos) que la caracterizan como célula “nerviosa”.

Se ha demostrado experimentalmente que todas las células del mismo organismo tienen exactamente el mismo conjunto de genes, y sin embargo son funcional y morfológicamente distintas. Así, una célula especializada de un organismo está ca-

pacitada para responder sólo a cierta gama de señales a las que puede “entender”, y en consecuencia, sólo cierto número de genes de la totalidad de su genotipo están en permanente actividad. Esto parece un misterio para el cual se habían propuesto explicaciones desde hace más de cuarenta años, pero sólo recientemente se han hecho disponibles los datos experimentales necesarios para poner a prueba estas explicaciones en casos concretos.

Los primeros intentos por entender este comportamiento dinámico de la célula llevaron a la formulación de los primeros modelos matemáticos de la cascada MAPK asociada a diferentes receptores de membrana. El desarrollo de estos modelos matemáticos llevó, en sus inicios a finales de los años noventa, al desarrollo paralelo de paquetes computacionales necesarios para la solución numérica de estos modelos, los cuales constaban de un gran número de ecuaciones diferenciales no lineales acopladas y de parámetros numéricos que había que resolver en forma conjunta.

De esta forma se hizo posible comenzar a penetrar en los secretos de los procesos moleculares que subyacen al comportamiento dinámico celular en respuesta a diversos estímulos externos. Así se pasó de complicados diagramas de reacciones químicas, como los mostrados en los libros clásicos de bioquímica y biología celular, a modelos afines a la física no lineal que permiten estudiar el comportamiento dinámico de los procesos celulares. De esta forma, términos como ciclo límite, histéresis, bifurcación de Hopf, entre otros, han comenzado a invadir la biología, no como una manera chocante



de decir las cosas, sino como un reflejo de esta capacidad de estudiar formalmente el comportamiento celular.

Ya desde épocas tempranas del siglo XX, los trabajos sobre ritmos bioquímicos, circadianos y de división celular de Sel'kov, Segel, Berridge, Goldbeter y Dyson (1970-1998) habían llamado la atención de un grupo reducido de biólogos y físicos que comenzaron el desarrollo de modelos cada vez más complejos y realistas de estos procesos. Estos trabajos abarcaban tanto reacciones *in vitro* como procesos químicos en organismos vivos como *Dyctiostelium*, el sapo *Xenopus*, la mosca *Drosophila* e incluso el hombre.

El descubrimiento y análisis, a finales del siglo XX, de las propiedades de nuevas moléculas reguladoras de estos ciclos a escala celular forzó a que los modelos fueran más complejos, involucrando varias decenas de ecuaciones diferenciales no lineales acopladas. Al ir modelando esta complejidad, se descubrió que la función celular es modular y robusta ante cambios ambientales. Este último hecho se ve reflejado en que las variaciones de los valores de los parámetros numéricos de las ecuaciones diferenciales producen efectos pequeños y a veces imperceptibles en el comportamiento global del sistema bajo estudio.

Es interesante que a un nivel de organización superior ya se hubiera encontrado un comportamiento robusto. Este es el caso de los sistemas fisiológicos estudiados por Rosenbleuth y Wiener en el siglo XX. Estos investigadores demostraron que la acción conjunta de asas de retroalimentación

positiva y negativa proporciona una estabilidad extraordinaria a sistemas fisiológicos como, por ejemplo, los sistemas de homeostasis de la temperatura corporal y de la glucemia, entre otros. Por ello, en cierto modo, era de esperarse el observar este mismo tipo de estabilidad en los procesos moleculares que subyacen al comportamiento celular.

Un ejemplo reciente de comportamiento robusto en procesos moleculares lo muestra el trabajo realizado entre 1999 y 2005 en la Facultad de Ciencias de la UAEM Morelos, en colaboración con el entonces Centro de Ciencias Físicas de la UNAM, donde los doctores Nina Pastor, Gustavo Martínez Mekler y José Díaz desarrollaron un modelo del proceso de generación de las ondas de calcio durante el desarrollo del sapo *Xenopus*, en el estadio de media blástula. Este estadio del desarrollo se presenta entre cinco y siete horas después de la fertilización, cuando hay alrededor de 4096 células “empaquetadas” en una esfera de un milímetro de diámetro aproximadamente.

Experimentos anteriores habían demostrado que en esta fase se iniciaba la generación de una serie de ondas de calcio en una región espacialmente restringida de esta esfera, en lo que se llama polo animal del embrión, desde el cual viajan estas ondas hacia el resto de la esfera a través de las células embrionarias superficiales. Mediante un modelo matemático se demostró que la generación de estas ondas de calcio se debe a la acción localizada del Factor de Crecimiento del Fibroblasto (FGF en inglés), el cual en la zona de generación de dichas ondas es un potente inductor de las pro-

propiedades ventrales del embrión, debido a que las oscilaciones en los niveles de calcio intracelular generadas por la actividad del FGF modifican la señal transmitida por la vía de las MAPK cinasas hacia el núcleo celular, donde activa una serie de genes específicos.

Utilizando un modelo que originalmente agrupaba once ecuaciones diferenciales, el grupo de investigación de la Facultad de Ciencias y del Centro de Ciencias Físicas logró reproducir estas ondas o disparos transitorios de calcio, junto con sus propiedades físicas precisas: amplitud, periodo, velocidad y extensión espacial.² El modelo se pudo reducir posteriormente a sólo cuatro ecuaciones diferenciales acopladas con un término difusivo al identificar cuáles eran las posibles asas de retroalimentación que intervenían en la generación y mantenimiento de esta dinámica espacio-temporal del calcio. La solución y análisis de este modelo requirieron tanto de un trabajo matemático arduo como del desarrollo de *software* específico que permitiera la reproducción de la dinámica espacio-temporal del calcio observada experimentalmente.

La trama de miles de reacciones químicas que suceden en la célula está organizada en redes de interacciones en donde las asas de retroalimentación mantienen la estabilidad de la misma. Estas

redes poseen propiedades matemáticas que caracterizan su estructura y han sido ampliamente analizadas por el grupo de Barabasi, en el Centro de Investigación sobre Redes Complejas de la Universidad de Notre Dame. Los trabajos de este grupo han dejado en claro que hay moléculas que poseen ciertas características especiales que las hacen tomar un papel central en la coordinación de las actividades celulares. Podemos citar a las proteínas Ras y p53, entre otras, como ejemplos de moléculas proteicas que funcionan como nodos claves o interruptores, cuyos cambios conformacionales determinan el tipo de respuesta que la célula tiene. A estas moléculas altamente conectadas con diferentes vías de señalización se les denomina en inglés *hubs*, de tal forma que la red dinámica celular está conformada por estos nodos altamente conectados que unen diferentes subsistemas o subredes parcialmente autónomos denominados módulos. Finalmente, estos módulos conformados por un gran número de asas de retroalimentación, tanto positiva como negativa, son los responsables de que el comportamiento celular sea robusto o estable frente a perturbaciones internas o externas aleatorias, aunque dicho comportamiento no es tan estable bajo perturbaciones dirigidas a estos nodos hiperconectados.

² José Díaz y Gustavo Martínez-Mekler, "Role of the Spatial Distribution of IP₃ Receptors in the Ca²⁺ Dynamics of the Xenopus Embryo at the Mid-Blastula Transition Stage", *Developmental Dynamics*, vol. 232, Wiley-Interscience, New York, 2005, pp. 37-72.



Jardín 6, 1994

La hibridación de culturas en *El divino Narciso*

◆ Félix Duque

En las postrimerías del llamado Siglo de Oro español resuena una voz extraña para nosotros... y aun para ella misma; extraña, en el sentido más fuerte del término: una voz novohispana que pretende, consciente y altivamente, “extrañarse”, desasirse de todo aquello que la habría condenado a una posición subalterna por haber nacido mujer, mestiza y bastarda, y haberse hecho voluntariamente monja, al enclaustrarse en el Convento de San Gerónimo de México para desde allí mejor guiar a los poderes del Nuevo Mundo, a fin de hacer de éste un real y verdadero “nuevo mundo”, una “nueva España”.

Se trata de un extrañamiento soberbio, velado tras una cauta capa de falsa modestia y de fingida humildad (a veces, la Eco de su auto *El divino Narciso* parece ser en efecto un eco de su propia posición “separada”, como de *apartheid* espiritual). Un extrañamiento que pretenderá, nada menos, la invención simbólica de un nuevo imperio, de una genuina “nueva España”.

En este sentido, la obra de Sor Juana Inés de la Cruz —pues que de ella, claro está, se trata aquí— supone a mi ver un campo privilegiado de pruebas de “construcción” mítica, entre lo sagrado y lo profano, de una nación, apuntando al menos simbólicamente a la posibilidad de erigir un inédito imperio multirracial sobre la base de una religión

que, siendo confesadamente la católica, presenta un sorprendente sincretismo, y más: una inquietante inclinación a la aceptación de un “canibalismo divino” que podría hacer desembocar extremosamente el misterio de la eucaristía en un extraño neopaganismo teofágico.

Y todo ello, al final del siglo XVII, cuando un inane Carlos II, dizque hechizado (un “discapacitado mental”, como diríamos piadosamente hoy), estaba a punto de morir sin descendencia, marcando así el paso —bien poco honroso— del imperio en cuyos dominios no se ponía el Sol a un Estado centralizado al estilo francés y bajo el “protectorado” de Francia.

Para poder entender tan prodigioso intento, velado por toda una hagiografía “sorjuanista” unas

◆ Profesor-Investigador, Universidad Autónoma de Madrid.



veces empalagosamente hipernacionalista y otras militantemente feminista (como si todo lo que Sor Juana hiciera o padeciera se debiera, para bien o para mal, a su estatuto de mujer en una sociedad machista), quizá proceda reconocer primero, sin embargo, que para Europa ha sido y quizá sigue siendo América, en general, un enigma. ¿Cómo entender, en efecto, algo absolutamente distinto, literalmente desmesurado: lo otro en estado puro, ajeno a una milenaria línea hermenéutica alejandrina, que pasaba de los gimnosofistas de la India y los sabios egipcios a Grecia, a Jerusalén y Roma, y en fin a Europa (dejando por demás donosamente fuera de juego al Islam)? América no fue sólo descubierta. Sobre todo fue “inventada”. Invención, sí, ya que los pueblos vencidos se quedaron sin un pasado documental seguro al que recurrir para entenderlos y para que ellos mismos se reconocieran. Suprema paradoja: a los “aborígenes” no se les permitió tener documentos fundacionales *ab origine* (al contrario de lo que fueron la *Iliada* para Grecia, el *Nibelungenlied* para Alemania o el *Cantar del Mio Cid* para España). Por un lado, tanto Anáhuac como el Tawantinsuyu habían sido destruidos, desapareciendo para siempre, metamorfoseados como estaban en la Nueva España y en el Perú.

Aquí no se podía proceder como en Grecia, Egipto o Irán a la hora respectiva de su “liberación” o de su “renacer” en los siglos XIX y XX, por más que todos seamos conscientes del carácter ideológicamente postcolonial de esa “nueva fundación”, de ese “retorno al origen”. Y no se podía porque, en América, las “antiguallas” de su “gentilidad” (por utilizar los curiosos términos del Inca Garcilaso)

fueron recogidas, y más: transplantadas, traducidas en la lengua extranjera y dominadora. Y ello, a partir sobre todo de narraciones orales ya “semi-fabricadas” o “semibautizadas” por los misioneros. Además, al menos en un principio fueron utilizados esos manipulados documentos, llenos de mitos y de rituales hiperbólicamente prodigiosos, no desde luego para favorecer la emergencia de una nueva conciencia americana, sino para elaborar con ellos un constructo antitético, en correspondencia con las “dos almas” con las cuales el conquistador, munido de una mezcla —para nosotros, también ya ajena y extravagante— de mitología humanista y de cristianismo escolástico, interpretaba un mundo para él radicalmente inédito: por un lado, el indígena correspondería al buen salvaje (Vasco Quiroga tomaría a los indios por los felices y despreocupados *homines naturales* de la edad saturnia, así como nuestra Sor Juana vería en ellos una nueva versión del *anima naturaliter christiana*, ese “salvoconducto para gentiles” con que un Clemente de Alejandría dejaba pasar como *praeparatio evangelii* a las mejores cabezas de la gentilidad). Por otro lado, en cambio, tendríamos al perverso salvaje, criatura del Demonio (como Tomás Ortiz, el cual —según Pedro Mártir de Anglería— pensaba que la pólvora empleada contra el indio era incienso a los ojos del Señor, o el aristotélico Juan Ginés de Sepúlveda, que en famosa controversia con Bartolomé de las Casas dudaba de que esos salvajes tuvieran siquiera alma racional). En una palabra, en América fue necesario “inventar” el pasado a partir de un presente que lo manipulaba desde una posición de radical extrañeza, oscilante entre la

fascinación y la repugnancia, de modo que ese pasado no dejaba por ello de estar en buena parte constituido por los sueños, añoranzas y pesadillas de la metrópolis al contacto con algo en definitiva ininteligible, y centrado además, por lo que hace al Anáhuac, en la ignominia de la “guerra florida”: la máxima abominación consistente en “cazar” cautivos para sacrificarlos luego solemnemente y comer su carne.

No se trató pues, al menos en principio, de considerar a América como un “nuevo mundo”, sino más bien de verla como “otro mundo”, un inframundo que peligrosamente podía tender a convertirse en inmundo, en la sede de toda inmundicia, desde los monstruos horrendos adorados como dioses hasta la abominación de la antropofagia. De ahí que desde el principio se llevaran a cabo denodados intentos de lo que podríamos llamar “domesticación por asimilación”. Por la base racial, no parecía posible que, si Jesucristo había muerto por “todos” los hombres, esos seres no pertenecieran a la raza humana, o lo que eurocéntricamente era lo mismo: a una versión —por degenerada que fuese— de las razas conocidas. Y así se sostuvo que los pueblos indígenas provenían en definitiva del Viejo Mundo, aunque lo hubieran olvidado con el tiem-

po. Las similitudes, a veces sorprendentes, entre las pirámides mayas y aztecas, por un lado, y las pirámides de Egipto por otro, llevaron, como se sabe, al visionario jesuita Athanasius Kircher (de gran influencia por demás en Sor Juana) a sostener en su *Oedipus Aegyptiacus*¹ que la cultura mexicana provenía de Egipto. Diego Durán sostendría que se trataba en definitiva de una de las tribus perdidas de Israel, tras la diáspora. Y el gran erudito novohispano Carlos Sigüenza y Góngora, contemporáneo de Sor Juana, sostendría que su pueblo había sido originariamente evangelizado por uno de los apóstoles: Santo Tomás, llamado Dídimo, que la imaginación mexicana habría transformado en el dios Quetzalcóatl.² En cambio, por la superestructura ideológica, se quiso ver en América “otra” gentilidad: otra manera, en definitiva, de ser “pagano”... también por el lado positivo.

¿Podría América aportar quizá otra forma de ser clásico? ¿O más bien se interpretó a América desde los clásicos? Lo último fue desde luego el camino escogido, en general, ya que precisamente la hazaña del Inca y de Sor Juana —cada uno en su sueño neoimperial— consistirá en fundir esas preguntas en una sola afirmación, o mejor: en una suerte de “bucle de retroalimentación”. Con ayuda de la

¹ Athanasius Kircher, *Oedipus Aegyptiacus. Hoc est Universalis Hieroglyphicae Veterum Doctrinae temporum iniuria abolitae*, 3 tomos en 4 vols., Roma, 1652-1654. En español, pueden leerse de Kircher textos escogidos por Ignacio Gómez de Liaño, *Itinerario del éxtasis, o Las imágenes de un saber universal: Athanasius Kircher*, Siruela, Madrid, 2001. También Wilhelm Schmidt-Biggemann, “Hermes Trismegistos. Isis und Osiris in Athanasius Kircher *Oedipus Aegyptiacus*”, *Archiv für Religionsgeschichte*, núm. 3, Saur, München, 2001, pp. 67-88. Es importante igualmente el colectivo compilado por Federico Vercellone y Alessandro Bertinetto, *Athanasius Kircher. L'idea di scienza universale*, Mimesis, Milán, 2007.

² *Obras históricas*, J. Rojas Garcidueñas, Porrúa, México, 1983. Hay disponibles en la red textos digitalizados de Sigüenza y Góngora.



gran herencia clásica, es decir, de un impresionante *corpus mythologicum* tomado a veces como *prisca theologia*, como una sabiduría originaria velada a través de tantas transmisiones y traducciones: cantos rodados de un edificio antediluviano, se interpretaban las tradiciones y costumbres mexicanas (convenientemente purificadas y adaptadas al gusto —bastante exquisito, por cierto— del poder novohispano), que a su vez engrosaban y metamorfoseaban mitos clásicos que estaban ya transidos de espiritualidad “humanista”, de neoplatonismo y de estoicismo “bautizados”. Así, Europa trasvasaba a América el humanismo grecolatino (y hay que ver cómo manejaba Sor Juana a Ovidio, Horacio, Virgilio, Marcial o Catulo, mientras que el Inca Garcilaso de la Vega traducía primorosamente al castellano los *Dialoghi d’Amore* de León Hebreo³), y América, a su vez, devolvía al viejo continente semifabricados mítico-ideológicos que, a las veces, contenían verdaderas propuestas “subversivas”, como veremos en el caso de Sor Juana.

¿Cuál es la *Grundoperation*, diríamos, de Sor Juana Inés de la Cruz? Por utilizar una expresión famosa, cabría decir que también ella, en cuanto viviente autoconciencia del mestizo (cultural y “étnico”, más que racial), pretenderá guiar al guía, intentando sutilmente que el poder del arrogante español, dedicado a esquilmar y despojar de sus tesoros las venas de América para vaciarlos en España y dilapidarlos luego en una orgía neomedieval de unitarismo a ultranza, que el poder añejo del señor español acabe por reflexionar, por combarse

en poder novohispano, en beneficio de una todavía *non nata* nación. En una palabra: Sor Juana intentará convertir en criollo al noble de origen español. Empresa por demás difícil, ya que se trataba de realizar una verdadera invención simbólica de un México precolombino (como antes había vanamente intentado hacer con el Tautinsuyu el Inca Garcilaso de la Vega). Una invención que todavía hoy —aunque seguramente con menos grandeza y desde luego erudición que Sor Juana o el Inca— parece que sigue siendo efectiva: baste pensar en los cambios que Hugo Chávez, llevado de su “indigenismo” populista, ha introducido en la bandera de Venezuela.

Ahora bien, Sor Juana no fue desde luego indigenista. Si mi interpretación es de algún modo plausible, lo que esa “aristócrata del espíritu” intentó fue más bien seguir la vía abierta desde Mesopotamia por el famoso sueño de Daniel: al igual que estaba haciendo contemporáneamente Bossuet a favor de Francia, también Sor Juana Inés de la Cruz, sólo que con mayor calado popular, se afanaba por probar lo hacedero de una verdadera *translatio imperii* para ese lugar que, de manera profética, había sido denominado justamente como “Nueva España”; algo que para ella querría decir, seguramente: superación y ascensión (*Aufhebung*, si se quiere, en sentido hegeliano) de la vieja y “estrecha” Europa, traslado de su inmensa herencia cultural a una “renacida” América: el verdadero y definitivo “Occidente”. Casi siglo y medio antes de que Hegel lanzara su conocido apotegma, ya habría soñado pues nuestra monja con “Ame-

³ Traducción de los *Diálogos de amor* de León Hebreo, Turner, Madrid, 1996.

rika, das Land der Zukunft” (América, la tierra del porvenir).⁴ Sólo que su América mexicana era muy distinta a la del capitalismo industrial y rapaz fríamente contemplado por Hegel. De este modo, Sor Juana ampliaba muy coherentemente (por cierto, al contrario del filósofo) la vieja idea de la coincidencia entre el curso diurno del Sol (de Oriente a Occidente) y el de la historia en su conjunto. Para ella, como veremos, “Occidente” es México, frente a una Europa vista más bien como el “Oriente”: el “pasado” de América.

En cuanto viviente, carnal hibridación armoniosa de culturas, no es extraño que Sor Juana, en su “Loa a *El divino Narciso*” y amparándose en la sagrada efigie de la “Religión”, presente su programa de instrucción a la gentil Idolatra como una repetición de la estrategia seguida por el Apóstol de las Gentes: ese gran ancestro cultural con el que ella tiende a identificarse; ese mágico prodigioso que, escribiendo en griego, siendo de raza judía y teniendo a gala el proclamarse *cives romanus*, no tuvo empacho en poner al Dios cristiano sobre el vacío pedestal ateniense dedicado *ignoto deo*.⁵ Oigamos a Sor Juana, disfrazada de “Religión”:

De Pablo con la doctrina
tengo de argüir; pues cuando
a los de Atenas predica [...]

como él tiene la noticia
de que a un *Dios desconocido*
ellos un altar dedican [...]
Así yo...⁶

A fe que no es parco el doble atrevimiento de Sor Juana: de un lado, se presenta ella misma (en la ficción, ante América; en la representación de la obra, ante el Gran Rey de las Españas, en Madrid) como una suerte de femenil “Pablo ultramarino”; por otro, convierte a “sus mexicanos” en “otros atenienses”. Pero en fin, decía que no es extraña la alusión, dados los paralelismos existentes entre ambos híbridos: pues Juana de Asvajé Ramírez (así llamada en el mundo, por más que algunas malas lenguas —que ella cortara con el afilado hierro de sus versos— intentaran emborronar su origen paterno) era hija seguramente ilegítima de un caballero noble de Vergara y de madre criolla, también ella de origen vasco, y que por lo demás tomó enseguida una segunda pareja, mientras Juana, con sólo tres años, encontró acomodo en casa del abuelo materno, en Panoayan, para ser enviada a los nueve a la capital virreinal; de modo que esta continua “desplazada”, este cruce de varios mundos, políticos y sociales, sin poder pertenecer en puridad a ninguno, eligió al cabo vivir antitéticamente, o sea, abriéndose al mundo (y sobre todo a los Po-

⁴ G. W. F. Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, en *Werke*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1970, pp. 12, 114.

⁵ *Actus Apostolorum (Práxeis apostolôn)*, 17, 23: “Agnóstoi theôi”, *Novum Testamentum Graece et Latine*, Nestle-Aland, Deutsche Bibelgesellschaft, Stuttgart, 1993.

⁶ Sor Juana Inés de la Cruz, “Loa para el auto sacramental de *El divino Narciso*”, núm. 367, *Autos con sus “loas” propias*, en *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz III. Autos y Loas*, FCE, México, 1994 (1955), vv. 280-283, 286-287 y 293, pp. 13-14.



deres de su Mundo, el Nuevo) desde un voluntario encierro: primero, a los dieciséis años, en un convento carmelita, y poco después en el ya citado convento geronimiano, desde donde irá tejiendo pacientemente el gran plan: la construcción de un imperio mexicano como síntesis del vencido Anáhuac (vencido, pero mítica, vital y económicamente poderoso aún) y del imperio español, vencedor, pero demasiado lejano y cada vez más impotente para propulsar los destinos de México.

Para empezar, Sor Juana pondrá su increíble conocimiento del mosaico de lenguas (peninsulares o nativas) que se entrecruzan en la Nueva España al servicio de la exaltación del español como lengua dominadora, apoyada por el latín como lengua sacra. Y así, por una parte, Sor Juana moja su pluma en una lengua castellana increíblemente elaborada, bien sea sutilmente acerada para recoger los más intrincados razonamientos escolásticos, o resulte culteranamente henchida hasta hacerla resoplar como percherón cebado. Por otra parte, Sor Juana empedra sus villancicos de voces procedentes tanto del euskera que aprendiera de su abuelo como del náhuatl hablado por los sirvientes de la heredad de Panoayan, y recoge incluso la jergonza de los esclavos negros. En esa potente exhibición de glosolalia podría verse —anacrónicamente, desde luego— un deseo “democrático” de prestar voz poética, y reivindicativa, a aquellas etnias o clases oprimidas —también lingüísticamente— dentro del

hispanocentrismo propio del imperio; y más, desde luego, en ultramar. Sin embargo, el hecho de que esos “residuos” de idiomas y de grupos —ellos mismos residuales— se encuentren sólo en canciones populares y festivas, como los villancicos, y el acentuado carácter rústico y paródico prestado por Sor Juana a quienes emplean tan bastas jergas, hace patente que incluso la supuesta reivindicación del euskera entra dentro del marco de dominación lingüística que brilla, sin ir más lejos, en el episodio del vizcaíno farfullante en el *Quijote*. Atiéndase, por ejemplo, a estas cuartetos, tomadas del tercer nocturno de los *Villancicos de la Asunción* del año 1685. El carácter tosco del vizcaíno, con su campechanía, se muestra humorísticamente al exigir, por un lado, que nadie se burle de la lengua vernácula y al definir en cambio, por otro, el euskera como “lengua cortada”, es decir, rota, entrecortada, incapaz de servir a los excelsos fines de la poesía culterana y de la teología —los pilares intelectuales del imperio:

Pues que todos han cantado,
yo de campiña me cierro:
que es decir, que de Vizcaya
me revisto. ¡Dicho y hecho!
Nadie el Vascuence murmure,
que juras a Dios eterno
que aquesta es la misma lengua
cortada de mis abuelos.⁷

⁷ “Villancico VIII. Ensalada”, núm. 274, Tercero Nocturno, *Asunción, 1685*, en *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz II. Villancicos y Letras Sacras...*, op. cit., pp. 97 y ss., y K. José Bijuesca, *Reescritura y manipulación de la poesía vasca en los Siglos de Oro. El ejemplo de Sor Juana Inés de la Cruz*, en www.euskonews.com/0283zbnk/gaia28304es.html.

¿A qué viene este ambiguo homenaje, sino al deseo de construir, sobre un imperialismo lingüístico, una nueva nación, y más: un imperio? Para ello, es obvio que hay que habérselas primero con una base dispersa, multiétnica y hablante de lenguas diversas, casi inconmensurables entre sí. Así, en un doble movimiento de aceptación de los idiomas múltiples y de su subordinación al Lenguaje Uno, habrá que comenzar por rebajar esas lenguas —y por ende a quienes las usan— a satélites del lenguaje castellano, de modo que sólo en las grandes festividades populares se permitirá, en un rasgo de bienhumorada comprensión, que negros, mestizos y mulatas, pero también españoles no castellanos, a saber: vizcaínos y “galleguiños”, dejen vicariamente —por la pluma de Sor Juana— constancia escrita, aquí y allá, de sus expresiones vernáculas, como simpáticas piedras incrustadas en la ancha explanada del castellano; un castellano sencillo, por demás, al alcance de las entendederas de tan abigarrada compañía.⁸ A las veces, sin embargo, la tensión es tal que el carácter injusto de la doble sumisión lingüística y étnica clama literalmente al cielo, desbaratando las intenciones humorísticas de la autora, como cuando el esclavo se queja amargamente en una jerigonza que con su carácter justamente “cortado” no hace —al menos para nosotros, hoy— sino acentuar aún más el carácter injusto de la dominación: “¡Pues, Dios, mila la

trampa / que aunque negro, gente como, / aunque nos dici cabaya!”.⁹

Significativamente, no sucede en cambio lo mismo con el náhuatl, compaginado por Sor Juana con el castellano... y aun con el latín, la lengua sagrada. Pues ahora se trata del lenguaje de los otrora dominadores, de la lengua de la tierra mexicana, exaltada de una manera poéticamente harto emotiva, a la vez que se exalta el baile sagrado de los mexicas, el Tocatín:


y con las cláusulas tiernas
del Mejicano lenguaje,
en un Tocatín sonoro
dicen con voces süaves.¹⁰

Ello no obstante, es evidente que sigue siendo el castellano el idioma reservado para la conjunción de lo político y lo sagrado, en cuanto base ideológica de construcción del imperio. Por tanto, el náhuatl viene reservado en todo caso para los momentos festivos, esto es: para el rescate emocionado de la tierra. Y la reivindicación de la tierra y de sus habitantes constituirá el nuevo paso para la propuesta de una España mexicana, verdaderamente nueva. En primer lugar, y de modo nada velado, Sor Juana protestará por el despojo que de las venas abiertas de su México hacen los españoles. En este caso, empero, la queja no está

⁸ Sor Juana Inés de la Cruz, “Villancico VIII. Ensalada”, núm. 299, Tercero Nocturno, *San José, 1690, ibid.*, pp. 138 y ss.

⁹ “Villancico VIII. Ensaladilla”, núm. 241, Tercero Nocturno, *San Pedro Nolasco, 1677, ibid.*, p. 40.

¹⁰ “Villancico VIII. Ensaladilla”, núm. 224, Tercero Nocturno, *Asunción, 1676, ibid.*, pp. 16 y ss.



contenida en villancicos u otros cantos populares, sino en la forma poéticamente más recia y añeja del castellano: el romance; un romance dirigido por demás al corazón del poder virreinal: la Grande Duquesa de Aveyro. Como buena astróloga y astrónoma, Sor Juana comienza por enaltecer, en una suerte de geografía trascendental de ribetes mitológicos, la verticalidad con que los rayos solares alcanzan a su tierra. Ella ha nacido —dice— allí “donde fulminante / a la Tórrida da el Sol / rayos perpendiculares”.¹¹ Una declaración orgullosa, dirigida contra la superstición europea —una justificación más, por cierto, de la conquista—, según la cual los hombres “verdaderos” han de proceder de la zona templada. Por el contrario, Sor Juana hace decir nada menos que a Colón, en la escena V de la “Loa a *El mártir del Sacramento*”: “¡La Tórrida es habitable / a beneficios del Cielo!”.¹² Más significativo aún es que, en una nueva y audaz *translatio*, en *El divino Narciso* recoja Sor Juana igualmente la famosa reivindicación de la Reina de Saba, en el *Cantar de los Cantares: nigra sum, sed formosa*. En el auto sacramental es la Naturaleza Humana la que tal dice, identificando así la genuina humanidad con los habitantes de Anáhuac, con América:

Mas no estás atendiendo
si del Sol los ardores me coloran;
mira que, aunque soy negra, soy hermosa,
pues parezco a Tu imagen milagrosa”.¹³

Por cierto, repárese en que Narciso, el Hombre Dios, andará perdidamente enamorado de esa Naturaleza Humana (al fin, el semblante de su propia imagen) y, por consiguiente, de México. Y ello hasta extremos de verdadera pasión sensual:

Mirando lo que apetezco,
estoy sin poder gozarlo,
y en las ansias de lograrlo
mortales ansias padezco.¹⁴

Por otra parte, en el romance dedicado al Capitán Don Pedro Velázquez de la Cadena con ocasión de su cumpleaños, Sor Juana se abandona ditirámbicamente a un casi extravagante concurso comparativo: los ríos americanos desafían —dice— a los de Europa, Asia y África; la Imperial Laguna aventaja a los lugares míticos; los montes americanos son mejores que el “Dodóneo” (Dodona, con su sagrado oráculo de Zeus) y sus bosques, mejores que el “Elíseo”.¹⁵ Esa justamente barro-

¹¹ “Aplaudes lo mismo que la fama en la sabiduría sin par...”, núm. 37, *Romances*, en *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz I. Lírica personal...*, op. cit., p. 102.

¹² “Loa para el auto intitulado *El mártir del Sacramento, San Hermenegildo*”, núm. 369, *Autos con sus “loas” propias*, en *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz III. Autos y Loas*, op. cit., vv. 277-278, p. 107.

¹³ “Auto sacramental de *El divino Narciso*”, núm. 368, op. cit., vv. 1037-1040, p. 51.

¹⁴ *Ibid.*, vv. 1544-1547, pp. 69 y ss.

¹⁵ “En cumplimiento de años del Capitán Don Pedro Velázquez de la Cadena...”, núm. 46, *Romances*, en *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz I. Lírica personal...*, op. cit., p. 132.

ca celebración de la madre tierra va acompañada por lo demás de resonancias literalmente paradisiacas. Pues si no fuera por la rapiña de Europa, tildada por Sor Juana de “insaciable”, América estaría libre de la maldición del trabajo; pues que allí “el pan / no cuesta al sudor afanes”. Ahora bien, el tono se hace más agresivo cuando no se trata ya sólo de exaltar al país natal, sino de hacer que por él olviden los españoles su propia patria. Y es que América haría, en efecto, olvidar el pasado, como un “dulce Lotos” que a los venidos de la península hace “olvidar los propios nidos, / despreciar los patrios Lares”.¹⁶ La operación propulsora de la *translatio imperii* comienza a seducir así a los propios criollos (tal como lo era ella misma), en cuanto transplantados detentadores del *imperium*.

Tras esa exaltación de la tierra común —*venida*, prometida, más que heredada— y de sus gentes, y tras la sujeción de las lenguas, reconocidas en su variedad si aceptan *velis nolis* su subordinación al lenguaje unificador, como es propio de todo imperio, parece lógico pensar en una reivindicación del estamento militar, en cuanto garante *ad extra* de la supervivencia y el medro del nuevo imperio y sostenedor *ad intra* de la convivencia pacífica entre pueblos tan disímiles, y hostiles entre sí (recuérdese sin más que los tlaxcaltecas eran la vianda preferida —por no decir única— de los aztecas, y que en grado menor esas diferencias se daban —y se dan aún hoy— entre los distintos pueblos penin-

sulares emigrados a México). Y aquí, en su ensoñación de una férrea “mano militar” inevitablemente desleal para con el imperio español, se embarca Sor Juana en una empresa harto más peligrosa que la geoastrológica celebración de Anáhuac. En el ya mencionado Romance a Don Pedro Velázquez se tilda a éste de:

...honor de Occidente,
de la América el prodigio,
la corona de la Patria,
de la Nación el asilo.¹⁷

Recuérdese en todo momento que Occidente, Patria y Nación se refieren exclusivamente a América, no desde luego a España. Ahora bien, el envite sube considerablemente cuando, alabando los hechos de guerra del bravo capitán, pasa Sor Juana simbólicamente el poder beligerante al imperio todavía *non nato*:

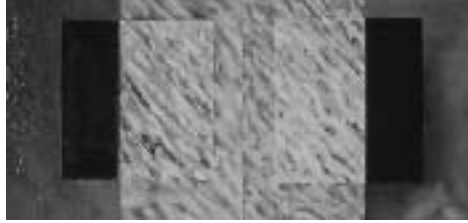
...América, ufana,
de Asia marchita los lirios,
de África quita las palmas,
de Europa el laurel invicto.¹⁸

O sea: está animando a un militar criollo a que arrebate en nombre de América el “laurel invicto” a Europa. ¿Será descabellado pensar esa invitación como una incitación a lograr la independencia de México respecto de la metrópoli?

¹⁶ “Aplauda lo mismo que la fama en la sabiduría sin par...”, núm. 37, *Romances, op. cit.*, p. 103.

¹⁷ “En cumplimiento de años del Capitán Don Pedro Velázquez de la Cadena...”, núm. 46, *Romances, op. cit.*, p. 132.

¹⁸ *Ibid.*, estrs. 13 y 18.



Que ese pensamiento no resulta tan descabellado viene reforzado por demás en virtud de una jugada mucho más peligrosa. En efecto, Sor Juana recurrirá a los Virreyes mismos, y más exactamente, al primogénito de ambos para que en su día tome el poder en la Nueva España, y funde así una nueva dinastía ajena a los Austrias... Bien puede tratarse de una hipérbole barroca, pero las expresiones son tan fuertes e inequívocas que difícilmente pueden hacerse pasar por una mera loa desmesurada a las prendas de ese infante que en la pluma culta de Sor Juana alcanza resonancias míticas, como si ese niño fuera el ya anunciado en la famosa Égloga IV virgiliana (*magnus ab integro seclorum nascitur ordo*). Aprovechando que el hijo de los virreyes (el Marqués de la Laguna y Luisa, Condesa de Paredes —para Sor Juana, su querida “Lysi”), ha nacido en México, e insistiendo en su elevada estirpe, remontada a los Infantes de la Cerda, los cuales —atiéndase bien a esto— reivindicaban el trono de Castilla desde Alfonso X, Sor Juana canta en magnífico romance castellano la posibilidad de soltar amarras de Castilla:

Crezca gloria de su Patria
y envidia de las ajenas;
y América, con sus partes,
las partes del Orbe venza.

En buena hora al Occidente
traiga su prosapia excelsa,

que es Europa estrecha Patria
a tanta familia regia.

Levante América ufana
la coronada cabeza,
y el Águila Mejicana
el imperial vuelo tienda,

pues ya en su Alcázar Real,
donde yace la grandeza
de gentiles Moctezumas,
nacen católicas Cerdas.¹⁹

No creo que sea necesario mucho esfuerzo para percatarse del carácter explosivo de esta incitación. Aquí vienen abruptamente contrapuestos lo nuevo (América) contra lo viejo (“Europa estrecha Patria”), Occidente (México) contra “Oriente” (o sea, España). La síntesis formidable viene propuesta por la simbiosis del flamante “gentilismo” (comparable y aun superior al de la gentilidad clásica) y de la añeja nobleza de sangre europea. Y todo ello coronado por la unión del altar: el catolicismo (que asume míticamente la religión azteca) y el trono: el alcázar real, que ya no es desde luego el de Toledo o Sevilla, sino el de Ciudad México. Todo ello se reúne a mi ver en esa “coronada cabeza” (la del primogénito: el futuro emperador), gracias a la cual levantará su vuelo el “Águila Mejicana” (obviamente, frente al águila bicéfala de los Austrias). Por cierto, un detalle quizá no del todo insignifican-

¹⁹ “Habiéndose ya bautizado su hijo...”, núm. 24, *Romances, op. cit.*, ests. 8-11, p. 72.

te: será precisamente “Lysi”, la Condesa de Paredes, la que encargue a Sor Juana el auto *El divino Narciso*, junto con su muy esclarecedora “Loa”.

¿Qué falta aún? Falta lo fundamental: el salto de lo profano a lo sagrado. Pues todos los esfuerzos de edificación del nuevo imperio serían vanos si faltara la cohesión simbólica de la religión. En primer lugar, y en correspondencia con lo que antes vimos (América, disfrazada de Naturaleza Humana, amada por Narciso), sería necesario trasplantar a la Gran Madre, a la Virgen, a tierras mexicanas. Una verdadera obsesión ésta, en Sor Juana, presente especialmente en los villancicos —aunque también en otros versos—, dedicados mayormente a loar a la Virgen María, tornada como no podía ser menos en Virgen de Guadalupe:

La compuesta de flores Maravilla,
divina Protectora Americana,
que a ser se pasa Rosa Mejicana,
apareciendo Rosa de Castilla.²⁰

Adviértase la sutileza, nada casual en una consumada conocedora de la teología y la metafísica escolásticas: bien pudo tener esa Rosa su apariencia primera —fenoménica, diríamos— en Castilla, pero es sólo aquí donde “pasa a ser”, donde llega a su propio “ser”.

Pero en fin, aún resta la estrategia suprema, expuesta a las claras en las loas a los autos sacra-

mentales: así como las distintas lenguas (peninsulares, africanas o mexicanas) debían subordinarse al lenguaje del imperio (el único modo en que generosamente se admitiría su supervivencia), así también la religión idolátrica habría de supeditarse a la religión católica. Sólo que aquí tiene lugar una verdadera paradoja, comprensible sin embargo si atendemos al sincretismo que Sor Juana propone para su ensoñación del nuevo imperio. Esa paradoja se muestra en el espectacular vuelco en las relaciones de poder. En efecto, el celo en “asimilar” las religiones autóctonas al catolicismo hace más bien que éste acabe por identificarse con una versión idealizada de aquéllas. Y ello en el punto capital del cristianismo: la eucaristía, que, en el afán de Sor Juana por hacerlo coincidir con el canibalismo sagrado de los aztecas, acaba por ser acercado a una teofagia material, carnal y sangrienta: una justificación del “canibalismo a lo divino”, como ya había audazmente adelantado Calderón de la Barca, al hablar en *La Devoción de la Misa* del creyente cristiano como “caribe de Dios”.²¹

En la “Loa a *El centro de José*”, afirma en efecto Idolatría:

¡Vamos, que como yo vea
que es una Víctima Humana,
que Dios se aplaca con Ella;
que La como, y que me causa
Vida eterna (como dices),

²⁰ “Alaba al numen poético del padre Francisco de Castro...”, núm. 206, *Sonetos sagrados*, op. cit., p. 310.

²¹ “Confundido [el judaísmo] de que pueda / ser que, caribe de Dios, / el hombre su sangre beba / y su carne coma...”, *La devoción de la Misa*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, vv. 689-692.



la cuestión está acabada
y yo quedo satisfecha!²²

De esta manera, la “idolatría” se torna en “latría”, pero a costa de admitir (como Sor Juana hace) que las aras ensangrentadas con sangre humana, lo propio de “los mejores Sacrificios”,²³ constituyen una premonición y prefiguración del verdadero sacrificio divino. ¿El canibalismo, pues, como gentil *praeparatio Missae*? Parece preciso admitirlo, pues de lo contrario la fuerza unitiva de la religión impediría el gran proyecto del imperio nuevo. No hay más que oír al respecto las amenazadoras razones, el aviso de insurrección que Idolatría hace a la Fe y a la Ley de la Gracia (mas dirigido en realidad al poder fáctico, civil y militar):

Pues mirad cómo ha de ser,
porque, toda amotinada,
en mí mi Nación os dice
que mientras Víctima Humana
no permitáis ofrecer,
no viváis en confianza
de que es fija su obediencia.²⁴

Y poco antes, la América idólatra, con fingida ingenuidad y hasta mansedumbre, había pedido a esas potencias:

esta leve circunstancia
de sacrificar siquiera
los cautivos que Tlaxcala
le da al Mejicano Imperio.²⁵

En una palabra: México no se levantará contra el conquistador si le permite continuar con la “guerra florida” (Tezcatlipoca), o incluso si la fomenta y apoya en su caza al azteca con las armas. Como cabe suponer, claro está, la contestación de la Fe será en cambio rigurosamente ortodoxa. Ella ofrece a Idolatría, a cambio de que abandone el canibalismo:

La Eucaristía Sagrada,
en que nos da el mismo Cristo
Su Cuerpo en que transubstancia
el Pan y el Vino.²⁶

Naturalmente, ello es entendido por Idolatría como una sustitución a mejor: en lugar de comer hombres, más nutritivo y alto será “comerse a Dios”. Un tema escabroso donde los haya, que alcanza su clímax en la “Loa a *El divino Narciso*”. De nuevo se trata aquí de sustituir el canibalismo por la eucaristía. Sólo que en este caso recurre Sor Juana a un ritual menos extendido que el de la “guerra florida”: el divino “Teocualo” (literalmente: “comer a Dios”), no conocido directamente por nuestra

²² “Loa para el auto intitulado *El cetro de José*”, núm. 371, *Autos con sus “loas” propias*, op. cit., pp. 199.

²³ *Ibid.*, vv. 287 y ss, pp. 193.

²⁴ *Ibid.*, vv. 337-343, pp. 195.

²⁵ *Ibid.*, vv. 324-327, pp. 195.

²⁶ *Ibid.*, vv. 410-413, pp. 198.

monja, sino tomado eruditamente de la *Monarquía Indiana* de Juan de Torquemada. Aquí es realmente un dios el ingerido, de modo que la confrontación se establece a un mismo nivel: ¿qué Dios será preferible para su ingesta por parte del mexicano? En el teocualo, el sangriento Huitzilopochtli se presenta bajo la especie de galleta en forma de ídolo: una galleta compuesta de semillas de bleado molidas (un grano de la especie del amaranto), amasadas con sangre de niños inocentes. Sor Juana, pudorosa, calla ese terrible nombre y lo sustituye por el más poético y candoroso del “Dios de las Semillas”.

Y aquí tenemos a las *dramatis personae* de la sin par loa: por un lado, América (“India bizarra”, que el “Celo” identifica con la “ciega Idolatría”),²⁷ junto con Occidente (“Indio galán, con corona”: el emperador azteca), más alegres Coros y Música. Por el otro lado, mucho más severo y aun sombrío, el Celo, representado como “Capitán General”; la Religión, en escena vestida de “Dama Española”, más soldados. Es interesante la confesada coyunda de las Armas y la Religión (al fin ya Calderón había dicho que “la milicia no es más que una / religión de hombres honrados”²⁸) aquí presentada: el Celo confiesa al respecto que la Religión, a la que por lo pronto desprecian y de la que se mofan América y Occidente, es “mi

dulce Esposa querida”.²⁹ Por cierto, que los donosos mexicanos tenían sus razones para oscilar entre la perplejidad y la burla. Pues la Religión echa mano en su presentación de una clara caricatura del “requerimiento” (un proceder abyecto, abolido en México muy pronto, desde 1542). En efecto, no puede decirse que Religión se ande con rodeos cuando le espeta a América: “Soy la Religión Cristiana, / que intento que tus Provincias / se reduzcan a mi culto”.³⁰

Y como, razonablemente, América y Occidente se quedan pasmados al oír tal intento, el Celo militar se encoleriza al punto, asegurando que es el propio Dios el que “me envía a castigarte”,³¹ pues nuestro bravo Capitán General no tiene empacho (debe de ser por derecho de consorte) en presentarse como “Ministro de Dios”,³² enviado por Él para castigar a Occidente por sus errores. A lo que el indio, como era de esperar, responde:

¿Qué Dios, qué error, qué torpeza,
o qué castigos me intimas?
Que no entiendo tus razones
ni aun por remotas noticias.³³

Del lado de quién está Sor Juana no parece admitir muchas dudas. Mientras que los españoles

²⁷ “Loa para el auto sacramental de El divino Narciso”, núm. 367, *Autos con sus “loas” propias*, op. cit., v. 131, p. 8.

²⁸ *Para vencer amor, querer vencerle*, en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1956, p. 538.

²⁹ “Loa para el auto sacramental de El divino Narciso”, núm. 367, *Autos con sus “loas” propias*, op. cit., v. 133, p. 8.

³⁰ *Ibid.*, 120-122, pp. 8 y ss.

³¹ *Ibid.*, v. 138, p. 8.

³² *Ibid.*, v. 146, p. 9.

³³ *Ibid.*, vv. 156-159, p. 9.



irrumper en la fiesta exigiendo y amenazando, los americanos, en abrupta contraposición, se presentan alegremente danzando y cantando, dentro de una fiesta que, si juzgada por el europeo como pagana, corresponde para ellos en cambio a los “debidos cultos”,³⁴ que alcanza pues un valor de ceremonial sagrado, animado por la personificación de la “Música”, que incita al Coro a repetir una y otra vez el sonoro estribillo: “¡Y en pompa festiva, / celebrad al gran Dios de las semillas!”.³⁵

¿Cómo responden los españoles, azuzados por el Celo contra la Música? Sus gritos son ahora muy otros: “¡Toca al arma! ¡Guerra, guerra! [...] ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra! / ¡Viva España! ¡Su Rey viva!”.³⁶

El resultado es obvio. En la Escena III, los indios, espantados ante la exhibición de fuerza del español, se rinden. Y así Religión exige: “¡Ríndete, altivo Occidente!”. He aquí la noble respuesta: “Ya es preciso que me rinda / tu valor, no tu razón”.³⁷

Pero el Celo va más allá, exclamando: “¡Muere, América atrevida!”.³⁸ Afortunadamente Religión, en un gesto que recuerda la dialéctica hegeliana del amo y del esclavo, ruega a su esposo: “¡Espera, no le des muerte, / que la necesito viva!”.³⁹

Comienza entonces el proceso racional de aculturación. Sólo que, como dijimos, el deseo por parte de Religión de hacerse entender, de convencer a la América Idólatra es tal que acaba por recono-

cer, no que el canibalismo sea algo abominable, sino que hay una ingesta aún mejor. Pues desde luego, comerse al Dios verdadero ha de ser mejor que comerse a un ídolo. Sólo la “intensificación del sacrificio”, pues, parece hacer entrar en razones a Idolatría. El acercamiento progresivo de semejanzas entre el tecualo y la eucaristía no deja al respecto de asombrar: Religión concede a Idolatría todas sus exigencias: que la carne del sacrificio sea nutritiva, que la sangre de amasar sea inocente, que se pueda incluso ver a Dios (algo al parecer factible, según Religión, a través del bautismo), y lo más importante quizá: que sólo los Sacerdotes, no el pueblo, puedan tocar esa carne y esa sangre. Después de tantas concesiones, Religión concentra en pocos versos la doctrina ortodoxa, de manera harto retórica y aun difícilmente compatible con las exigencias de América: le habla en efecto de:

semillas del trigo, el cual se convierte
en Su Carne y Sangre mismas,
y su Sangre, que en el Cáliz
está, es Sangre [...] inocente, pura y limpia.⁴⁰

Todo ello como si el trigo para un mexicano, o el cáliz, fueran cosas bien sabidas. Lo único interesante —e inquietante— es que la sangre del sacri-

³⁴ *Ibid.*, v. 163, p. 9.

³⁵ *Ibid.*, vv. 182-183, p. 10.

³⁶ *Ibid.*, vv. 188, 200-201, p. 10.

³⁷ *Ibid.*, vv. 202-204, p. 11.

³⁸ *Ibid.*, v. 205, p. 11.

³⁹ *Ibid.*, vv. 206-207, p. 11.

⁴⁰ *Ibid.*, vv. 354-367, pp. 16.

ficio ha de ser, no sólo inocente, sino “pura y limpia”, con lo que las exigencias de “sangre noble” y “limpia” se extienden así a lo más sagrado.

Al respecto, más bien parece que la confesada finalidad de la obra (conducir, o mejor “reducir” América al cristianismo mediante una rebuscada alegoría, “para que quede instruida / ella [América], y todo el Occidente”⁴¹) transparente al terminar la loa otro objetivo distinto. La obra es un encargo de la esposa del virrey, cuyo hijo estaba siendo poéticamente promovido a nuevo *Imperator* de la “nueva” España. La propia Sor Juana confiesa “que su obra [...] / de la obediencia es efecto, / no parto de la osadía”.⁴² Pero no es esto lo importante, sino que, en la representación, quien así habla es... ¡la Religión! ¡Así que, al final, se revela que eso de “Dama Española” no era sino un disfraz. La Religión es Sor Juana. Ella es la que impedía al Celo militar que matara a América, pues la necesitaba viva. Ella, y no España, la que va a iniciar a la Idolatría en los sacrosantos misterios de una religión con la que la monja, por demás sin demasiada modestia, se identifica. Y bien, ¿dónde ha de representarse el auto sacramental? ¿Acaso en México, en presencia de la corte virreinal? No: la Condesa de Paredes ha encargado *ex professo* la obra para que sea representada

En la coronada Villa
de Madrid, que es de la Fe

el Centro, y la Regia Silla
de sus Católicos Reyes,
a quien debieron las Indias
las luces del Evangelio
que en el Occidente brillan.⁴³

Y así fue. Con cierta seguridad podemos decir que *El divino Narciso* se representó ante la corte en la Pascua de 1689.

¿Cómo interpretar este total “desplazamiento”? ¿Qué sentido podría tener representar el auto de una, poco conocida, monja mexicana delante del hechizado rey de las Españas? Desde luego, por parte de éste y de su corte, no creo vieran en la obra otra cosa que una manifestación, algo rebuscada, de piedad. Aunque yo tenga mi tesis sobre la ensoñación sorjuaniana de construcción de un nuevo imperio por plausible, preciso es reconocer que la obra misma (no así los romances dirigidos a los poderes novohispanos, de intención transparente) es tan alambicada que los planes se perdieron por los vericuetos de la mitología teologizante. Pero, en todo caso, bien extraña empresa fue ésta de escribir algo en México con el fin de convencer —según se confiesa en la obra— a los mexicanos de las bondades de una religión importada por los conquistadores, pero que sin embargo no se representó en el propio país, sino ante la corte española. Yo interpretaría así la intención oculta de la autora (no de la condesa, que llevó consigo la obra a Es-

⁴¹ *Ibid.*, v. 420, p. 18.

⁴² *Ibid.*, v. 453 y 455-456, p. 19.

⁴³ *Ibid.*, vv. 436-442, p. 19.



pañá, y que seguramente tuvo por extravagantes las intenciones “nacionalistas” de su válida): Sor Juana agradece a la corona de España los servicios prestados; pero ahora que en occidente brillan las luces del evangelio, la obra, junto con su loa, exige se lleve a efecto una verdadera *translatio imperii*, al igual que ya se ha producido una *translatio religionis*, por superación e integración de la antigua religión mexicana en la nueva religión católica, como en una suerte de *Aufhebung* hegeliana. Sólo que ahora tan sincretista religión está encarnada en una criolla dispuesta a todo trance, no sólo a ser mexicana, sino a hacer que Nueva España se torne en un inédito Imperio Mexicano, floreciente bajo la mirada de Dios, el divino Narciso. Pero en fin, ¿por qué esta extraña identificación? Cuando, con razón, una perpleja América le pregunta a Religión-Sor Juana cómo va a hacerle comprender tan abstrusas razones sobre la Eucaristía, ésta responde que utilizará para ello:

una idea
metafórica, vestida
de retóricos colores,
representable a tu vista.⁴⁴

¿Por qué precisamente el mito de Narciso? ¿Basta acaso la vaga respuesta según la cual se trataría de hacer ver a la gentilidad mexicana que “también había / entre otros Gentiles, señas / de tan alta

Maravilla”?⁴⁵ Esas “señas” han sido tomadas por Sor Juana, en parte, de las *Metamorfosis* de Ovidio, y de la mediocre comedia mitológica de Calderón de la Barca, *Eco y Narciso*, de la cual cita incluso algunos versos. Pero si nos quedásemos en esas fuentes, difícil nos sería interpretar el “atrevimiento”, diríamos, de convertir a ese “narcisista” Narciso nada menos que en la prefiguración mítica de Jesucristo. La fuente genuina de Sor Juana es más honda y, para esa sin par estudiosa del hermetismo (como se aprecia ante todo en el muy hermético *Primero sueño*), más verdadera. Como que constituye la *prisca theologia*, la conexión secreta entre la gentilidad y el cristianismo. Su “Narciso” es el *Anthropos*, el hombre universal del *Poimandrés* de Hermes Trismegisto (recogido luego igualmente por la Cábala como Adán Kadmón, y recordado aún por Schelling como *Urmensch* en su *Filosofía de la revelación*).

¿Por qué Narciso? Recuérdese que en el imaginario mítico del México precolombino brilla la laguna (formada por el agua que brota de la boca de la serpiente), y que esa laguna viene personificada como una virgen ancestral. A esa laguna mexicana, interesadamente identificada con la Virgen María, se acerca en efecto Narciso, hambriento de amor (no sin resonancias sexuales que saben a incesto, como en otros contextos de la imaginería religiosa española ha hecho notar agudamente Bernhard Teuber⁴⁶):

⁴⁴ *Ibid.*, v. 401-404, p. 17.

⁴⁵ *Ibid.*, v. 432-434, p.19.

⁴⁶ Bernhard Teuber, “Cuerpos sagrados. En torno a las imágenes perversas de la carne en España”, en Bernhard Teuber y Horst Weich (eds.), *Iberische Körperbilder*, Vervuert, Frankfurt am Main, 2002, pp. 35-47.

¡Oh, Fuente divina, oh Pozo
de las vivíficas aguas,
pues desde el primer instante
estuviste preservada
de la original ponzoña,
de la trascendental mancha,
que infesta los demás Ríos:
vuelve tú la imagen clara
de la beldad de Narciso!⁴⁷

En esa fuente, el divino Narciso ve reflejadas de consuno, como ya indicamos, a Gracia y a Naturaleza Humana (por cierto, identificada a su vez con la tierra mexicana). Y es esa doble imagen, semejante a la suya hasta el punto de confundirse con el original (alusión obvia a la doble naturaleza de Jesucristo), la que incita a Narciso a introducirse en las aguas puras, como en una fusión novalisiana *avant la lettre* de Madre y Amada.

Pues bien, todo ello procede del capítulo 14 del libro I de Hermes Trismegisto. Merece la pena citar el pasaje: “Entonces el Hombre [...] hizo ver la hermosa forma de Dios a la Naturaleza de abajo. Cuando ésta hubo visto que él tenía en sí mismo la forma de Dios [...] sonrió de amor: porque había visto reflejarse en el Agua el semblante de esta forma maravillosamente bella del Hombre, y a su sombra sobre la Tierra. Él, en tanto, habiendo percibido esta forma semejante a él presente en la

Naturaleza, reflejada en el Agua, la amó y quiso habitar allí. Desde el mismo momento que lo quiso lo cumplió, y habitó la forma sin razón. Entonces la Naturaleza, habiendo recibido en ella a su amado, lo abraza completamente, y ellos se unen, pues arden de deseo”.⁴⁸

Así, el abrazo sexual prefigura la unión hipostática del Hombre Universal, el Hijo de Dios, y de la Naturaleza Humana. O en términos de Sor Juana, del Dios por ella predicado y de la “Tierra Mejicana”. Metamorfosis del misterio eucarístico y del mito hermético en promesa de un nuevo Imperio, basado en la limpieza de la sangre y en el culto divino.

Sí, pero culto, ¿de qué Dios? Porque, vengamos a cuento: tras tanta y tan ardiente confesión de ortodoxia por parte de Sor Juana (revestida en el auto sacramental, no lo olvidemos, del papel de la mismísima Religión), la Loa de esta tan misteriosa representación termina con la impaciencia de Occidente, el cual confiesa: “que ya mi agonía / quiere ver cómo es el Dios / que me han de dar en comida”.⁴⁹

Así que, convencidos de que han de celebrar un más alto y nutritivo teocualo, no sería nada extraño que América, Occidente, aceptaran por lo pronto al nuevo Dios, bajo el nombre del Ídolo por ellos adorado. Extraño e inquietante es en cambio que a la loa final: “que ya conocen las Indias / al que es Verdadero / Dios de las Semillas”,⁵⁰ se

⁴⁷ “Auto sacramental de *El divino Narciso*”, núm. 368, *op. cit.*, vv. 1137-1145, p. 54.

⁴⁸ Hermes Trismegisto, *Poimandres*, 14, en *Obras completas I*, Muñoz Moya y Monraveta, Sevilla, 1985.

⁴⁹ “Auto sacramental de *El divino Narciso*”, núm. 367, *op. cit.*, vv. 486-488, p. 21.

⁵⁰ *Ibid.*, vv. 490-492, p. 21.



una nada menos que el Cielo, es decir, el Capitán General. A menos que recordemos que, tras una conveniente metamorfosis, capitán era también don Pedro Velázquez de la Cadena, de cuyos hechos de armas se pedía que quitaran de España el laurel invicto.

¿Podemos extrañarnos, entonces, de que a esa alabanza se una la última figura, a saber: la Religión misma, si tras su figura se esconde la propia Sor Juana Inés de la Cruz?

Y así:

repitan alegres
con voces festivas:
TODOS

¡Dichoso el Día
que conocí al Gran Dios de las Semillas!⁵¹

Acota Sor Juana, puntual: “Éntranse bailando y cantando”.⁵² Bailando pues, también, la Dama Española y el Capitán General. Todo ello, en honor del “Dios de las Semillas”, por otro nombre, el “divino Narciso”. Gentilidad de gentilidades, y todo gentilidad, podríamos decir.

¿Todo ello les pasó desapercibido a las autoridades? ¿Tan rebuscada era Sor Juana que sus proyec-

tos, manifiestos en cambio cuando se trataba de halagar a los poderes fácticos, quedaron ocultos? En 1692, Sor Filotea de la Cruz (en realidad, el muy celoso Arzobispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz) publica la *Carta Atenagórica*, una dura admonición para que Sor Juana abandone las letras, por no ser conveniente que una mujer haga de bachillera y se eleve a vuelos a lo divino (¿o acaso, diría yo, a vuelos de alta teología política?). Y en efecto, en sus últimos años, “la peor de las mujeres” abandona todo estudio y se dedica a la oración, hasta morir del cólera en 1695.

Pero también en 1692 tiene lugar el primer amotinamiento de la población indígena contra los gobernantes españoles. A partir de 1704, el cambio de régimen en España hace que el imperio colonial basado en los virreinos vaya derivando en la península hacia un estado nacional centralizado, bajo la protección de Francia. Siglo y medio después, Maximiliano intentará llevar a cabo en México un burdo remedo de ese imperio (también, bajo la protección de Francia) que Sor Juana prometía al hijo de su “Lysi”. El sueño de una fundación mestiza en base a un sincretismo religioso revestido de mitología clásica no se cumplirá. Pero el vuelo de la sombra de aquella águila orgullosa sigue alejándose sobre México.

⁵¹ *Ibid.*, vv. 495-498, p. 21.

⁵² *Ibid.*, p. 21.



Imagen, arte y democracia

◆ Juan Cristóbal Cruz

La pregunta acerca de la naturaleza y los efectos sociales de la imagen se ha vuelto central para la comprensión de la sociedad democrática de nuestros días, máxime que cada día es mayor la preocupación sobre los efectos que las nuevas tecnologías de la imagen tienen o pueden llegar a producir sobre el espacio público. No extraña que la respuesta más notoria que ofrecen los filósofos, y más recientemente los políticos, sea la condena sin apelación de la nueva civilización de imágenes.

Emblematizada por la televisión, la imagen es vista como el nuevo opio del pueblo que “hipnotiza y paraliza”¹ y lleva al inexorable triunfo de la “retórica visual” sobre la razón.² Este tipo de crítica es sin duda justificada y toca un punto que no podemos sino reconocer como central para el futuro de las sociedades contemporáneas, sobre todo cuando apunta a la concentración de las fuentes de información, a la unilateralidad y verticalidad que caracteriza a la comunicación emitida por la televisión en nuestros días. Por una parte, es de preverse que esta situación pronto se verá transformada por la pluralidad de emisores que podrán difundir televisión por Internet. Por otra parte, es

necesario precisar los alcances y los límites de este tipo de cuestionamiento, sobre todo cuando la puesta en duda de la televisión, generalmente, se suele apoyar en una crítica global a la cultura de la imagen, que se antoja por demás cuestionable.³

En primer lugar, este género de crítica comienza por suponer algo así como un pasado idílico en el que la democracia fue una comunidad de comprometidos letrados republicanos. Hoy en día esa misma sociedad se habría convertido en su contrario, a saber, en una sociedad conformada por simples sujetos pasivos y manipulables. Los dos supuestos, el del edén democrático y el del actual mundo de los sonámbulos, son tan simplificadores como dudosos.

¹ Mario Bunge, *Cápsulas*, Gedisa, España, 2003, p. 2007. Al Gore, *The Assault on Reason*, Penguin Press, Estados Unidos, 2007.

² Al Gore, *op. cit.*, p. 9.

³ Por ejemplo, Giovanni Sartori, *Homo videns*, Taurus, España, 2003, p. 119.

◆ Profesor-Investigador, Facultad de Humanidades



En segundo lugar, explicar las transformaciones del conjunto de la sociedad, o aun de lo político, a partir de un solo factor, como el de una nueva cultura de la imagen, es caer en un determinismo difícilmente defendible. En tercer lugar, la actual denuncia de la imagen hace difícil entender que, todavía en 1930, Freud pudiera ver a la civilización como un efecto lejano del advenimiento de la postura erguida propia del proceso de hominización,⁴ es decir, como el triunfo de la vista sobre el olfato. Freud no hace sino sumarse a un antiguo motivo griego que vincula estrechamente al conocimiento, la teoría, con una forma de visión. Hoy parece difícil creer que este motivo atravesase el conjunto del pensamiento occidental hasta un pensador como Hans Jonas, quien ve en la capacidad de producir imágenes y en su consecuente poder de abstracción y de creatividad del *Homo Pictor*, algo propio y positivamente determinante de lo humano.⁵

¿Qué es entonces lo que ha contribuido a la valoración tan negativa de la imagen en el pensamiento contemporáneo? La respuesta a esta pregunta seguramente es compleja, pero algunos ámbitos de la cultura se antojan especialmente adecuados para intentar resolverla. Uno de estos ámbitos privilegiados es, más que la práctica, la reflexión y la teoría del arte.

En la historia reciente del arte y en el heterogéneo conjunto de motivos intelectuales que la han acompañado, se puede constatar una crisis de

la idea y del sentido de la imagen como mimesis y representación, que sólo se puede entender en el marco del cuestionamiento profundo que han sufrido los fundamentos mismos del arte, al menos desde el Romanticismo. Se trata de la interrogación sobre el estatus ontológico, los criterios de valoración y la función social o institucional que puede o debe cumplir el arte. Valga enumerar a continuación algunos de los motivos centrales que revelan esta tendencia a un debilitamiento de la representación y de la imagen en el arte.

Pérdida de criterios

Uno de los rasgos más notables del arte moderno deriva del hecho de que, con el fin de liberarlo de su subordinación respecto a los ámbitos de la verdad y la moral, con Kant y luego con el Romanticismo, se buscó defender el arte como un ámbito cultural autónomo. Pero si es así, si el arte está liberado de toda limitación o imposición externa, ¿cómo se da sus propias reglas el arte? La respuesta de Kant es la noción de “genio”. En efecto, el artista genio, en tanto creador de valores, se erige en instancia que establece e impone los criterios de valoración no sólo de su propia obra, sino también de los valores estéticos de su época. A diferencia de lo que sucede en otros ámbitos de la cultura, sobre todo cuando sus expresiones se pretenden normativas, los criterios establecidos por el artista genio, al ser considerados “absolutamente originales”, no re-

⁴ Sigmund Freud, *Malaise dans la civilisation*, PUF, París, 1934 [1929], p. 30.

⁵ Véase Hans Jonas, *Évolution et liberté*, Rivage, Francia, 2005, p. 74.

quieren ser demostrados. El párrafo 46 de la *Crítica del juicio* de Kant da origen a esta visión con toda claridad: “El genio no puede exponer científicamente cómo realizar su obra, sino que impone su regla en cuanto *naturaleza* y de este modo el autor de una obra que debe a su genio no sabe cómo han llegado hasta él las ideas, y tampoco está en su poder formar a voluntad y metódicamente otras similares, ni comunicar a los demás los preceptos que les permitan producir reglas semejantes [...] Que la naturaleza, mediante el genio, presenta, la regla, no a la ciencia, sino al arte, y aun en esto, sólo cuanto éste ha de ser arte bello”.⁶

Lo “nuevo” en el arte, la creación del genio, que es entendida como una suerte de expresión de la naturaleza en la cultura, aparece entonces como una revelación y un valor inmune a toda crítica externa al arte.⁷ Su capacidad creadora e inmune a la crítica no puede sino llevar a “admitir como sagrados todos los procedimientos que permitan manifestar [la] personalidad [del artista genio]”.⁸

De esta concepción se seguirá, durante el siglo XX, que la propia persona del artista, y no la obra de arte, sea lo que define al arte. En el mundo del arte al “genio” se le debe permitir todo: del *ready-made* de Duchamp y los objetos de Beuys a

la exposición de cadáveres humanos (Von Hagens) y de animales fosforescentes, genéticamente modificados (Kac). No se pueden negar ciertos éxitos del arte de nuestra época y el logro de una visión, más amplia y flexible, sobre él, capaz de nutrirse del “nuevo infinito” de perspectivas y experiencias. Sin embargo, que el pensamiento moderno haga sustentar el valor del arte en la pura subjetividad y en la personalidad del artista ha llevado a perder toda referencia objetiva en la obra y ha favorecido un sentimiento sistemático de sospecha. Se puede afirmar que, debido al abandono de criterios externos, en nuestros días en el mundo del arte “todo se vale”,⁹ y por lo mismo se vale también todo aquello que simula ser arte, es decir, todas las imposturas.

Como se sabe en sociología desde Tocqueville, la ausencia de criterios objetivos y jerarquías tradicionales no implica la ausencia de criterios o de autoridad. Lo que ocupa ahora el vacío dejado por las viejas normas es el gusto de la moda, la opinión de los pares, de los expertos en el mercado del arte y, a fin de cuentas, la opinión de la mayoría (en cada ámbito sociológico). La transmisión cultural entre las generaciones es puesta en duda cuando la institución visible de la academia y del museo es

⁶ Immanuel Kant, *Crítica del Juicio*, Austral, Madrid, 2007, p. 251.

⁷ La única crítica a la que puede ser sometida la obra de genio es la realizada por otra obra de genio, por ejemplo la implícita en un cuadro de Picasso cuando responde a uno de Cézanne. Pero, ¿qué pasa con todos los demás, para el público y aún para los artistas que no alcanzan el genio? Se antoja, desde el mismo punto de vista interior al arte, algo muy semejante a la simple ausencia de criterios. Respecto a ésta, consultar Ernest Gombrich, “Sobre la interpretación de la obra de arte, El qué, el por qué y el cómo”, *RA. Revista de Arquitectura*, núm. 5, junio de 2003, pp. 13-20.

⁸ Wassily Kandinsky, *Du spirituel dans l'art et dans la peinture en particulier*, Gallimard, París, 1969, p. 43.

⁹ Arthur C. Danto, *Después del arte*, Paidós, España, 1999, p. 67.



sustituida por la tiranía invisible de la opinión y del mercado del arte.

Pérdida de la capacidad crítica

Lo que antes fue capacidad de oposición crítica del arte y del artista a la sociedad de su época, subversión y promesa de un mundo diferente, termina por convertirse en una actitud estereotipada y dogmática: “la vanguardia de 1967 repite las acciones y los gestos de la de 1917”, podía observar Octavio Paz ya en los años setenta.¹⁰ Sin embargo, esta actitud sigue siendo investida por la “verdad” expresada por el sacerdote artista y respaldada por la institución: el museo. Como lo demostraba el crítico Rainer Rochlitz, la subversión se presenta hoy como el mejor camino a la subvención.¹¹ Así, al igual que la imagen del Che Guevara, convertida en exitoso ícono de consumo del capitalismo actual, la figura del artista revolucionario de las vanguardias ha terminado por convertirse en dogma incuestionable y vacío de su propia época.

Transformación tecnológica

El desarrollo tecnológico y la aparición de nuevas formas de representación visual —desde la fotografía y el cine hasta el video, Internet y la imagen numérica— han puesto en crisis no sólo la pertinencia

de la definición de la pintura como imitación, sino también su centralidad institucional en la administración de las imágenes: a pesar de las multitudes que visitan ritualmente los grandes museos del mundo, la pintura es un fenómeno de élites, si se le compara con el público verdaderamente masivo del cine o la televisión. La audiencia acumulada en televisión por un mundial de fútbol se cifra actualmente en un número exorbitante de miles de millones de personas.¹² Si de Leonardo da Vinci a Picasso el pintor gozó de gran celebridad y sus obras eran admiradas por sus contemporáneos, los grandes pintores de nuestra época sólo son conocidos por un público especializado del “mundo del arte”. No es extraño que algunos de los principales pensadores del arte, como Arthur C. Danto o Hans Belting,¹³ se pregunten si, como fenómeno cultural histórico, es decir, “mortal”, el arte ha cumplido su ciclo histórico y se debe pensar y estudiar la estética y la imagen más allá del arte.

Enmudecimiento del arte

Otra consecuencia del proyecto romántico de conferir una verdadera autonomía al arte, una vez liberado de la antigua doctrina que pretende reducirlo a una forma de imitación (de la verdad o de la naturaleza), es la de equiparar el arte a una vía

¹⁰ Octavio Paz, citado por Jürgen Habermas, “La modernidad, un proyecto incompleto” en Hal Foster (ed.), *La posmodernidad*, Kairos, Barcelona, 1988, p. 23.

¹¹ Rainer Rochlitz, *Subversión et subvention*, Gallimard, París, 1994.

¹² FIFAworldcup.com (2006), *Una Copa Mundial de la FIFA para el mundo*, consultado el 9 de julio de 2006; puede consultarse el artículo “Copa Mundial de Fútbol de 2006” en http://es.wikipedia.org/wiki/Copa_Mundial_de_F%C3%BAtbol_de_2006.

¹³ Arthur C. Danto, *id.*; Hans Belting, *L'histoire de l'art este-elle finie?*, Jacques Chambon, Francia, 1989.

de acceso a una alteridad radical o a un lugar de “representación de lo irrepresentable”. Esta actitud ‘esotérica’ se presta fácilmente a la idea de un arte de lo inefable y sacralizado. Este ha sido el caso tanto en el pensamiento (desde el Romanticismo hasta el primer Wittgenstein y Heidegger), como en la ya mencionada práctica artística. En efecto, esta última hace del arte el ejercicio de la expresión “pura” de la personalidad del “artista genio”, por lo que, naturalmente, se tiende a rechazar la figuración y cualquier nexo con la realidad externa.

Arnold Gehlen ilustra con claridad esta mutación: “Cuando se entra en una sala donde cuelgan obras de otros siglos, se deja sentir la inmediata locuacidad característica de todo cuadro de estilo realista, dado que nuestra percepción de la realidad es de orden lingüístico. A la pantomímica sinfónica que se ejecuta en la sala, nuestra conciencia, estimulada por todos lados, proporciona una maraña de voces; todavía los temas expresionistas, deformados, cromáticamente explosivos, recuerdan el penoso esfuerzo de expresión propio de los sordomudos. Pero cuando más se aleja el arte del objeto, tanto más silencioso se hace [...]”

Homero fue ciego, Beethoven sordo. Al epónimo de la pintura abstracta, Narciso, podemos imaginarlo mudo”.¹⁴

En suma, la subjetivización del arte y la ausencia de criterios de evaluación; la reproductibilidad técnica y la consecuente disponibilidad ilimitada, pérdida de aura y desacralización de las imágenes; la tendencia a la iconoclasia, entre otras, son características de la historia moderna del arte que coinciden plenamente con las cualidades y defectos de una cultura democrática, en tanto que cultura individualista, laica y sujeta a una visión desencarnada de la autoridad. Diferentes casos empíricos —como los Estados Unidos de Norteamérica luego del 11 de septiembre— muestran que cíclicamente, a manera de un retorno freudiano *du réfoulé* [“reprimido”], en las democracias surgen brotes de “religiosidad” nacionalista, es decir, deseo de encarnación de la autoridad y de identificación *quasi* totémica o sagrada. De aquí que, antes que ignorar o rechazar las imágenes y encerrarse en una oposición entre cultura escrita y visual, es necesario inventar una pedagogía que permita una capacidad crítica y de aprendizaje frente a las imágenes.

¹⁴ Arnold Gehlen, *Imágenes de época, Sociología y Estética de la pintura moderna*, Península, Barcelona, 1994, p. 286.



Jardín 5, 1994

Abstracción lírica

♦ Lydia Elizalde

La pintura neovanguardista que se desarrolla desde finales de los años ochenta y durante los primeros años noventa se caracteriza por un eclecticismo objetivo. De esta manera, el artista es libre para deambular por diferentes épocas o estilos del pasado, retomando cualquier referencia de otros autores, acción que Achille Bonito define como nomadismo cultural.¹

Algunos creadores se apropiaron y resignificaron las propuestas estéticas del Expresionismo abstracto al acentuar los grandes formatos, las manchas informes, el gesto emotivo mediante la práctica y la experimentación con la intención de reciclar y deconstruir.

Juan Carlos Bermúdez, artista colombiano que radica en México desde 1995, retoma algunas características estructurales del lenguaje pictórico de las vanguardias en la muestra de la serie Sistemas. Con manchas de color ordena y desordena un universo pictórico en el que sobresale la estructura original que remite a composiciones de Paul Klee y Wassily Kandinsky. En su plástica enfatiza aspectos cromáticos, texturas y contornos, acentuando su valor y fuerza expresiva con trazos automatistas que se superponen a la retícula de cuadrados. Así, presenta una abstracción emocional para satisfacer una expresión individual e

inmediata y rechaza representar la realidad de forma objetiva.

Este arte abstracto deja de considerar justificada la necesidad de la representación figurativa y la sustituye por un lenguaje visual autónomo con significaciones propias, subjetivas. Las soluciones que presenta se acercan también a la abstracción lírica o Informalismo, con una iconicidad elaborada a partir de composiciones plásticas que exaltan la fuerza del color y la expresión de las texturas. También se pueden apreciar en sus obras otras direcciones estilísticas, como son el Tachismo y la pintura matérica, que predominaron durante los años cincuenta y sesenta.

En esta mixtura de estilos, el artista parte de la abstracción geométrica para la construcción de la obra y crea ritmos espontáneos con grandes pinceladas y brochazos superpuestos; de esta manera resalta la importancia del proceso o acto de pintar por encima del contenido alejado de cualquier referencia semántica. Añade a sus óleos un carácter gestual marcadamente expresivo e informal con el empleo de manchas, tachaduras y chorreaduras.

Sobre esta hechura plástica, en 1962 Greenberg afirma: “Si significa algo la etiqueta ‘expresionismo abstracto’ significa línea de pintura suelta, de rápido trazo con esa apariencia; masas que manchaban

¹ Giulio Carlo Argan, *El arte moderno. Achille Bonito Oliva. El arte hacia el 2000*, Akal (Arte y Estética), Madrid, 1992. p. 1.

♦ Profesora-Investigadora, Facultad de Artes





y se fundían, en vez de formas que se distinguieran; amplios y sobresalientes ritmos; colores quebrados, saturados, dispares o densidades de pintura, pinceladas marcadas, marcas de dedos o de cuchillos; para abreviar, una constelación de cualidades como las definidas por Wölfflin cuando extrajo su noción de lo ‘pictórico’ a partir del arte barroco”.²

Después del arte conceptual propuesto por el *Pop art* en los años setenta y del arte comprometido,³ la reproducción desde la abstracción lírica se convierte en un movimiento de renovación, genuino, en donde el artista expresa con hedonismo cromático y gestual una pintura “hecha a mano”, a partir de la experimentación de la forma y la materia, y aporta un lenguaje subjetivo posconceptual.⁴

Así como el arte conceptual transformó objetos e iconos de experiencias subjetivas en obras de arte, la abstracción lírica contiene alusiones oníricas y surrealistas; además, las soluciones expresivas de la abstracción, lírica y geométrica, han continuado activas en la plástica contemporánea.

El Neovanguardismo destaca por las intenciones individualistas del artista y no busca influir en la sociedad ni provocar una transformación del arte.⁵ Sobre su quehacer plástico en esta muestra, Bermúdez reflexiona: “Las vanguardias nos han dado un legado no sólo a nivel formal sino a un nivel

conceptual que es imposible desconocer. El carácter orgánico de la pintura me permite confrontar sistemas. Recorro al manejo del dibujo en constante contradicción del espacio con múltiple significación y hago uso de la superficie entendida como un campo de acción, sobre la cual equilibrio y desequilibrio se ofrecen bajo las leyes de una economía personal, siempre expectante a las apariciones de lo ‘otro’, capaz de animar ese organismo.

El orden se genera en un estado de no equilibrio. En lugar de disolverse dicho orden, el caos adquiere sentido dentro de un objeto denominado cuadro.

Cuestionarme dónde surgía la fuerza del arte, dónde comenzaba, qué involucraba, también eran especulaciones que se desarrollaban o pretendían desarrollarse sobre la superficie pictórica; de allí concebí a la pintura como una posibilidad de pensamiento, con sus propias reglas de funcionamiento distintas de las lógicas, con sus propios intereses comunicativos desligados del funcionalismo y más cercanos a la poética”.⁶

De esta manera, el artista afirma la valoración del trabajo de arte —la factura técnica con masas irregulares de color y la manipulación de materiales en texturas— para que la pintura se presente otra vez como materia. La colección *Sistemas* presenta también una actividad reflexiva, una especie de neutralidad emocional que permite apreciar su poética.

² Clement Greenberg, “After Abstract Expressionism (1962)”, en John O’Brian (ed.), *The Collected Essays and Criticism. Modernism with a Vengeance, 1957-1969*, vol. 4, University of Chicago Press, Chicago, 1993, p. 123.

³ Periodo cuando surgió el tema del “compromiso del artista” o lo que se llamó “arte comprometido”, en oposición al “arte por el arte”.

⁴ En el arte posconceptual la obra tiende a la interacción directa, a una comunicación no verbal. Aquí la experiencia visual es presentada como una clase de conocimiento irreductible: Adolfo Vásquez Rocca, “Arte Conceptual y Postconceptual: de Duchamp a Joseph Beuys”, *Psikeba. Revista de Psicoanálisis y Estudios Culturales*, núm. 4, 2007.

⁵ Cecilia Valdés Urrutia, “La transvanguardia liberó al arte de la esclavitud”, *El Mercurio*, Chile, 10 de diciembre de 2003, en http://diario.elmercurio.com/artes_y_letras/_portada/noticias/2003/10/12/382182.htm

⁶ Comunicación personal.



Sistemas 5, 1993

♦ Juan Carlos Bermúdez, profesor de pintura, Facultad de Artes



Sistemas 9, 1993



Sistemas 12, 1993



Sistemas 7, 1993

Estación central

◆ Marco Antonio Campos



Un tren parte y recuerdo cientos de trenes donde leí, soñé, miré el paisaje, divagué conmigo en mí, giré el compás, doblé la regla y miré los hechos pasados a la medida de un futuro sin medida, esperé en la estación la llegada a la próxima estación donde me esperaba el que sería como yo sin un pronombre y me dolió dormir sin medio franco en la acera de una calle parisiense en el noviembre de agua. Ignoro en qué momento la felicidad empezó a parecerse al no me acuerdo y en qué momento los años me volvieron sombras del cuerpo que un día tuve.

El altavoz anuncia salidas para Essen, Amsterdam, Mechelen, Ostende, donde algunas veces llegaban los que creían partir... Desde 1905 no hay tren que salga que no quiera regresar a la estación de Amberes. Ten en cuenta, oía a mi padre en su lecho de moribundo, que a cierta edad sólo se sube a los trenes de regreso. Desde hace no mucho las jóvenes me hacen verme como alguien que fue.

En lo alto de la pared miro en grandes letras ANTWERPEN, y arriba, el reloj dorado

que marca la hora inútil. Luego, de sesgo, miro la palabra *uitgang*, que llevará a la calle a miles de pasajeros que arriban impacientes para dirigirse a la casa a ver la televisión, o discutir con la esposa sobre el hijo que debe valerse por sí mismo, o encaminarse al bar para beberse las cervezas de 14 grados hasta negar la enésima o fugarse hacia el oeste o al sur para volverse campesinos medievales en los cuadros de Brueghel.

Bajo la escalera. En el vestíbulo la pantalla electrónica anuncia los horarios de destinos inmediatos. Una multitud sale y entra por la puerta principal.

Me formo en la larga cola. Llego a la taquilla. Al verme silencioso, la mujer me pregunta para dónde viajo. Vacilo unos instantes. Los instantes se alargan. Vuelvo el rostro hacia atrás. En la cola la gente se impacienta, me hostiliza, empieza a reclamar. La taquillera insiste sobre mi destino. La miro con angustia, aprieto los dientes, se me crispan los dedos, hasta que algo, alguien, alguien me hace decir dentro de mí, por mí, desde mí: “Déme un boleto adonde sea”.



La piel, 1996



Cine documental y etnografía, historias de vidas transnacionales

◆ Concepción Bados

El antropólogo James Clifford sugería, en un artículo publicado en 1992, que el estudio de las “culturas viajeras” requería y necesitaba de investigadores y especialistas que fueran, ellos mismos, “viajeros”.¹ Obviamente, los flujos migratorios de un país a otro, más allá de los motivos que los provocan, se llevan consigo unas culturas que se vuelven desterritorializadas, desplazadas, pero que sin duda son “viajeras” en el sentido que le atribuye Clifford a dicho término. Tales culturas “viajeras”, por otro lado, promueven lo que en algunas disciplinas como los estudios culturales, la sociología o la antropología se conoce hoy con el nombre de “sujetos o identidades transnacionales”.²

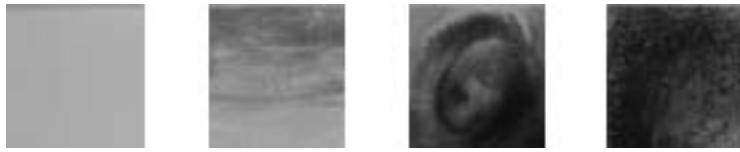
Estas identidades acontecen en relación a prácticas, también transnacionales, que conforman una conexión que une a los exiliados o desplazados con los espacios a los que emigran y sus lugares de origen. En esta línea de análisis, el proceso transmigratorio que me interesa tratar aquí es el del exilio cubano hacia Estados Unidos, que se origina a raíz del triunfo de la revolución comunista en 1959 y que ha sido uno de los más tratados y estudiados desde diferentes disciplinas.

Volviendo a la propuesta de James Clifford, es necesario señalar que junto a los antropólogos y etnógrafos, los reporteros gráficos, los periodistas y los fotógrafos en general son los estudiosos e investigadores viajeros que se han acercado de manera más incisiva y puntual a los procesos migratorios y a sus múltiples efectos y localizaciones. En realidad, el reportero, el fotógrafo y el periodista “cubren” las noticias y los eventos a la manera de los antropólogos, se desplazan y viajan al lugar de

¹ James Clifford, “Travelling cultures”, en Lawrence Grossberg *et al.* (eds.), *Cultural Studies*, Routledge, New York, pp. 96-116.

² Luis Eduardo Garnizo y Michael Peter Smith, “The Locations of Transnationalism”, en Luis Eduardo Garnizo y Michael Peter Smith (eds.), *Comparative Urban and Community Research: Transnationalism from Below*, vol. 6, Transaction Publishers, New Brunswick, 1998.

◆ Profesora-Investigadora, Universidad Autónoma de Madrid



los hechos, reconstruyen los acontecimientos mediante entrevistas, los documentan e incluso hacen viable un seguimiento, durante años, de los sujetos protagonistas de los sucesos cubiertos en una misión determinada. Este es el caso del documental que sirve de pretexto a este trabajo: *Balseros*.³

En efecto, Carles Bosch y Josep María Doménech, dos periodistas catalanes, ocupan el lugar del antropólogo y del etnógrafo en el largometraje *Balseros*, hasta el punto de que el filme recoge la narración polifónica de siete historias de vida expresadas y representadas mediante las técnicas y los artificios propios de la antropología y la etnografía, si bien trasladados al cine documental. Pero *Balseros* es mucho más que eso, si tenemos en cuenta cómo se fraguó un trabajo cuya génesis se halla en un acontecimiento específico que se originó en agosto de 1994 en Cuba, con lo que hoy se conoce como “la crisis de los balseros”. Los periódicos de todo el mundo hablaron esos días de que unos cuarenta mil cubanos se estaban lanzando al mar en balsas rudimentarias fabricadas por ellos mismos con el propósito de llegar a las costas de Florida. Fidel Castro y Bill Clinton, a la sazón en la Casa Blanca, acordaron, unos quince días después del inicio de esta suerte de fuga colectiva, que se cerraban las costas de Cuba para cualquier intento de salida. Por su parte, Estados Unidos cambiaba su política de acogida hacia los exiliados cubanos, una

política que había fomentado durante años mediante facilidades y tratamiento de héroes a los que conseguían llegar a las costas de Florida, incluso si secuestraban aviones u otros medios de transporte colectivo. Como consecuencia de los acuerdos transnacionales firmados entre Bill Clinton y Fidel Castro, unos cuarenta mil cubanos que pretendían llegar a Florida quedaron a la deriva, si bien la gran mayoría fueron recogidos por los guardacostas estadounidenses y conducidos a Guantánamo, la base militar americana asentada en suelo cubano. Allí permanecieron hacinados durante casi un año mientras se decidía en Washington su destino. Se les alimentaba con ayuda humanitaria y ni siquiera podían hacer contacto con sus familiares en la isla, hasta que finalmente fueron trasladados, mediante vínculos con instituciones benéficas y religiosas, a diferentes lugares en Estados Unidos.

La historia de la elaboración del documental se inicia cuando Carles Bosch y Josep María Doménech, del equipo de reporteros del programa “30 Minuts” de TV3 (televisión catalana), se trasladan a Cuba para informar sobre la situación. En una entrevista que se recoge en los documentos adicionales del filme, afirmaban que fueron en busca de historias personales de diferentes individuos involucrados en el acontecimiento y, en efecto, el filme *Balseros*, que en 1994 se concibió como una película de 30 minutos, recogía las historias de

³ Carles Bosch y Josep María Doménech, *Balseros*, Bausan Films S.L. y Televisió de Catalunya, España, 2002, 120 min. [la ficha técnica extensa se encuentra en www.bausanfilms.com/largo_balseros_cas.htm, consultado el 5 de diciembre de 2007].

siete personajes dispuestos a perder sus vidas con tal de emprender la travesía en busca del sueño americano. La identidad de cada uno de ellos se va prefigurando, ya mediante sus propias confesiones, ya mediante las que hacen las madres o las hermanas de los implicados, de modo que a los espectadores se les comunican las circunstancias coincidentes que empujan a cada uno a iniciar la peligrosa travesía.

En primer lugar, se presenta Guillermo Armas, quien comenta, delante del consulado americano en La Habana, que quiere reunirse con su esposa y su hija que viven en Miami. Por su parte, Rafael Cano declara que sale de Cuba para ver realizados sus sueños, que enumera por este orden: un carro, una casa, una buena mujer. Los siguientes personajes son Juan Carlos Ubiza y Misclaida, una pareja que se lanza al sueño americano porque quieren iniciar una nueva vida en Estados Unidos, según ellos, en libertad. Misclaida declara que quiere “entrar en una discoteca y bailar ocho horas seguidas”. En cuanto a Óscar del Valle, éste aparece en la pantalla a través de las confesiones de su hermana, de su mujer cubana o de su hija. Óscar remarca sus buenas intenciones constantemente, y las resume en estas palabras “trabajar, trabajar, trabajar todo el tiempo” para mejorar su situación. Otro personaje protagonista es Méricys, la hermana de Misclaida, madre soltera de una niña. Ha intentado en varias ocasiones escapar en balsa y siempre ha fracasado en su intento; ejerce la prostitución para pagarse la posibilidad de una plaza en una nueva balsa. Por último, la cámara

presenta a Miriam Hernández, que había salido de Cuba con su esposo dejando una niña pequeña a cargo de la abuela materna.

El primer reportaje de *Balseros* duraba media hora, pero cubría a la perfección lo que se planteó en ese momento: dar la noticia, adjetivarla, ilustrarla; además, asentaba las bases para su seguimiento, pues los siete personajes eran portadores de unas historias con continuidad, con un futuro que se abría indeciso en las aguas del Atlántico. Dos años después, en 1996, se emitió otro reportaje que documentaba el año de confinamiento en el campo de reclusión de Guantánamo, así como las impresiones de quienes fueron a la deriva en sus balsas y, también, las de quienes vivían frustrados en ese momento en La Habana; por fin, se recogían las vivencias de los que habían conseguido llegar a Miami y se habían dispersado por la geografía de Estados Unidos.

El segundo documental, que tenía una hora de duración, mostraba un perfil claramente definido de los siete personajes, para quienes la cantante cubana Lucrecia, exiliada en España, compuso canciones ajustadas a la personalidad de cada uno de ellos; lo consiguió mediante la inscripción de frases y expresiones dichas por los balseros como letras de canciones. Así, “Un carro, una casa, una buena mujer” glosa los sueños de Rafael Cano; “Que sea lo que Dios quiera”, los de Guillermo Armas; “Working, working, working”, los de Óscar del Valle. “Perdón por la nostalgia” es la canción que recoge las emociones de Juan Carlos, y como colofón, el tema “La hora de la iguana”, una suerte de can-



ción desesperada, con ecos revolucionarios, que proclama la igualdad de las razas, los sexos y las clases sociales, y que suena como detonante para la aventura de los siete protagonistas. El estribillo de la canción repite sin cesar “qué perder”, apuntando a una mezcla encontrada de sentimientos de los protagonistas implicados en la aventura. Lucrecia afirma en uno de los temas que sus canciones van dirigidas a su gente, “que no tiene nada”, de manera que la música del documental sugiere un fuerte compromiso de tipo social, al tiempo que se suscribe como un elemento indispensable del mismo; el documental enfatiza la importancia de la música en la cultura cubana y por ello se registran distintos ritmos y composiciones, de acuerdo a la personalidad de los distintos protagonistas.

Finalmente, el largometraje definitivo documenta la evolución y los cambios experimentados por los siete balseros a lo largo de seis años de seguimiento y recrea, principalmente, el último estadio de su exilio, es decir, las localizaciones más recientes de cada uno de ellos en la geografía de Estados Unidos. La mayoría reconoce que ha sido difícil, si no imposible, asimilarse a Estados Unidos, de manera que la impresión que deja el documental es que los desterritorializados siguen buscando el sueño americano.

Obviamente, la película cuestiona el carácter liberador y emancipatorio de la aventura emprendida por los balseros. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que las identidades transnacionales se caracterizan por establecer importantes lazos de unión, tanto culturales como económicos, entre el

país de origen y el país receptor. De ahí que los procesos de transnacionalización apunten diferentes soluciones en torno a la constitución de nuevas subjetividades, divididas entre los beneficios y las oportunidades que les ofrecen las dos naciones que los comparten. Ahora bien, el caso de Cuba es especial, ya que el deterioro de relaciones políticas entre Estados Unidos y Cuba hace más inviable e incierta la realización de los balseros como sujetos transnacionales emancipados. En este sentido, *Balseros* ilustra de manera contundente este problema mediante la localización de los protagonistas en el país receptor a lo largo de seis años de seguimiento. Uno tras otro, los recolocados van contando la historia de sus vidas en el nuevo territorio para descubrir que se sienten víctimas del desengaño, el drama y el fracaso. Sus historias de vida sugieren la dramática alegoría del sujeto transnacional que ocupa el no lugar, el vacío como cartografía de localización. Guillermo Armas es el único que ha logrado el sueño americano. Tras reunirse con su esposa e hija en Miami, consigue trabajo como empleado en un supermercado y declara que da por cumplidos sus objetivos. Se apunta como un sujeto transnacional emancipado, cuyos vínculos de unión con el país de origen son el idioma y el discurso religioso que, continuamente, alude a Dios y a la Virgen de la Caridad del Cobre por haberle ayudado en el éxito de su travesía y a encontrar una localización fructífera en Estados Unidos.

En lo que respecta a aspectos técnicos, *Balseros* es un documental viajero: presenta una estructura narrativa que intercala y hace simultáneas

numerosas voces, diferentes espacios, diferentes tiempos, es decir, la cámara no es en absoluto estática, sino que se desplaza continuamente entre las múltiples voces, el interior y el exterior, el mar y el suelo firme, entre La Habana, Miami, Nueva York y las diferentes localizaciones de la geografía estadounidense, siguiendo a los cubanos desplazados que luchan por encontrar el lugar adecuado para establecerse; por otro lado, además de incluir confesiones y declaraciones de los propios protagonistas y de sus familiares, el documental aporta y combina documentos visuales que recogen las noticias de esos años: como ejemplos, un discurso de Fidel Castro y otro de Bill Clinton. Ambos aluden a los cambios políticos que afectan a sus respectivos países, los cuales, por supuesto, repercuten de manera directa en los personajes que son objeto de seguimiento en el documental. En este sentido, *Balseros* cumple las expectativas necesarias para explicar un fenómeno tan complejo como el de la emigración de los balseros cubanos.

Sin embargo, la representación de las siete identidades transnacionales en el filme plantea algunas cuestiones de carácter tanto cuantitativo como cualitativo en relación a este fenómeno sociopolítico. Se advierte que entre los siete balseros no hay ningún intelectual, ni tampoco ningún profesional; todos ellos provienen de la clase social más baja, si es que en un sistema comunista puede existir tal clase. Este dato, sin duda, dificulta el

hallazgo de una localización estable en el país receptor y, en este sentido, habría que hacer un estudio comparativo con otras migraciones cubanas anteriores, principalmente la de los primeros años sesenta, justo después del triunfo de la Revolución, y también la de 1981, con los exiliados de Mariel.

Además de la clase social y la educación, el documental plantea situaciones relacionadas con la raza y el género, pues sin duda los afrocubanos y las mujeres son los sujetos más vulnerables en el proceso de encontrar una localización estable en el nuevo territorio. Se mire como se mire, *Balseros* es un filme pesimista y desgarrador, que ilustra de manera rotunda e intensa el terrible conflicto con el que se enfrentan unos seres humanos que son víctimas de diferentes prácticas transnacionales, bien de su propio país, bien del país que los recibe como emigrantes, porque sin duda se hallan condenados a lo que Iván de la Nuez denomina *La balsa perpetua* para referirse a la isla caribeña. Este intelectual cubano afincado en Barcelona apunta en el prólogo de la obra mencionada: “Quizá la tragedia de los balseros sea la más absoluta metáfora de Cuba y, a la vez, de las utopías y frustraciones que han marcado el Atlántico. La balsa como una isla flotante, como esa pieza perdida en el *puzzle* del mundo que cada cual quiere insertar a su manera y según su propio mapa”.⁴

En mi opinión, los balseros son algo más que la metáfora de Cuba y de los cubanos en travesía

⁴ Iván de la Nuez, *La balsa perpetua*, Casiopea, Barcelona, 1998, p. 17.



constante; son, asimismo, la metonimia de los miles de desplazados que diariamente acuden a las costas de los países del llamado “primer mundo” en busca de una vida mejor. Las balsas cubanas se añan a las innumerables pateras que se adentran en territorio español, y en las que viajan millares de desplazados de África y de Asia hacia Europa. Este fenómeno provoca miles de muertes anuales, pero también genera una industria de contrabando internacional que resulta indigna y macabra a comienzos del siglo XXI, un siglo marcado por los avances tecnológicos más sofisticados en lo que respecta a medios de comunicación y de transporte; también un siglo marcado, paradójicamente, por la expansión de multitud de redes que facilitan las migraciones, principalmente de tipo económico.

En los últimos veinte años se han constatado numerosos avances en lo que respecta a la producción y a la reflexión en el campo de la antropología visual, disciplina que se encuentra íntimamente re-

lacionada con el llamado cine documental.⁵ Si bien es cierto que año tras año la antropología visual cobra más importancia en las instituciones académicas, no cabe duda de que surgen nuevos planteamientos cuando los especialistas se proponen la reconstrucción de un hecho tan desgarrador, como es la travesía en balsa desde Cuba hasta Estados Unidos. El cine documental plasma la realidad y deja de lado la ficción, y así lo confirma la carátula del DVD en la que se anuncia: “No es una película. Es una historia real”. Ahora bien, un poco más adelante sigue diciendo: “para algunos, alcanzar su sueño se convierte en una pesadilla”, frase que nos sitúa, inmediatamente, en los bordes del sensacionalismo documental, para el que la ficcionalización de los acontecimientos y de los personajes supone un elemento a su favor. Aunque la tentación sensacionalista está presente, *Balseros* enfatiza, tristemente, una expresión aceptada como universal: “la realidad supera la ficción”.

⁵ Véase Marc Henri Piault, *Antropología y cine*, Cátedra, Madrid, 2000, para trazar la historia de la imagen cinematográfica en relación con disciplinas como la etnografía y la antropología. En cuanto a la historia del cine documental y sus principales exponentes, remitirse a Margarita Ledo, *Del Cine-Ojo a Dogma95. Paseo por el amor y la muerte del cinematógrafo documental*, Paidós, Barcelona, 2004, obra que versa sobre los trabajos realizados por cineastas occidentales en el campo de la cinematografía documental.



Atlas municipal del estado de Morelos

♦ Rocío Rueda Hurtado (coordinadora)

Concebido para el estudio de la evolución histórica, natural, económica y social, busca contribuir al incremento del conocimiento de la geografía local, como base para el diseño e innovación de las políticas que requiere el estado de Morelos.

El *Atlas municipal...* es un libro científico divulgativo constituido por textos y material gráfico del espacio territorial correspondiente al estado de Morelos, que ofrece una visión panorámica a partir de información territorial multitemática, multiescalar, confiable, actualizada y sistematizada sobre la entidad y cada uno de sus 33 municipios, desde el siglo XVIII hasta la actualidad.

Sin llegar a ser una investigación totalmente novedosa, la forma de presentación de esta obra se sale de lo acostumbrado en publicaciones de este tipo e incorpora nueva información estadística y documental del estado de Morelos, que aborda un tema de interés y actualidad no sólo para sus habitantes, sino para estudiosos de esta materia en general.

En su elaboración participaron académicos e investigadores de las Dependencias de Educación Superior de las áreas de educación y humanidades, derecho, ciencias sociales y ciencias naturales de

la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Consta de una diversidad de mapas agrupada bajo tres unidades temáticas:

a) *Mapas históricos*, que reflejan los cambios territoriales que han tenido lugar en la conformación de la división política de Morelos y señalan hechos sobresalientes de la historia de la entidad.

b) *Mapas temáticos*, que contribuyen a profundizar en el conocimiento; el mapa base sirvió como fondo sobre el cual se dibujaron símbolos cualitativos o cuantitativos, a fin de representar gráficamente el contenido de la ficha correspondiente. Incluye cuadros y gráficas que, con un variado acervo de datos, permiten visualizar aspectos generales de la entidad y construir, con información actualizada, sus componentes abióticos, humanos, económicos y culturales.

c) *Tratamiento monográfico* de los 33 municipios mediante la exposición sintética de los factores físicos, sociales y económicos más relevantes, que trasciende el contenido usual en obras de consulta especializada. Esta sección es atractiva para los interesados en obtener información cuantificada de cada municipio. Incluye un índice de localidades con ubicación municipal y coordenadas geográficas.



De olvidados y excluidos.
Ensayos filosóficos
sobre marginalidad
Alberto Constante
Leticia Flores Farfán (coords.)
UAEM-Ítaca
México, 2007



La negritud,
tercera raíz mexicana
Juan de Dios González Ibarra
UAEM-Fontamara (Historia)
México, 2007

A lo largo de la historia de la humanidad, el olvido y la exclusión de la memoria histórica se han constituido en elementos fundamentales para la construcción de la experiencia humana y la conformación de identidades sociales.

Tanto el olvido como la exclusión han sido estrategias necesarias para no desgarrar los lazos comunitarios, para conformar una unidad histórica y teórica que posibilite la articulación de un grupo humano que se identifique con los mismos principios y fines. Sin embargo, hay más de un acontecer, un discurso que fue marginado pero que reclama liberarse de ese abandono.

En este libro se pretende dar cuenta de estos problemas tomando como pretexto el olvido o la exclusión de algún personaje en el devenir teórico, político, histórico o social, e intentando pensar las razones que hacen que una comunidad humana “decida” olvidar o excluir a dicho personaje.

Los nombres no pertenecen a una estirpe uniforme: Efiálfes, Diógenes de Sínope, Séneca, Marguerite Porete, Baltasar Gracián, Étienne de la Boétie, Emmanuel Sieyes, Michel de Montaigne, Blas Pascal, Juan Gil-Albert, Sören Kierkegaard, Lou Andreas Salomé, Albert Camus, Angelo Poliziano, María Zambrano, son las ausencias que hoy saltan a la escena y toman la palabra para decir aquello que durante mucho tiempo fue silenciado.

La población mexicana ha sido forjada en su propia historia por una interacción racial que siempre será motivo de interesantes investigaciones. Como pueblo unido en una identidad, los mexicanos somos un conjunto homogéneo fundamentalmente producto de, en primer lugar, nuestra sangre indígena, en segundo española, y en tercero, pero no menos importante, la negra, morena o africana.

La afirmación anterior es contraria al discurso propagado oficialmente respecto a la identidad mexicana como producto exclusivamente del mestizaje del indígena o “natural” con el español —la famosa “raza cósmica” o de bronce de José Vasconcelos—, el cual implica una “conjura del silencio” que empieza prejuiciosamente desde nuestros hogares, negando nuestra tercera raíz. Así, nos encontramos con que somos de piel morena con una Virgen de Guadalupe de igual color, mientras por dentro nos hemos considerado como “limpios o blanqueados” de lo negro.

Al negar lo africano como nuestro nos empobrecemos. Epistemológicamente implica tanto como ignorar en nuestro arcoiris el color rosa mexicano. Perdemos la riqueza multirracial de culturas pletóricas de cosmovisiones, artes, música, platillos, ritmos, mitos, creencias, historias, de matices claramente distinguibles. A ellas se debe la complejidad cultural que hoy profesamos.



Discursare. Reflexiones sobre el discurso, el texto y la teoría literaria
Angélica Tornero (coord.)
UAEM (Ediciones Mínimas, Letras 1)
México, 2007

La noción de discurso vive un amplio desarrollo en el ámbito de las teorías de la literatura y de la filosofía. Ya no se trata de refutar su oscurecimiento en el marco de las teorías estructuralistas, sino de encaminar la discusión hacia los ámbitos de la semántica y la pragmática y de hacer relucir su contenido. En estos territorios, la noción de discurso ha sido fructífera y ha encontrado nuevos acomodos conceptuales. El concepto de texto está también presente y acompaña a varios desarrollos de las teorías del discurso.

Este libro se preparó con la finalidad de ofrecer al lector reflexiones sobre estas nociones en teorías de la literatura recientes. Se trata de exponer los principales criterios que se han seguido para trasladar estas nociones hacia perspectivas de la hermenéutica, las teorías de la recepción, de la posmodernidad y de la teoría poética. La pluralidad de perspectivas ofrece un importante panorama de lo que ha sido de estas nociones en las últimas décadas y del uso que se hace de ellas.

En este sentido, el libro será de utilidad tanto para estudiosos interesados en conocer diferentes enfoques de la teoría de la literatura, como para aquellos especialistas que desean obtener un panorama más amplio del papel que juegan estas nociones en el marco del pensamiento literario.



Hacia los juicios orales en el estado de Morelos
Gabriela Mendizábal (coord.)
UAEM (Ediciones Mínimas, Derecho 1)
México, 2008

El sistema judicial de México, del cual el estado de Morelos no es la excepción, atraviesa por una crisis provocada por problemas en la atención pronta, eficaz y de calidad en materia de trámite y resolución de litigios. La presencia de contradicciones en la ley, incorrecta aplicación de preceptos, falta de criterio, inoperabilidad y violación a principios procesales, refleja en qué se ha convertido hoy el derecho positivo.

México ya está inmerso, bajo la influencia predominante del sistema anglosajón, en el cambio de su sistema de impartición de justicia, pero sin haber tomado en cuenta que la aplicación de justicia no es sólo penal, sino que comprende desde el procedimiento de creación de una norma jurídica, hasta los mecanismos de exigibilidad jurídica que las leyes conceden a los gobernados.

Independientemente de las reformas procesales, lo que realmente ha tenido resultados interesantes y tangibles es el uso de medios alternativos de solución de conflictos. Con este rumbo se puede trabajar en nuestro país para dar cumplimiento a los principios vulnerados del sistema judicial. La respuesta, entonces, no está en cambiar el sistema judicial para resolver los conflictos jurídicos, sino en los mecanismos alternos de solución pacífica, como el arbitraje o la mediación, por mencionar algunos.



Experiencias innovadoras de aprendizaje en entornos virtuales universitarios
Ángel Torres V. (coord.)
UAEM-UAM Xochimilco
México, 2007

Este libro digital, coordinado por Ángel Torres Velandia, consta de seis capítulos que reflejan el avance en el campo de la educación superior virtual en México y otros países. Las experiencias que presenta refuerzan y transforman las prácticas, oportunidades y resultados de conocimientos y saberes que se llevan a cabo en aulas universitarias convencionales, así como en espacios no presenciales, con la diferencia de que en las aulas virtuales no son muchos los materiales educativos que están a disposición de los estudiantes de cursos en línea.

Este libro contribuye a la comprensión de los ambientes virtuales, el aprendizaje colaborativo, el lenguaje hipertextual, el concepto de educación superior a distancia, la formación de profesores tutores, y la dimensión ética y humana del trabajo en las aulas no convencionales.

Tiene como destinatarios principales a los profesores e investigadores universitarios, a los diseñadores de materiales pedagógicos, los gerentes y profesionales de *e-learning* y a los gestores de ambientes virtuales de enseñanza y aprendizaje a distancia.

Constituye un espacio de reflexión y material de estudio en apoyo a los procesos de capacitación de profesores universitarios vinculados a cursos de educación en línea o a la gestión de comunidades virtuales de aprendizaje.



Actores y dimensión religiosa en los movimientos sociales latinoamericanos, 1960-1992
María Alicia Puente L. (coord.)
UAEM-Miguel Ángel Porrúa
México, 2006

Con el objetivo de fortalecer la memoria, en este libro se reconstruye la historia de importantes actores sociales. La destacada acción de algunos obispos se explica, más que por atributos personales, por la influencia que recibieron de las mayorías desprotegidas, gracias a su sensibilidad, fidelidad y vinculación con los derechos básicos de los excluidos y los más empobrecidos en las formaciones sociales de América latina en las últimas tres décadas del siglo XX.

Abierta a los aportes de diferentes disciplinas y a la peculiaridad de las perspectivas provenientes de la antropología, la historia, la sociología y la teología, esta obra ofrece diversas lecturas que nos permitirán acercarnos a la comprensión de ese fascinante y complejo mundo de los movimientos sociales en América latina, que en la segunda mitad del siglo XX mostraron claramente un componente indiscutible: el protagonismo de quienes desde su fe cristiana, edificada como opción por la liberación integral, coadyuvaron a la construcción de una alternativa social, de un mundo diferente al actual.

Se trata de recorrer caminos tejidos colectivamente para lograr la construcción de un mundo donde la justicia, la equidad, el respeto y reconocimiento a la dignidad de las diferencias impere.

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Publicaciones

Colección Ábside

Las clásicos mexicanos de poesía, teatro, novela, cuento y ensayo recuperados en esta colección para el disfrute de los lectores.



De venta en librerías Educal de todo el país
www.conaculta.gob.mx/dgp

Fondo Editorial del Instituto de Cultura de Morelos

El Fondo Editorial estrecha vínculos con la UAEM para la coedición de publicaciones. El primer paso que se da hacia ese rumbo es el libro *El cuezcomate de Morelos, simbolismo de una troje tradicional*, de Óscar Alpuche.

El interés por realizar un estudio del granero tradicional denominado cuezcomate, surge de la permanencia y cambio de un saber específico que se relaciona con su elaboración y conservación.



Morelos 271, Jardín Borda, Centro, Cuernavaca, Morelos, 62000
www.institutodeculturademorelos.gob.mx

Red Nacional Altexto

La Red Nacional Altexto es un grupo de trabajo compuesto por los representantes editoriales de universidades e Instituciones de Educación Superior (IES) en México; su objetivo principal es promover y apoyar las actividades que realizan las áreas editoriales de estas instituciones, así como impulsar su participación en el desarrollo y la instrumentación de proyectos de interés estatal, regional, nacional e internacional.



Esta red se inició en noviembre de 2006 con la firma de un convenio con 32 instituciones pertenecientes a la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), con el fin de crear mecanismos y condiciones propicias para la edición, publicación, promoción, distribución y comercialización del libro universitario. En 2008, son 45 las instituciones que conforman esta red editorial.

Alttexto trabaja en cuatro líneas:

1. Representa a las editoriales de las IES de nuestro país, frente a organismos similares nacionales e internacionales.

2. Incrementa la difusión, distribución y comercialización de los libros publicados por las instituciones de educación superior.

3. Facilita la participación de sus instituciones en ferias del libro nacionales e internacionales, e impulsa la realización de jornadas de exhibición y venta por parte de las propias instituciones.

4. Desarrolla proyectos de profesionalización editoriales en coedición entre sus integrantes y con otras instituciones.

La Coordinación Editorial representa al Programa de Publicaciones Universitarias de la UAEM en este espacio de editores nacionales.

Visita nuestra página y conoce los fondos editoriales que promovemos
www.rednacionalalttexto.org